

MARLEN MARTÍNEZ MONTERO

ENTRE SOMBRAS Y SEDA



*UN JUEGO DE DESEO, SUMISIÓN Y
MISTERIO EN LA CIUDAD DE LAS LUCES*

Créditos y Derechos de Autor

© 2025 Marlen Martínez Montero. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del autor.

Departamento de Derechos Intelectuales
DDI: 2025-A-8057

Primera edición: 2025

Diseño y maquetación: Marlen Martinez Montero

Dedicatoria

A París, por prestarnos sus calles y sus sombras.

Por envolver esta historia en el perfume de su luz y el misterio de sus noches.

A mi familia y amigos, cómplices de risas, confesiones y silencios compartidos.

A cada alma que, de algún modo, fue parte de este trayecto: visible o invisible, cercana o lejana.

Sobre todo, a mi madre.

Esto es para ella.

Su amor, su fuerza y su ejemplo me enseñaron que los sueños no se alcanzan por azar.

Se conquistan con entrega, constancia y deseo.

Y muy especialmente, a Dios.

Porque rendirse en sus manos no es perderse,
sino abrirse a la más intensa de las victorias.

Agradecimientos

Escribir este libro fue un viaje acompañado del amor y la fe.

Gracias a Dios, que ha sido mi guía constante, quien puso en mis manos cada suspiro de inspiración, cada amanecer lleno de esperanza y la fuerza para no rendirme.

A mi mamá, mi ejemplo de vida, gracias por enseñarme que los sueños se conquistan con esfuerzo, valentía y corazón.

A mi familia, que con su amor y paciencia me sostuvo en los días difíciles y celebró conmigo cada pequeño logro.

A mis amigos, que con su alegría y apoyo llenaron de luz y compañía este camino.

Y a cada lector, porque ustedes son la razón por la que estas páginas respiran y cobran sentido.

Gracias por caminar conmigo en este trayecto. Este libro es tan mío como suyo.

“Que estas palabras se insinúen en tu mente, jueguen con tu respiración... y te obliguen a seguir leyendo”

Índice

Capítulo 1: La gala y el primer encuentro.....	1
Capítulo 2: El hombre misterioso.....	9
Capítulo 3: El primer contacto.....	22
Capítulo 4: La puerta cerrada.....	32
Capítulo 5: La piel y el silencio.....	47
Capítulo 6: Hitos que se sueltan.....	72
Capítulo 7: La rendija por donde se filtra el peligro.....	121
Capítulo 8: "El filo de la rendición".....	194
Capítulo 9: Vestirse para rendirse.....	215
Capítulo 10: La instrucción cumplida.....	231
Capítulo 11: Bajo Llave.....	247
Capítulo 12: El límite cruzado.....	265
Capítulo 13: Rendirse al fuego.....	287
Capítulo 14: La Rendición.....	308
Capítulo 15: Entre sombras y promesas.....	318
Epílogo – Bajo la Piel.....	327

Capítulo 1: La gala y el primer encuentro

Apreté mi clutch con tanta fuerza que mis nudillos adquirieron un tono pálido, casi doloroso. Cada vez que asistía a un evento de la alta sociedad parisina me ocurría lo mismo: un nudo en el estómago y un leve temblor en las manos. Podía diseñar un vestido de gala en menos de una semana, vestir a modelos y celebridades con mis creaciones... pero estar yo misma entre aquella multitud siempre era diferente.

Mi reflejo en la puerta giratoria del Hotel Ritz me devolvió la imagen de una mujer que parecía segura: un vestido de seda azul marino, escote discreto pero ajustado en la cintura, tacones negros de aguja y un peinado impecable que había tardado una hora en lograr. Sin embargo, sabía que esa seguridad era una máscara. Bajo la tela cara y el maquillaje perfectamente aplicado, seguía siendo la mujer que había crecido en un pequeño barrio de París, la hija de una madre modista que me enseñó a coser en una máquina doméstica y de un padre que jamás soñó con ver a su hija codeándose con diplomáticos, empresarios y artistas.

Entré al lobby y la atmósfera me golpeó de inmediato: el calor suave de las luces doradas, el perfume floral que impregnaba el aire, la música de un cuarteto de cuerdas resonando suavemente desde un rincón. Parecía como si alguien hubiera puesto el mundo en cámara lenta: cada movimiento era elegante, ensayado, casi teatral.

Tomé una copa de champán de la bandeja de un camarero y respiré hondo, dejando que las burbujas hicieran cosquillas en mi garganta.

Concéntrate, Celeste, me dije. *Entrega tus tarjetas de presentación, habla con seguridad, sonríe*.

Avancé despacio por el salón, observando los detalles: el mármol blanco bajo mis tacones resonaba con un sonido hueco; los candelabros, imponentes, proyectaban destellos sobre los vestidos bordados de lentejuelas. Gente rica, poderosa, segura de sí misma, sonriendo como si el mundo fuera suyo... y en cierto modo, lo era. Yo, en cambio, me sentía como una intrusa, una espectadora con pase temporal a una obra que no me pertenecía.

Fue entonces cuando lo vi.

Estaba junto a la escalera principal, rodeado de personas que escuchaban cada una de sus palabras como si fueran órdenes. Vestía un traje negro impecable, con un ajuste perfecto que realzaba sus hombros y cintura, una camisa blanca nítida y una corbata gris oscuro. Su postura era relajada, pero había en ella una tensión implícita, una autoridad silenciosa que imponía respeto.

Y entonces, me miró.

Nuestros ojos se encontraron como si toda la sala se hubiera vaciado de golpe. Había algo magnético en su mirada: intensa, inquebrantable, demasiado directa para ser un simple vistazo casual. Sentí que mi respiración se interrumpía por un segundo, como si mi cuerpo reaccionara antes que mi mente.

Aparté la mirada, nerviosa, fingiendo interesarme en una obra de arte moderna que colgaba de una de las paredes. Pero, antes de poder recomponerme, lo sentí acercarse. Su presencia era como un campo eléctrico: no hacía falta verlo para saber que estaba ahí.

—Pareces incómoda —su voz era profunda, con un timbre vibrante que me recorrió la espalda como un escalofrío—. ¿Primera vez aquí?

Me giré con cuidado, como si cualquier movimiento brusco pudiera revelar demasiado. De cerca, era incluso más imponente: alto, de complexión atlética, con un rostro perfectamente delineado y unos ojos de un gris metálico que parecían iluminarse con un destello dorado.

—¿Tan obvio es? —intenté sonar segura, aunque mi mano apretó más el clutch.

Él ladeó la cabeza, con una media sonrisa que transmitía seguridad y un toque de... peligro.

—Solo para alguien que sabe dónde mirar.

Antes de que pudiera responder, tomó mi mano con naturalidad y la llevó a sus labios. No fue un beso ligero; fue deliberado, sostenido, con un contacto que dejó un rastro de calor en mi piel.

—Adrien Moreau —se presentó sin apartar los ojos de los míos.

—Celeste Armand —contesté, intentando que mi voz no temblara.

—Lo sé —dijo, y en su tono había una certeza desconcertante.

¿Cómo podía conocerme? Quizás había visto mi boutique o escuchado mi nombre en alguna revista de moda local. Pero la manera en que lo dijo... como si supiera algo más, algo personal, algo íntimo.

Conversamos unos minutos, pero cada palabra suya parecía calculada para provocar una reacción específica en mí. Hablamos de moda, de arte, de la ciudad. Él sabía detalles de mi negocio que pocas personas conocían: mencionó uno de mis vestidos más recientes, al parecer visto en una gala anterior.

—Tu estilo es atrevido sin ser vulgar —comentó mientras sus ojos recorrían mi vestido—. Eso dice mucho de ti.

No supe qué responder. Sentí un leve rubor en mis mejillas y me limité a beber un sorbo de champán, aunque el sabor burbujeante apenas lo noté.

Cuando me guio entre la multitud con una mano en la parte baja de mi espalda, mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Normalmente habría dado un paso atrás, marcando distancia, pero no lo hice. Me dejé llevar,

sintiendo ese toque firme que me transmitía una mezcla de seguridad y control.

De pronto, una mujer alta, de cabello rubio platinado y un vestido plateado brillante, se acercó con paso decidido. Su mirada me recorrió con un gesto que no necesitaba palabras:

¿y tú quién eres?

—Adrien —dijo ella, sonriendo con un filo apenas disimulado—. ¿Y esta es tu nueva... amiga?

Adrien no perdió la calma. De hecho, su sonrisa se amplió ligeramente, pero su voz bajó un tono, firme y clara:

—Celeste es mucho más que eso. Es... interesante.

Sus ojos se clavaron en los míos al pronunciar esa última palabra, como si quisiera que quedara grabada en mi memoria. La mujer parpadeó, claramente molesta, y se retiró con un movimiento brusco.

—Tienes enemigos —dije, intentando suavizar el momento con humor.

—Tengo admiradores confundidos —corrigió él con una media sonrisa peligrosa.

Hablamos un poco más, y cada vez sentía que el mundo se reducía a ese espacio diminuto entre los dos. El resto de la gente, las risas, la música... todo se volvió ruido de fondo.

Cuando la gala llegó a su fin, él me acompañó hasta la salida. Afuera, el aire frío de París me golpeó la piel, haciéndome estremecer.

—París tiene un lado que pocos conocen —dijo, inclinándose hacia mí con un tono casi confidencial—. No hablo de museos ni de restaurantes. Hablo de lugares donde la gente deja de fingir quién es.

Su mirada se detuvo en mi boca por un segundo que me pareció eterno. Sentí que el corazón me latía en el cuello.

—Si confías en mí, puedo mostrártelo.

—¿Y por qué yo? —pregunté, apenas reconociendo mi propia voz.

—Porque tus ojos dicen que buscas algo... más.

Entonces tomó mi mano de nuevo, la giró suavemente y dejó un roce de sus labios sobre mis dedos, un gesto tan simple como devastador.

De regreso a casa

De camino a casa, mientras el taxi avanzaba por las calles mojadas de París, observé las luces reflejadas en el pavimento, el aroma de la lluvia fresca filtrándose por la ventana entreabierta. Adrien Moreau era un desconocido, y sin embargo... algo en mí deseaba volver a verlo, aunque una parte de mi mente gritara que aquello era peligroso.

Me recosté contra el asiento, cerré los ojos y sentí de nuevo la presión de su mano, la firmeza de su mirada.

¿Qué estaba haciendo?

Lo supe en ese instante: había abierto una puerta. Y aunque no sabía qué había al otro lado, mi cuerpo ya había cruzado el umbral.

Capítulo 2: El hombre misterioso

El amanecer llegó envuelto en esa llovizna suave que caracteriza a París, esa que más parece una caricia húmeda sobre la piel que un verdadero aguacero. El cielo gris parecía presagiar algo, aunque no supe qué exactamente.

Desperté antes que la alarma, con los recuerdos de la noche anterior colgando de mi mente como un vestido recién planchado: perfecto, impecable, imposible de ignorar. La forma en que sus ojos buscaron los míos, directos, seguros. El modo en que pronunció mi nombre, como si ya me hubiera conocido desde siempre.

Adrien Moreau. Incluso su nombre tenía peso.

Preparé un café fuerte, buscando que la amargura me despejara, pero el calor solo intensificó mi desconcierto. ¿Por qué me había impactado tanto ese hombre? Atractivo, sí, eso era evidente, pero no se trataba solo de eso. Su presencia era algo más... una energía que se sentía como un campo magnético, imposible de esquivar. No era la típica arrogancia de alguien con poder. Era una seguridad

tranquila, casi peligrosa, que despertaba algo en mí que prefería mantener dormido.

Me miré en el espejo de la cocina mientras sorbía el primer trago de café. Mis ojos estaban distintos, con un brillo casi imperceptible: curiosidad... deseo... ¿peligro? Sí, definitivamente había algo de peligro allí, y eso me excitaba más de lo que quería admitir.

Una mañana distraída

Al llegar a la boutique, Sophie, mi asistente pelirroja y de carácter chispeante, me miró con su habitual mezcla de humor y sospecha.

—¿Todo bien, jefa? —preguntó mientras extendía sobre la mesa una seda color esmeralda.

—Sí, claro. Solo dormí poco.

Su sonrisa pícara me atravesó como un cuchillo.

—Eso suena a “hay alguien en la historia y no me lo quieres contar”.

Rodé los ojos, intentando zafarme de su radar.

—No hay historia, Sophie.

Pero la rapidez de mi respuesta fue delatora, y ella lo notó.

Intenté refugiarme en la agenda, en las telas, en las citas con las clientas habituales, pero todo se sentía mecánico, como si una parte de mí no estuviera allí. Mis pensamientos giraban una y otra vez hacia ese salón, hacia su mirada fija en la mía y la manera en que me sostuvo la mano con autoridad.

Mientras ajustaba el dobladillo de un vestido de una clienta, mi teléfono vibró sobre la mesa. Lo miré sin interés al principio, pero cuando vi el nombre en la pantalla, mi corazón dio un pequeño salto.

El mensaje

Adrien Moreau: La ciudad tiene algo que mostrarte esta noche. ¿Confías en mí?

Me quedé estática, con la aguja suspendida en el aire.

“¿Confías en mí?”

No era una simple invitación; era un desafío.

Yo: ¿Y si digo que sí?

La respuesta llegó al instante.

Adrien: Entonces, 8 p.m., Pont Alexandre III. Vestida para caminar, pero con algo que te haga sentir hermosa.

Sentí el teléfono temblar en mi mano, aunque no era la vibración: era yo.

Acepté sin pensarlo mucho, ignorando la voz de advertencia en mi cabeza. Había otra voz, más suave y peligrosa, que susurraba: hazlo.

La cita

A las ocho en punto estaba allí. El Pont Alexandre III se extendía majestuoso sobre el Sena, con sus farolas doradas reflejándose en el agua como joyas líquidas.

Él ya estaba esperándome. De pie, manos en los bolsillos, postura relajada pero cargada de dominio. Su abrigo negro y su bufanda gris le daban un aire de elegancia effortless, como si hubiera nacido con ella.

—Puntual —dijo, su voz grave deslizándose por mi piel.

—Supuse que llegar tarde no sería una buena idea.

Me miró de arriba abajo, evaluando mi abrigo ajustado y el vestido de seda burdeos que asomaba por debajo.

—No lo es. Te queda bien obedecer instrucciones.

Su comentario me atravesó de una manera que no esperaba. ¿Orden? ¿Obedecer? No suelo hacerlo.

—No suelo obedecer tan fácilmente —respondí, mitad en broma, mitad en advertencia.

Él sonrió, apenas un movimiento en la comisura de sus labios.

—Todos obedecen cuando se sienten seguros —susurró, deteniendo su mirada en la mía un segundo demasiado largo.

Ese instante se sintió como un roce invisible, una caricia hecha solo con su mirada.

El paseo

Caminamos por la ribera del Sena. Adrien parecía conocer cada recoveco oculto, cada callejón silencioso. En algunos puntos, la Torre Eiffel se alzaba como una silueta cercana e íntima, casi solo para nosotros. Su presencia era magnética: él marcaba el ritmo, decidía cuándo girar, cuándo detenerse, y yo, sin darme cuenta, me adaptaba.

Su mano rozó la mía un par de veces. No fue casualidad. No podía serlo. Cada roce era calculado, deliberado, como si estuviera marcando un territorio invisible.

—¿Siempre eres así de seguro? —pregunté finalmente, intentando romper el silencio cargado de electricidad.

—No. Solo cuando sé exactamente lo que quiero.

Me miró de esa forma intensa, como si ya supiera la respuesta a preguntas que yo ni siquiera había formulado.

—¿Y qué es lo que quieras, Adrien? —pregunté, mi voz más baja de lo normal.

—Esta noche... —se inclinó apenas, lo suficiente para que su aliento rozara mi oído— quiero que me cuentes qué buscas, Celeste. ¿Qué esperas encontrar?

Mi garganta se tensó. ¿Qué buscaba? ¿Amor? ¿Pasión? ¿Un escape de la rutina? ¿Algo prohibido?

—No lo sé —confesé, sintiéndome desnuda ante su mirada.

—Perfecto —dijo con una calma desconcertante—. Entonces deja que te muestre lo que no sabes que quieres.

Tomó mi mano con firmeza. Fue un gesto natural, sin pedir permiso, pero lleno de intención. Y yo no me resistí. No quería hacerlo.

La terraza oculta

Me condujo hasta una terraza escondida tras un edificio antiguo. Sin cartel, con una puerta de madera oscura y luces tenues. El camarero lo saludó con familiaridad, como si él fuera un habitué.

—Vino para ti, whisky para mí —ordenó, sin siquiera mirar la carta.

Me acomodé en la silla, un poco nerviosa.

—No suelo hacer esto —dije, jugando con el tallo de la copa.

—¿Confiar en desconocidos?

—Exacto.

Se inclinó hacia mí, su voz bajando una octava, como si el aire se volviera más denso entre nosotros.

—Tal vez no soy un desconocido, Celeste. Tal vez soy justo lo que estabas esperando.

Su mano volvió a rozar la mía, un roce breve, casi accidental, pero con la firmeza suficiente para electrizarme. Adrien se inclinó un poco más, bajando la voz hasta convertirla en un susurro grave, casi confidencial:

—No me interesa lo que crees que quieras, me interesa lo que aún no sabes que deseas.

Sentí que el aire se escapaba de mis pulmones. Sus palabras me golpearon con la fuerza de una caricia íntima, directa al centro de mi pecho, bajando sin permiso hacia un lugar más profundo y vulnerable.

Quise responder con algo ingenioso, algo que demostrara que yo también podía jugar en ese terreno, pero mi lengua pareció pesada. Mi cuerpo, traicionero, reaccionó antes que mi mente: un calor inesperado se extendió desde mi abdomen, subiendo hasta mis mejillas. Me estaba derritiendo por él.

Meforcé a sonreír, a morder ligeramente mi labio inferior como si solo estuviera pensando en su frase, no en la manera en que su tono y esa mirada segura habían encendido una parte de mí que solía mantener bien oculta.

—Eso suena... peligroso —alcancé a decir, modulando mi voz para que sonara ligera, casi burlona.

Adrien apoyó su antebrazo sobre la mesa, con la misma calma calculada que había mostrado toda la noche.

—Lo es. Pero las cosas peligrosas suelen ser las más interesantes.

Su mirada bajó apenas un segundo hacia mi boca, y luego volvió a mis ojos. No fue un gesto descarado, sino un movimiento tan rápido y controlado que quizás otro no lo habría notado. Yo sí. Mi corazón dio un salto, como si mi cuerpo supiera un secreto que él aún no había descubierto: que yo lo deseaba más de lo que quería admitir.

Me enderecé en la silla, intentando recuperar el control de mi respiración. No podía dejar que él lo notara. No ahora.

La despedida

Cuando salimos de la terraza, el frío de la noche pareció inútil contra el calor que hervía en mi interior. Adrien caminaba a mi lado con esa seguridad natural que parecía parte de su piel. Yo intentaba mantener la respiración estable, pero cada vez que sus dedos rozaban mi mano, accidentalmente o no, mi cuerpo reaccionaba como si me hubiera tocado mucho más de lo permitido.

Al llegar frente a mi edificio, se detuvo y me miró. Ese simple gesto me hizo sentir como si me estuviera analizando por completo, leyendo cada línea de mi rostro, cada microgesto.

—Espero que hayas disfrutado la noche —dijo, acercándose lo suficiente para colocar un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

Ese roce, tan pequeño, encendió una chispa peligrosa.

—Sí... —respondí con una voz más baja de lo que pretendía.

Él sonrió, apenas.

—Esto es solo el principio, Celeste.

Antes de que pudiera decir algo más, se inclinó y besó mi mejilla, un toque suave, casi casto... y, sin embargo, todo mi cuerpo reaccionó como si me hubiera reclamado entera. Mis rodillas temblaron apenas, y tuve que hacer un esfuerzo consciente para no cerrar los ojos y quedarme allí, robando más de ese instante.

Adrien dio un paso atrás, su postura tan relajada como siempre.

—Buenas noches —dijo, con un tono que sonaba a promesa. Luego se giró y se alejó, dejándome sola en la entrada.

Lo observé alejarse hasta que su figura desapareció en la oscuridad. Entonces respiré hondo, como si recién ahí pudiera hacerlo.

Entré a mi apartamento con el corazón golpeando fuerte en el pecho. Cerré la puerta, dejé el bolso sobre la mesa y me apoyé contra ella, sintiendo la madera fría en mi espalda. Mis manos temblaban un poco.

Lo deseaba. No había manera de ocultarlo más, al menos para mí misma. Adrien había tocado algo que llevaba tiempo adormecido: un hambre silenciosa, un anhelo físico y emocional que ahora me consumía.

Caminé hacia el baño casi sin pensarlo. Necesitaba una ducha, algo que apagara esa tensión, ese calor que se había acumulado en cada parte de mí durante toda la noche. Me desnudé despacio, con la sensación de que cada prenda era un recordatorio de cómo me había sentido bajo su mirada.

El agua caliente me envolvió, pero no logró borrar las imágenes que se repetían una y otra vez: sus ojos sosteniendo los míos, su mano tomando la mía con firmeza, su voz grave diciendo “No me interesa lo que crees que quieras...”

Un gemido escapó de mis labios, suave, involuntario.

Esa noche dormí tarde, con el cuerpo relajado pero la mente atrapada en un solo pensamiento: quería más. Y, aunque Adrien no lo sabía, o fingía no saberlo, yo estaba peligrosamente cerca de perder el control.

Capítulo 3: El primer contacto

Un despertar distinto

Abrí los ojos mucho antes de que el despertador sonara, con la sensación de que mi cuerpo estaba despierto pero mi mente todavía atrapada en un sueño inquietante: el roce de su mano sobre la mía, la manera en que pronunció mi nombre la noche anterior, el beso suave en mi mejilla que me había dejado más alterada de lo que podía admitir.

Me quedé unos segundos mirando el techo. Yo, Celeste Armand, la mujer que había construido un negocio desde cero, que había aprendido a depender de nadie más que de sí misma, me sentía vulnerable.

La ducha fue tibia y prolongada, más de lo necesario. El agua resbalaba por mi piel, pero no arrastraba la sensación de estar... diferente. No era solo atracción física; era la forma en que Adrien me había mirado, con una calma peligrosa, como si pudiera leerme sin que yo dijera una palabra.

Me sequé el cabello con movimientos lentos, intentando convencerme de que era solo un hombre, de que mi vida no iba a cambiar por un encuentro casual. Pero había una inquietud allí, un deseo que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Llamada con Clara

Tomé mi café y, justo al primer sorbo, el teléfono vibró. Clara. Sonreí al verla en la pantalla: si alguien podía sacarme de mi cabeza, era ella.

—¡Celeste Armand, por fin contestas! —exclamó con su tono teatral de siempre—. Ayer desapareciste. ¿Qué pasó?

—No pasó nada —mentí, como si mis mejillas no ardieran de inmediato.

Hubo silencio al otro lado, seguido de su risa. —Eso es mentira y lo sabes. Tienes la voz de “me pasó algo, pero no quiero contarla”. Anda, suéltalo.

Suspiré, incapaz de escapar. —Conocí a alguien.

—Ajá... ¿y ese alguien tiene nombre?

—Adrien Moreau.

Clara silbó. —Suena poderoso. ¿Qué tiene? ¿Es alto, guapo, rico, peligroso... todo lo anterior?

Me reí nerviosa. —Es... diferente. No sé, tiene una presencia... como si todo a su alrededor se acomodara cuando él llega.

—Eso suena peligroso —dijo con tono serio, un cambio extraño en su voz—. Ya te conozco, Celeste: te gustan los desafíos, pero a veces esos desafíos vienen con consecuencias.

Miré mi taza, pensando en su mirada, en la seguridad de su voz, en cómo había tomado mi mano sin preguntar, con naturalidad. —Clara, con él siento... —me detuve, buscando la palabra adecuada— como si me sacara de mi centro, ¿entiendes? Como si perdiera el control.

—¿Y desde cuándo a ti te gusta perder el control?
—preguntó con una risa suave, pero con preocupación escondida.

Guardé silencio. Nunca había pensado en eso porque, hasta ahora, nunca había pasado.

—Celeste —dijo con suavidad—, prométeme que no vas a dejarte arrastrar demasiado rápido.

—Lo intentaré —respondí, aunque no estaba segura de poder cumplir esa promesa.

El mensaje de Adrien

A media mañana, mientras revisaba telas de seda importada para una clienta importante, el teléfono vibró.

Adrien: Te espero en Le Marais, Rue des Rosiers, 8:30 p.m.
No tardes.

Me quedé mirándolo unos segundos. No había un “¿puedes?” o un “¿quieres?”. Era directo. Una orden disfrazada de invitación. Y, aunque debería haberme molestado, sentí un escalofrío de anticipación.

Intenté volver a concentrarme en el trabajo, pero la boutique dejó de ser suficiente para mantenerme enfocada. Las telas eran solo telas, los bocetos solo líneas. Mi mente estaba en Adrien, en su voz, en ese “no tardes”.

Le Marais y el juego de poder

El barrio de Le Marais era un cuadro pintado de luces y sombras, con sus callejones estrechos y cafés escondidos. Adrien me esperaba allí, apoyado contra una pared, con las manos en los bolsillos. Su postura era relajada, pero había algo en él que decía que era él quien decidía el ritmo del mundo a su alrededor.

—Llegas justo a tiempo —dijo, su voz grave viajando por mi piel como una caricia inesperada.

—Supuse que llegar tarde no sería... prudente.

Él arqueó una ceja, evaluándome con una calma que me hizo sentir observada de una manera distinta, íntima. —No busco tu permiso, Celeste... busco tu entrega.

Mi respiración se detuvo un instante. —¿Siempre tan intenso? —pregunté, intentando sonar ligera.

—No me desafíes si no estás lista para las consecuencias.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No había en su tono amenaza, sino certeza.

Paseo cargado de tensión

Caminamos entre las calles empedradas. Cada paso suyo era seguro, marcado, como si inconscientemente yo me adaptara a su ritmo. No rozó mi mano de inmediato, pero su proximidad era un roce invisible, un campo magnético del que no podía escapar.

—Tienes un talento para aparecer y desordenarme la vida —dije finalmente.

Adrien sonrió con un gesto apenas perceptible. —No quiero que me entiendas, quiero que me sientas.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire, pesadas y dulces a la vez. —¿Y si no quiero sentir? —intenté bromear.

Se detuvo, girando hacia mí, acortando la distancia. Sentí su aliento cerca, cálido. —Hay un límite entre el deseo y la rendición... y estás a punto de cruzarlo.

Mi garganta se secó. Era un juego, sí, pero uno que él dominaba completamente.

El primer beso

Llegamos a una plaza pequeña, la fuente iluminada proyectando destellos sobre el agua. Adrien levantó la mano y tomó mi mentón con dos dedos. Su gesto fue suave, pero con una autoridad que me hizo estremecer. —Cierra los ojos... confía, y solo siente.

Lo hice. Y entonces sus labios tocaron los míos. No fue un beso suave ni rápido; fue profundo, seguro, un beso que reclamaba algo más que mi boca. Su lengua rozó la mía con un ritmo lento pero decidido, como si tuviera todo el tiempo del mundo para descubrir cada rincón de mí.

Mis rodillas temblaron. Instintivamente puse mi mano sobre su pecho, buscando equilibrio, pero él me rodeó la cintura y me acercó más. Su calor me envolvió, y por un momento todo se redujo a ese contacto, a esa entrega.

Cuando se separó, apenas unos centímetros, sus ojos seguían fijos en los míos, oscuros e intensos. —No te muevas... me gusta verte quieta, esperando.

Me quedé inmóvil, sintiendo cómo mi respiración era un delator de lo que realmente sentía. Adrien sonrió, satisfecho. —Esto es lo que pasa cuando juegas a desafiarme, Celeste.

No pude responder. Sabía que había cedido más de lo que quería admitir.

El juego de tenis del día siguiente

Clara insistió en nuestra cita de tenis. Acepté, creyendo que el deporte ayudaría a despejarme, a recuperar mi centro. Me equivocaba.

El golpe de la pelota contra la raqueta, el sonido seco del rebote en el suelo, el esfuerzo físico... nada de eso fue suficiente para apagar el recuerdo del beso. Adrien seguía en mi mente, como un perfume invisible adherido a mi piel.

—¡Oye, te noto lenta! —gritó Clara.

—No dormí bien.

—Claro... seguro tiene nombre y apellido —bromeó.

La miré con una sonrisa nerviosa. —Adrien Moreau.

—Así que es oficial. ¿Te gusta?

Apreté los labios. “Gustar” era poco. Adrien no era un simple gusto; era un desafío, una tormenta, una pregunta sin respuesta. —Me... altera.

Clara dejó la raqueta a un lado, acercándose con su tono de confidente: —Eso suena a peligroso, Celeste. ¿Es de esos que saben entrar en tu cabeza y no salir?

—Sí... y no sé si quiero que salga.

Ella me miró con un gesto que mezclaba diversión y preocupación. —Cuidado, amiga. O te dejas llevar por completo o te proteges. Pero las medias tintas no sirven con hombres así.

En ese momento, el teléfono vibró.

Adrien: Esta noche. No digas que no.

Tragué saliva. Clara sonrió con picardía. —Cariño, tu vida acaba de ponerse mucho más interesante.

Reflexión final

Esa noche, después de la ducha, me miré en el espejo. Mi vida había sido tranquila, controlada, hasta aburrida. Ahora estaba al borde de algo que podía consumirla. Adrien marcaba el ritmo, y yo... yo comenzaba a seguirlo.

Capítulo 4: La puerta cerrada

Tarde inquieta

El resto del día pasó sin que realmente lo viviera. Me movía en la boutique como un fantasma: ajustando maniquíes, revisando telas, sonriendo a clientas que parecían hablar desde muy lejos. Mi cuerpo estaba allí, pero mi mente no.

Adrien ocupaba cada rincón de mis pensamientos. La imagen de su sonrisa controlada, de su manera de tomar mi mentón en la cita anterior, de ese beso profundo que me dejó temblando... todo seguía vivo, vibrante, imposible de ignorar.

Justo cuando me convencía de que debía enfocarme en el trabajo, mi teléfono vibró.

Adrien: Rue du Faubourg Saint-Honoré, 10 p.m. No traigas nada más que a ti misma.

Me quedé mirando la pantalla. No era una invitación; era una orden elegante. Y lo más inquietante era que ni siquiera

pensé en rechazarla. Una parte de mí —la más visceral— ya había decidido que iría.

Llamada con Clara y conflicto de amistad

Marqué el número de Clara antes de pensar lo demasiado. Necesitaba escuchar su voz, esa mezcla de humor y franqueza que siempre había sido mi cable a tierra.

—Por favor, dime que no es lo que estoy pensando —fue lo primero que dijo, sin saludar siquiera.

Solté una risa nerviosa.

—¿Cómo sabes que estoy por hacer algo?

—Porque te conozco, Celeste. Cuando tu voz suena tranquila es porque tienes una mala idea en camino.

Suspiré.

—Me escribió. Quiere que lo vea esta noche.

—¿Y vas a ir?

—Sí.

Se hizo un silencio que pesó más que cualquier sermón. Podía imaginar su ceja arqueada del otro lado de la línea.

—Escúchame, Celeste. Me encanta que por fin alguien te mueva el piso, pero hay algo en ese Adrien que no me gusta.

Frunció el ceño, apoyando el teléfono contra la oreja con más fuerza.

—¿Y eso?

—No sé... es instinto. Por cómo hablas de él, por cómo te saca de tu centro. Suena como un hombre que esconde algo. Y no me refiero a algo simple como “tiene un mal carácter”. Me refiero a algo serio, un secreto, algo que podría lastimarte.

Ese comentario me atravesó. Una parte de mí quería defenderlo de inmediato, otra no podía negar que había algo en Adrien que no lograba descifrar.

—Clara, con él me siento... distinta. Más viva. Como si todo tuviera más intensidad.

—Eso es química, Celeste. Y la química a veces es pura gasolina. Hermosa, sí, pero igual puede quemarte.

Hubo un silencio incómodo.

—Prométeme que no vas a perderte en esto.

Tragué saliva. ¿Podía prometer eso?

—Lo intentaré.

—No, no me digas que lo intentarás. Prométeme que vas a recordar quién eres.

Cerré los ojos, apretando el teléfono contra mi oído.

—Te lo prometo.

Cuando colgamos, sentí un nudo en el estómago. Clara siempre había sido mi brújula moral, pero esa noche yo quería ignorarla.

Preparativos sensuales y anticipación física

Abrí el clóset con la intención de elegir algo sobrio, pero mis manos se detuvieron en el vestido negro. Era sencillo, elegante, de tela suave que se deslizaba como un susurro por la piel. Sabía que esa noche no se trataba de discreción, sino de sentirme deseada, poderosa y, en el fondo, vulnerable.

Me lo puse despacio, dejando que la tela abrazara la curva de mi cintura y cayera con naturalidad sobre mis caderas. El escote, sutil pero efectivo, insinuaba más de lo que revelaba, mientras la falda se movía con un ligero vaivén al caminar. Era un vestido que no gritaba atención, pero la reclamaba con elegancia.

Frente al espejo, respiré hondo. Había algo diferente en mis ojos, un brillo de peligro y deseo que no recordaba haber visto en mucho tiempo. Adrien había hecho eso en mí, con un solo beso.

Me senté frente al tocador y comencé a maquillarme con movimientos lentos, casi ceremoniales. Y entonces volvió, como una chispa eléctrica en mi memoria, su voz:

“No busco tu permiso, Celeste... busco tu entrega.”

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Esa frase me atravesó de nuevo como si fuera la primera vez, provocando un calor repentino que se instaló entre mis piernas, húmedo, inevitable, traicionero.

Mis dedos temblaron al delinearme mis labios. Cerré los ojos un instante, pero su imagen seguía allí: Adrien con su traje gris perfectamente ajustado, su mirada fija sobre mí, tan intensa que parecía desnudarme sin tocarme.

Estaba mojada solo de pensarlo, y esa certeza me hizo morderme el labio inferior. Mi mano, casi por instinto, recorrió la línea de mi cuello hasta el inicio del escote, como si el contacto con mi propia piel pudiera calmar esa tensión. No funcionó.

Cuando terminé de maquillarme, me puse los tacones despacio, disfrutando de cómo el cuero se ajustaba a mis pies, de cómo mi silueta cambiaba al enderezarme frente al espejo. Me quedé mirándome un momento más, sintiendo el latido acelerado de mi corazón. No solo estaba hermosa: había un aire peligroso en mí, un secreto en mis ojos que solo yo conocía.

Ascensor y anticipación erótica

El edificio de la Rue du Faubourg Saint-Honoré era discreto por fuera, casi anónimo, pero al cruzar sus puertas me encontré con un vestíbulo que respiraba lujo silencioso: mármol claro, luces cálidas y un aroma a madera y cuero que parecía diseñado para imponer respeto.

El portero, impecable con su uniforme, me saludó sin preguntar nada, como si ya supiera quién era yo y a qué había venido.

—El señor Moreau la espera en el ático, señorita Armand.

Apreté el clutch entre mis manos mientras entraba al ascensor. Las puertas se cerraron y quedé rodeada de espejos que reflejaban mi silueta. El vestido negro marcaba la curva de mis caderas con la precisión de un escultor, los tacones alargaban mis piernas, y mi pecho subía y bajaba con una respiración más acelerada de lo normal.

El recuerdo de Adrien volvió, no en una imagen difusa, sino con una claridad inquietante: su traje negro ajustado, el nudo perfecto de su corbata oscura, el brillo peligroso de su mirada fija en mí.

Cerré los ojos un instante. Su voz se filtró en mi memoria, profunda y segura:

“No busco tu permiso... busco tu entrega.”

Un escalofrío me recorrió la columna, directo hasta el centro de mi cuerpo, donde un calor húmedo y persistente ya me delataba.

Sentí el cosquilleo subir por mis piernas, esa vibración involuntaria que aparece cuando el deseo supera la lógica. Mis muslos se apretaron ligeramente mientras la respiración se volvía corta, casi temblorosa.

Abrí los ojos y me miré de nuevo en los espejos del ascensor. No era la Celeste de la boutique, la empresaria siempre en control; era otra versión de mí, más peligrosa, más consciente de su cuerpo y de lo que estaba dispuesta a ceder.

Cuando la campanilla anunció la llegada al ático, tragué saliva y me obligué a recomponerme. Aun así, sabía que mi rostro conservaba ese brillo imposible de ocultar: una mezcla de nervios, deseo y anticipación.

El ático de Adrien y el primer contacto físico intenso

Las puertas del ascensor se abrieron con un sonido suave, casi elegante. El aire del ático era distinto: más cálido, con un leve aroma a madera y algo especiado, masculino y envolvente.

Y allí estaba él.

Adrien estaba de pie junto al piano de cola negro, un vaso de whisky en la mano, y giró apenas la cabeza al verme. Llevaba un traje gris perfectamente ajustado, marcando con precisión la amplitud de sus hombros y la firmeza de su pecho. La camisa blanca impecable y la corbata oscura perfectamente anudada completaban el cuadro de un hombre que sabía el efecto que causaba.

La luz tenue del ventanal trazaba un halo sobre su cabello ligeramente revuelto, un contraste perfecto con la perfección calculada de su vestimenta. Su porte era un equilibrio perfecto entre control absoluto y un toque de caos sensual.

—Puntual, como siempre —dijo, con una sonrisa calmada, peligrosa.

Me quedé unos segundos sin poder responder. Su sola presencia me golpeó físicamente: un nudo en el estómago, el corazón acelerado, un calor súbito recorriendo mis muslos.

—Supuse que llegar tarde no sería... prudente —alcancé a decir, mi voz más baja de lo habitual.

Adrien dejó el vaso sobre el piano y caminó hacia mí con pasos medidos. Cada uno parecía calculado para no apresurarse, pero tampoco para dejarme escapar de su magnetismo.

—Me gusta cuando aprendes rápido —dijo, deteniéndose frente a mí.

Llevó su mano a mi rostro, rozando con dos dedos mi barbilla y elevando ligeramente mi rostro. Su tacto era firme, pero delicado, como si ya supiera que iba a obedecer.

—No sabes cuánto disfruto verte intentar mantener el control, Celeste.

Tragué saliva, intentando una respuesta.

—No estoy perdiendo el control.

Su sonrisa se curvó apenas, casi imperceptible.

—Claro que lo estás. Solo que aún no lo admites.

Sus dedos descendieron lentamente por mi cuello hasta la clavícula, un roce calculado que me hizo estremecer. Sentí cómo mi piel se erizaba, cómo el calor en mi pecho bajaba directo hasta el centro de mi cuerpo, húmedo y expectante.

Se inclinó apenas, dejando su boca a centímetros de la mía.

—No quiero que me entiendas... quiero que me sientas.

Su aliento me rozó los labios, y entonces me besó.

El beso

No fue un beso suave ni vacilante; fue profundo, seguro, el beso de alguien que no pide permiso porque ya sabe que lo tiene. Su mano en mi cintura me atrajo con fuerza,

aplastando mi cuerpo contra el suyo. Pude sentir la tensión de su torso bajo el traje, su calor atravesando cada capa de ropa que nos separaba.

Mi respiración se rompió en un gemido suave cuando su otra mano recorrió mi espalda hasta posarse en la curva de mi cadera, presionando ligeramente hacia él. La tela de mi vestido se estiró bajo su agarre, y una oleada de calor me recorrió entera, un calor húmedo que me hizo apretar las piernas sin querer.

Cuando se apartó apenas unos centímetros, sus ojos seguían fijos en mí, oscuros e intensos.

—Déjame marcar el ritmo, Celeste. No tienes que hacer nada más que seguirme.

No respondí; no podía. Solo asentí, un gesto pequeño, involuntario, que lo hizo sonreír con una satisfacción peligrosa.

Adrien tomó mi mano y la llevó hasta su pecho, firme y cálido bajo la tela del traje.

—¿Lo sientes? Yo decido cuándo se acelera... y cuándo se detiene.

Su otra mano bajó lentamente por mi espalda hasta la parte alta de mi muslo, justo sobre el borde del vestido. Se detuvo allí, con un toque apenas perceptible pero devastador, como si quisiera recordarme que podía ir más lejos... pero que no lo haría todavía.

—Hoy no busco que te entregues por completo... todavía.

El peso de esa palabra —todavía— se quedó suspendido entre nosotros, encendiendo cada fibra de mi cuerpo.

Misterio de Adrien y despedida

Me separé ligeramente, buscando oxígeno. Tenía la piel caliente, los labios hinchados, el pulso desbocado.

—Este lugar... ¿es tu casa? —pregunté, más para ganar tiempo que por verdadera curiosidad.

—Es uno de mis refugios —dijo con naturalidad, volviendo a su vaso de whisky—. Me gusta tener lugares donde nadie puede entrar sin mi permiso. Donde yo decido las reglas.

Había algo en su tono que me heló un poco la espalda. Ese tipo de control no era solo personal; era estructural, profundo. Como si Adrien viviera su vida entera desde un trono invisible.

—¿Quién eres realmente, Adrien? —me atreví a preguntar.

Él me observó durante unos segundos que se sintieron eternos. Luego, sonrió.

—Soy alguien que no se explica... se experimenta.

No supe qué responder. Parte de mí quería exigirle una respuesta clara, racional, algo que pudiera clasificar y entender. Pero la otra parte... la parte que ardía desde la primera vez que me miró, solo quería ser eso: una mujer que lo experimentara, que se perdiera en él sin buscar explicaciones. Y esa parte era cada vez más difícil de ignorar.

Cuando me llevó de vuelta al ascensor, su mano permaneció entrelazada con la mía, cálida, firme, como si no estuviera dispuesto a soltarme aún. Al llegar, se detuvo frente a mí, sin hablar. Su mirada era grave, concentrada, como si estuviera tomando una decisión silenciosa sobre mí, sobre lo que vendría después.

—Esta no será la última vez que cruces esa puerta, Celeste.

Y entonces, con la misma calma con la que domina todo, inclinó su rostro y me besó suavemente en la comisura de los labios. Fue un gesto mínimo, pero el poder que contenía me dejó temblando.

—Nos vemos pronto.

Las puertas del ascensor se cerraron y bajé sola. Me costaba respirar con normalidad. Mis muslos seguían húmedos, apretados. Cada músculo de mi cuerpo parecía haber sido tocado, incluso aquellos que él ni siquiera rozó.

Al llegar a casa, apenas pude quitarme los tacones. Caminé directo al baño, encendí la ducha caliente y me desnudé lentamente. Necesitaba aliviar la tensión, el deseo... la humedad entre mis piernas que no desaparecía desde que lo vi.

Mientras el agua caía sobre mi cuerpo, cerré los ojos y lo recordé: su voz, su olor, sus manos en mi espalda, sus labios marcando territorio.

Y me dejé llevar. Porque, aunque él no lo supiera, yo ya me había entregado mucho antes de decir que sí.

Capítulo 5: La piel y el silencio

Mañana después: Sensaciones que no se apagan

Desperté tarde, envuelta entre las sábanas aún tibias, con el cuerpo enredado en una especie de letargo sensual que no sabía si provenía del sueño... o de él.

No descansé. No soñé. Solo ardí, lentamente, toda la noche.

Me giré en la cama, despacio, como si mi piel aún recordara el peso de su mirada, la tensión de su mano sosteniéndome, el borde de su control contenido.

¿Cómo se puede extrañar un cuerpo que nunca te ha poseído del todo?

Mi pecho subía y bajaba con una cadencia irregular, como si todavía estuviera conteniendo el gemido que nunca dejé escapar.

Aún húmeda. Aún encendida.

Me sentía marcada sin ser tocada, domada sin haber sido montada. Era... absurdo. Inquietante. Adictivo.

Mis pensamientos giraban en círculos, como hilos de seda que se enredaban en torno a su voz, a sus ojos oscuros y a esa palabra que se había grabado en mí como una orden silenciosa:

“Todavía.”

Todavía no me tienes, pensaba yo.

Todavía no me tocas como quiero.

Pero la Verdad era otra.

Él ya me tenía.

Me levanté con lentitud, dejando caer la sábana por mis piernas desnudas, sintiendo la frialdad del suelo bajo mis pies como una bofetada de realidad. Pero incluso eso se sentía irreal.

Todo desde anoche había cambiado mi eje. Ya no era solo deseo lo que sentía. Era algo más denso. Más oscuro. Una mezcla entre necesidad y entrega.

Fui a la cocina. Preparé café en silencio, dejando que el aroma amargo me anclara a la tierra.

Pero él seguía ahí. En cada parte de mí.

Adrien no era solo un hombre. Era un detonante. Una grieta en mi estructura.

¿Y si ya no puedo volver atrás?

¿Y si no quiero volver?

Me recosté contra el mesón, con la taza caliente entre las manos, y dejé que mis pensamientos hablaran sin censura:

“Celeste, estás perdida. Él no te está conquistando, te está desnudando desde dentro. No te está seduciendo con flores, ni con promesas, ni siquiera con caricias... Te está entrenando. Y tú lo sabes. Y aun así no quieres detenerte.”

No sé cuánto tiempo estuve así. La taza enfriándose. Mis muslos aún tensos. El pulso vibrando debajo de la piel.

Un instante antes de que las lágrimas llegaran —no por tristeza, sino por exceso de emoción contenida—, el teléfono vibró.

La llamada inesperada

El teléfono vibró sobre la encimera. Me sobresalté como si hubiera sido una campanada dentro de mi pecho.

Adrien Moreau.

Mi pulgar flotó unos segundos sobre la pantalla antes de contestar.

—¿Hola?

Su voz entró por el auricular como si se filtrara entre mis costillas, profunda, grave, pausada.

—Te desperté —dijo sin preámbulos.

No fue una pregunta. Fue una afirmación cargada de intención.

—Un poco —respondí, mi voz aún dormida, un poco ronca—. ¿Qué hora es?

—Las suficientes horas como para que te estés preguntando si volverás a verme.

Sonreí, aunque él no podía verme.

—¿Eso piensas que estaba haciendo?

—No necesito pensarlo. Lo sé.

Tu cuerpo sigue reaccionando a mí, incluso ahora.

Me senté lentamente en la silla, apretando los muslos por reflejo. Su tono... era una caricia verbal, cargada de autoridad.

—¿Siempre eres así de seguro? —pregunté, buscando recuperar algo de terreno.

—No. Solo cuando tengo el control. Y contigo... Celeste, lo tengo.

Me faltó el aire un segundo.

—¿Qué quieres? —pregunté, más directo de lo que pretendía.

—Hoy, quiero almorzar contigo.

—¿Almuerzo? —repetí, desconcertada.

Él era noches, sombras, terciopelo y cristal. No lo imaginaba entre luz de día y cubiertos ruidosos.

—Rue des Barres. Café de esquina, terraza privada. Te espero en una hora.

—¿Y si no puedo? —probé.

Hubo un breve silencio.

—Entonces sabré que estás huyendo.

Y tú no pareces mujer que huya, Celeste.

Sentí un nudo en la garganta. ¿Era una invitación o una prueba?

—¿No vas a preguntarme si quiero?

—No. Prefiero escuchártelo decir mientras caminas hacia mí.

Su voz bajó una octava. Era un desafío. Y una orden envuelta en terciopelo.

—Está bien —dije finalmente—. Una hora.

—Vístete para que el mundo no te mire... pero yo sí.

Y colgó.

Me quedé con el teléfono en la mano, el corazón latiéndome en la garganta.

Adrien no hacía citas. Adrien diseñaba experiencias.

Y yo ya estaba dentro del juego. Sin saber si era la protagonista...

...o el trofeo.

Clara ve lo que Celeste no quiere ver

Me estaba abotonando una blusa blanca —ligera, algo translúcida— cuando escuché el timbre de videollamada. Era Clara.

Dudé en responder. Una parte de mí sabía lo que venía.

Apreté aceptar.

—No me digas que estás saliendo otra vez con tu fantasma elegante —dijo en cuanto aparecí en pantalla, sin siquiera saludar.

—Hola a ti también —intenté bromear, pero mi sonrisa fue tan frágil como el encaje de mi sujetador.

Clara entrecerró los ojos, examinándome con más precisión que cualquier espejo.

—Mierda, Celeste... estás distinta.

—¿Distinta cómo?

—No lo sé. Como si estuvieras disfrazada de ti misma. Te ves hermosa, sí... pero hay algo detrás de tus ojos que me da miedo.

Y tú no eres de las que me asustan.

Tragué saliva. Me senté en la cama, dejando el teléfono frente a mí.

—No exageres, Clara. Solo estoy... explorando.

—¿Explorando? ¿O entregándote a ciegas?

Me quedé en silencio.

—Celeste —insistió, más suave esta vez—, te conozco desde antes de que usaras tacones. Siempre has tenido el control. Siempre sabías lo que querías.

Y ahora... ahora hablas como si él te estuviera diseñando.

La frase me apuñaló el estómago. Porque era cierta.

Adrien no me estaba enamorando. Me estaba modelando. Como si yo fuera una escultura que aún no decidía de qué material estaba hecha.

—Clara... no sé cómo explicarlo. No puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de él.

—¿Y no te parece que eso, precisamente eso, es una señal?

—No.

Mentí.

—Es... emocionante.

Ella me miró en silencio. Luego suspiró.

—Mira, yo no te voy a decir qué hacer. Pero escucha esto:

No hay nada más peligroso que un hombre que sabe exactamente cómo tocar tus sombras antes de tocar tu piel.

Volvió a mirarme, ahora con ternura en la voz.

—Y tú, Celeste... tienes demasiadas sombras que aún estás aprendiendo a nombrar.

Cerré los ojos. No podía respirar con normalidad.

—Solo prométeme algo —dijo antes de que pudiera responder—: si algún día te das cuenta de que no puedes decir que no, llámame.

Asentí. Fue un gesto minúsculo, más con el alma que con el cuerpo.

Colgamos.

Y sin pensar lo más, me pinté los labios de rojo.

La Celeste que Clara conocía se quedó en esa habitación.

Yo... salí a encontrarme con Adrien.

París, entre pasos y dudas

París brillaba como solo puede hacerlo cuando no lo estás buscando.

Las calles estaban bañadas de una luz dorada, cálida, perezosa, como si el sol se hubiese detenido a admirar los balcones repletos de geranios.

Caminé por Rue Vieille du Temple sin prisa, pero con el corazón latiendo como si corriera.

Tenía una cita. Pero también, una herida abierta.

Clara. Su voz aún retumbaba en mi pecho.

“No hay nada más peligroso que un hombre que sabe tocar tus sombras antes que tu piel.”

Miré mi reflejo en una vitrina.

Blusa blanca, falda fluida, labios rojos.

Aparentemente firme. Bella. Serena.

Pero mis ojos... mis ojos eran otra cosa.

Había algo en mi mirada que no reconocía.

¿Deseo? ¿Ansiedad? ¿Sumisión camuflada de decisión?

¿Estaba siendo yo... o estaba comenzando a ser “suya”?

Una niña pasó junto a mí, con un globo rojo y un helado.

La vida seguía. París seguía.

Yo... yo estaba quieta, aunque caminara.

Cada paso me acercaba más a Adrien.

Y me alejaba de Clara. De mi equilibrio. De mis límites.

Me detuve en un semáforo. Cerré los ojos un momento.

La brisa me acarició el rostro. Y fue ahí donde lo sentí de nuevo:
el calor entre mis piernas.

Mi cuerpo reaccionando solo por pensar en él.

Adrien tenía mis reflejos.

Crucé la calle. Ya no había marcha atrás.

La burbuja de Adrien

El café estaba en una esquina escondida de Rue des Barres, cubierto por glicinas que colgaban como cortinas vivas desde un balcón.

El toldo era burdeos. Las mesas, pequeñas, de hierro forjado con manteles crema. Aromas a pan recién horneado, café fuerte y hojas mojadas llenaban el aire.

París tenía esa forma casi cruel de ser hermosa hasta en lo cotidiano.

Pero yo no podía ver más allá de él.

Adrien ya estaba ahí.

Sentado en una de las mesas exteriores, bajo una sombrilla marfil, hojeando un pequeño libro sin título visible.

Llevaba una camisa azul claro, abierta en el cuello, con las mangas dobladas hasta los antebrazos. El reloj de cuero oscuro ajustado a su muñeca. Pantalón gris de lino, gafas de sol oscuras.

Era la imagen de la calma... y de la amenaza disfrazada de elegancia.

Cuando levantó la mirada y me vio acercarme, no sonrió. Solo cerró el libro con un leve gesto de la mano y se puso de pie.

—Llegas como la brisa antes de una tormenta —dijo en voz baja, como si recitara una línea ensayada muchas veces.

—¿Y eso es algo bueno? —pregunté, dejándome arrastrar por la poesía.

—Eso es algo inevitable.

Su voz era más suave que de costumbre. Menos oscura, pero no por ello menos peligrosa.

Había algo en él, esta vez, que se sentía más cálido.

Y eso, paradójicamente, me ponía más alerta.

Tomó mi silla y la deslizó suavemente para que me sentara. Luego, se ubicó frente a mí.

No nos dijimos nada por unos segundos. El ruido de la ciudad seguía alrededor: platos, voces, pasos, risas.

Pero entre nosotros había otra cosa.

Una burbuja.

Una burbuja silenciosa, densa, donde solo existían sus ojos en los míos.

Y dentro de ella, yo respiraba distinto.

—Estás hermosa —dijo, sin adornos.

Bajé la mirada, pero su voz me sostuvo el rostro.

—No te lo digo para halagarte. Te lo digo para dejar claro que lo sé.

Y porque eso me da poder sobre ti.

El camarero se acercó, pero la tensión no se rompió.

Adrien ordenó sin consultar. Café para él. Té negro para mí.

Sabía. O fingía saber. Y yo... lo dejaba.

—Cuando nos quedamos solos, Adrien apoyó un codo en la mesa, ladeando el rostro.

—Dime, Celeste... ¿qué fue lo último que perdiste antes de conocerme?

Me tomó por sorpresa.

—¿Perder?

Asintió, con una lentitud peligrosa.

—Sí. Todos llegamos con una pérdida reciente a ciertas personas.

Algunas pérdidas son pequeñas.

Otras, nos dejan huecos... tan grandes, que alguien como yo puede entrar.

Sentí un nudo formarse en mi pecho. No respondí de inmediato.

“Mi control,” pensé.

Pero no lo dije.

El toque que marca el pulso

—Todos llegamos con una pérdida reciente a ciertas personas —dijo Adrien, su voz más baja, casi íntima—.

Algunas pérdidas son pequeñas.

Otras... nos dejan huecos tan grandes, que alguien como yo puede entrar.

Yo permanecí en silencio. Él no parecía esperar respuesta.

Y entonces, extendió lentamente su mano por la mesa.

Con movimientos exactos, como si ejecutara una partitura silenciosa, colocó sus dedos sobre los míos.

No me apretó. No me acarició.

Solo posó su tacto.

Leve. Perfectamente calculado.

Como si estuviera midiendo algo invisible.

—Tu pulso es hermoso —murmuró, sin apartar los ojos de los míos—.

Irregular... pero no descontrolado.

Todavía luchas.

Mi pecho se alzó sin permiso. Sentí cómo el calor subía desde mis caderas hasta mi cuello.

Ese simple contacto hizo más por mí que muchas manos que me han desnudado.

Quise apartarme, pero no lo hice.

Porque en ese instante, sentí que, si retiraba la mano, romería algo que ya no sabría reconstruir.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, apenas un susurro.

Él sonrió. No con ternura, sino con certeza.

—Porque ya estás dentro.

Solo falta que lo admitas.

Su pulgar se deslizó una sola vez por el dorso de mi mano.

Y fue como si ese roce me abriera un canal directo al centro del deseo.

La humedad entre mis piernas volvió a despertarse.

Solo con un dedo.

Solo con su voz.

Solo con su poder.

Lo que no sabe que está entregando

El almuerzo terminó sin que ninguno lo notara.

Las tazas estaban vacías. Las palabras se habían vuelto escasas, pero los silencios estaban tan llenos que dolía romperlos.

Adrien no intentó tocarme de nuevo.

Y fue precisamente eso lo que más me desarmó.

Se levantó con calma y pagó sin mirar el total. Como si el valor fuera irrelevante. Como si todo estuviera ya contemplado en otro tipo de transacción.

Luego, me ofreció su brazo. No una mano, no una orden. Un gesto.

—Camina conmigo —dijo.

Y caminé. Por calles que conocía, pero que parecían distintas bajo su paso.

A veces hablábamos, frases sueltas, referencias literarias, recuerdos ambiguos que él dejaba caer como migas de pan.

Yo intentaba leer entre líneas, pero todo con él era niebla densa, dulce y peligrosa.

En una esquina, me detuve a mirar un escaparate con libros antiguos.

Él se detuvo también, un paso detrás de mí. Su voz me llegó en un susurro bajo y firme, tan cerca que sentí su aliento en la nuca.

—¿Sabes lo que más me atrae de ti?

No respondí. No podía.

—Que aún no sabes cuánto puedes darme.

Y eso... eso me obsesiona.

Mis labios se entreabrieron.

Mi espalda se arqueó casi imperceptiblemente hacia él, como si mi cuerpo hablara en mi lugar.

—Eres fuego contenido —añadió—.

Y yo tengo tiempo.

Esa frase me desmoronó por dentro.

Porque no hablaba de poseerme rápido. Hablaba de dominarme lento.

Como quien estudia un mapa antes de tomar una ciudad.

Él me guió hasta un callejón discreto, al borde de la Rue du Bourg Tibourg. Allí, sin ruido, sin prisa, se detuvo frente a mí.

Tomó un mechón de mi cabello, igual que en el puente la noche anterior, y lo colocó detrás de mi oreja. Sus dedos rozaron mi cuello con intención apenas perceptible.

—No quiero que me des tu cuerpo esta noche, Celeste.

Mi corazón se detuvo.

—¿No?

—No. No aún.

Quiero que cuando lo hagas... ya no seas capaz de imaginarte sin mí.

Mis rodillas temblaron. No por miedo. Por deseo puro, descarnado y, esta vez, emocionalmente comprometido.

Él se inclinó, sus labios a milímetros de mi oído.

—Y créeme... ya has empezado a hacerlo.

Ya no piensas como pensabas ayer.

Y mañana... tampoco serás la misma.

Me besó la sien. No los labios. No el cuello. La sien.

Un lugar que nadie había tocado así. Un lugar que solo se besa cuando se quiere marcar el alma.

Y luego, sin darme tiempo a hablar, se giró y se fue.

Me quedé sola.

O no tan sola.

Me quedé conmigo... y con él, metido ya dentro de mis pensamientos como una llama silenciosa.

Capítulo 6: Hitos que se sueltan

Algo en mi ha cambiado

Desperté antes del amanecer. El cielo de París todavía tenía ese tono azul profundo, casi violeta, que precede al sol. Y, sin embargo, no fue la luz lo que me sacó del sueño.

Fue él.

O, mejor dicho, la ausencia de él en mi cama.

El hueco invisible donde su cuerpo debería haber estado.

Y la forma en que mi piel lo recordaba... como si me faltara algo. Como si me hubiera vaciado por dentro.

Me quedé unos minutos mirando el techo, desnuda entre las sábanas revueltas. Las piernas ligeramente abiertas, el aire frío acariciándome el interior de los muslos, todavía ligeramente húmedos.

No por la noche. Por el recuerdo.

Mi cuerpo estaba despierto, aunque mi conciencia no supiera a qué.

Me toqué el cuello, luego bajé los dedos hasta el vientre, temblando apenas al pasar por el ombligo.

No era deseo inmediato. Era algo más crudo, más profundo.

Una necesidad que no venía de la carne, sino del alma.

Adrien.

Su voz.

Su forma de mirar.

Su calma.

Cerré los ojos y volví a sentirlo: la yema de su dedo sobre mi mano, leyéndome, marcando mi pulso como si tuviera la llave de mi sangre.

La forma en que dijo que no quería mi cuerpo aún, pero que me tendría cuando ya no supiera cómo vivir sin él.

Y lo peor... es que empezaba a no saberlo.

Me levanté con movimientos lentos. El suelo estaba frío. El mundo estaba en silencio, pero mi pecho rugía.

En la ducha, el agua caliente fue un alivio.

Pasé la esponja sobre mis senos con fuerza, como si pudiera arrancar con jabón lo que él había dejado en mí sin tocarme.

Pero no había marcas visibles.

Solo marcas invisibles.

Y esas... eran más profundas.

Me apoyé contra los azulejos y gemí. No de placer.

De frustración.

De miedo.

De una mezcla confusa de excitación y pérdida.

Vestí un conjunto simple. Negro y marfil. Seguro. Profesional.

Me até el cabello en una coleta baja. Un maquillaje neutro.

Me reconstruí como Celeste Armand.

O al menos... lo intenté.

Pero cuando me miré al espejo, ahí estaban mis ojos.

Y en ellos, un brillo extraño.

No solo deseo.

Sino sumisión disfrazada de decisión.

Y eso me aterraba.

Porque no sabía si quería salir de ahí... o hundirme más.

El café sabía a cartón.

La bandeja del desayuno quedó intacta.

El correo laboral me parecía una ficción ajena.

Y yo... estaba esperando. Aunque no lo admitiera.

Esperando que Adrien apareciera.

En un mensaje.

En una llamada.

En una puerta.

En mí.

Una puntada torcida

El timbre del estudio sonó al entrar.

Aquel sonido siempre había sido familiar. Mi territorio. Mi imperio.

Pero esa mañana... me sonó extraño. Como si yo fuera una visitante más.

Sophie ya estaba allí, organizando muestrarios de telas sobre la gran mesa de roble. Su cabello pelirrojo estaba recogido en un moño improvisado. Llevaba su delantal de lino con lápices en el bolsillo, y esa mirada suya de siempre: aguda, brillante... imposible de engañar.

—Buenos días, jefa —dijo con una sonrisa.

Pero su mirada no era ligera.

Me escaneó de arriba abajo con la rapidez de quien busca fallas en una prenda bien confeccionada.

—Hola, Sophie —respondí, dejándome caer en la silla como si mi cuerpo pesara el doble.

Ella dejó caer unas muestras frente a mí.

—¿Elegimos las telas del desfile? El tiempo se nos viene encima.

Tomé una de las sedas, pero mis dedos se sintieron torpes.

El color era hermoso, una azul noche con un brillo casi líquido.

Pero no podía concentrarme.

Todo lo que veía era el azul de la camisa de Adrien el día anterior.

Y cómo sus ojos parecían más oscuros cuando me dijo que ya no pensaba como antes.

—Celeste... —la voz de Sophie me trajo de vuelta—, ¿te pasa algo?

—¿Por qué lo preguntas? —respondí sin mirarla.

Ella cruzó los brazos.

—Porque normalmente me corregirías tres veces por arriesgar con organza en verano, y aún no me has dicho nada.

Y porque pareces... no sé, como si no estuvieras aquí.

No lo estaba.

Estaba en un callejón estrecho, sintiendo unos labios en mi sien.

Estaba en una taza de té sin sabor.

Estaba... en él.

Respiré hondo.

—Solo estoy cansada. Dormí mal.

Sophie no dijo nada por un momento. Luego asintió, pero sin mucha convicción.

—Lo que sea que estés sintiendo, jefa... ten cuidado.

Los vestidos pueden desenhebrarse por una sola puntada torcida.

Y tú... pareces estar hilando con los ojos cerrados.

Me quedé mirándola.

Esa frase me tocó. No por lo literal. Sino porque, sin saberlo, acababa de describir lo que yo estaba viviendo.

Estaba cediendo hilos invisibles.

Uno a uno.

Y ni siquiera sabía si quería detenerme.

El mensaje que no me dejó elegir

Volví a concentrarme en las telas. O lo intenté.

Toqué el lino. Pesado. Firme. Como yo... solía ser.

Pasé a la gasa. Ligera. Transparente. Como me sentía ahora.

Una tela que se rasga con el viento.

—Celeste —dijo Sophie de nuevo—, ¿estás segura de querer incluir este corte en la colección? No es tu estilo.

—¿Y si mi estilo está cambiando? —respondí, sin pensarlo.

Ella me miró. No dijo nada.

Y en ese silencio, supe que estaba perdiendo más que un diseño.

Fue en ese instante.

La vibración del teléfono. El nombre en la pantalla.

Adrien Moreau.

El aire se volvió espeso.

Mi pulso, errático.

Sophie hablaba, pero ya no escuchaba.

Deslicé el dedo. El mensaje se abrió como una puerta prohibida.

Adrien:

“Rue des Récollets. Edificio de piedra gris. Segundo piso.

No es una invitación.

Es una hora: 4 p.m.”

No un “hola”. No un “¿quieres venir?”.

Una orden.

Velada en cortesía.

Revestida de misterio.

Cargada de poder.

Y lo peor... fue que una parte de mí ya estaba saliendo por esa puerta.

Guardé el teléfono como si no hubiera visto nada.

Pero mis manos temblaban.

—Sophie, tengo que salir un momento. Vuelvo en una hora —mentí.

—¿Ahora?

Asentí.

Mi voz salió tan suave que apenas me reconocí:

—Sí. Es... importante.

Ella frunció el ceño. Iba a decir algo, pero se detuvo. Me miró.

Y vi algo en sus ojos. Duda. Dolor. Quizá decepción.

No por el trabajo.

Por mí.

Salí sin mirar atrás.

En la calle, el mundo seguía igual: bocinas, pasos, el aroma de pan.

Pero dentro de mí todo era ruido.

Un torbellino hecho de cuatro palabras:

“No es una invitación.”

Y yo...

yo ya iba camino a él.

Sin saber si quería encontrarme... o perderme.

El trayecto que no pude detener

Caminé sin pensar.

Las calles de París tenían esa forma cruel de parecer eternas cuando uno las recorre con el alma desordenada.

Cada piedra del pavimento parecía juzgarme.

Cada rostro que pasaba a mi lado parecía saber.

Sabían que iba hacia él.

Sabían que ya no era la misma.

Y lo peor... es que yo también lo sabía.

Pasé por una vitrina de perfumes.

Me detuve un segundo.

Miré mi reflejo.

El abrigo negro. El cabello ordenado. La boca con un leve brillo.

Parecía yo.

Pero ya no era del todo Celeste Armand.

Era la mujer que estaba caminando hacia una dirección que no eligió racionalmente.

Hacia un hombre que no pidió permiso.

Hacia una cita que no era una cita, sino una rendición velada.

Y, aun así, no me detenía.

Ni una sola vez dudé del camino.

Porque en lo más íntimo, en lo más profundo...

deseaba obedecer.

—¿Qué estás haciendo, Celeste? —murmuré para mí misma.

No hubo respuesta.

Solo el eco de su voz en mi mente:

“No quiero tu cuerpo todavía…

Quiero que, cuando lo hagas, ya no seas capaz de imaginarte sin mí.”

¿Y si ya estaba empezando a no poder?

Un taxi pasó. Le hice señas.

Subí y di la dirección como si fuera un encargo cualquiera.

El conductor no preguntó. Puso música suave.

Y yo... dejé que París me llevara.

Mientras el auto avanzaba, cerré los ojos.

Y en la oscuridad, lo sentí.

Su aliento en mi oído.

Sus dedos sobre mi mano.

Su control sobre cada rincón de mí.

No había marcha atrás.

Ya no caminaba hacia Adrien.

Caminaba hacia la mujer en la que él quería convertirme.

Y me daba miedo lo mucho que empezaba a gustarme.

Al borde de la puerta (y de mí misma)

El taxi se detuvo frente a un edificio de piedra gris, elegante y antiguo, con persianas cerradas y balcones enrejados.

Era hermoso.

Y también intimidante.

Pagué, bajé.

Y me quedé frente a la puerta.

No toqué el timbre.

No me moví.

Sentí el latido en las muñecas.

La brisa me despeinó apenas.

El ruido del tráfico parecía lejano.

Como si yo ya no estuviera en París, sino en una dimensión paralela...

una creada solo por él.

Respiré hondo.

Podría irme.

Podría no subir.

Podría volver a mi boutique, a mis telas, a Sophie, a mi agenda ordenada.

Podría llamarle a Clara. Decirle que tenía razón.

Que esto era demasiado.

Que algo en Adrien... me asustaba.

Y sin embargo...

No me moví.

Porque ya no quería que él me quisiera.

Quería que me tomara.

Que me reclamara.

Que hiciera con mi deseo lo que yo no podía: dominarlo.

Mi dedo subió hasta el timbre. Se quedó suspendido.

¿Y si no abría?

¿Y si esto era una prueba?

¿Y si me dejaba ahí, como una idiota mojada por la ilusión?

Una voz en mi cabeza —su voz— dijo:

“Todavía luchas.”

Sí.

Pero cada vez con menos fuerza.

Cada vez con más ansias de perder.

Y justo cuando mi dedo por fin rozó el botón...

la puerta se abrió.

Desde dentro.

Sin ruido.

Sin aviso.

Y Adrien... no estaba aún a la vista.

Solo el silencio.

Y una escalera hacia arriba.

Como si me invitaran a perderme.

O a descubrir lo que aún no sabía que deseaba.

La casa que lo contiene

La puerta se cerró tras de mí.

No escuché ningún clic. No hubo cerradura activada.

Pero sentí que el mundo exterior había quedado fuera.

Y con él, cualquier posibilidad de volver a pensar con claridad.

La luz era tenue.

Las paredes, de una gris piedra cálido.

Un aroma sutil a incienso y madera impregnaba el aire,
como si el tiempo allí fluyera más lento.

No era una casa.

Era una atmósfera.

Un estado mental.

Mis pasos resonaban suaves sobre el parquet.

No sabía si debía avanzar... pero tampoco podía quedarme quieta.

Vi una lámpara antigua, de pie, junto a un sillón de cuero
marrón oscuro.

Sobre una repisa: libros perfectamente alineados. Filosofía.
Arte. Arquitectura.

En la esquina, una mesa con copas de cristal...

y un piano de cola negro, cerrado.

Me acerqué.

Toqué la madera brillante con la yema de los dedos.

Ese piano... parecía observarme.

Como si supiera lo que estaba haciendo allí.

Como si supiera lo que él planeaba tocar primero: mi voluntad.

Di otro paso.

En la pared, una obra abstracta en tonos oscuros. Líneas violentas. Movimiento.

Era hermosa.

Y perturbadora.

Como él.

Mi respiración era irregular.

Mi espalda sudaba bajo el abrigo.

Mi pecho subía y bajaba como si acabara de correr.

¿Por qué no aparece?

¿Está viéndome? ¿Observando mi reacción?

Sentí algo. No un ruido.

Una presencia.

El espacio se tensó.

El aire cambió.

Me giré lentamente...

Y entonces lo vi.

El hombre que me espera

Estaba allí.

Apoyado junto al piano, con una copa de whisky en la mano, como si el tiempo mismo se hubiera detenido para enmarcarlo.

Llevaba un traje gris claro, perfectamente entallado, que acentuaba cada línea de su cuerpo.

El tejido se adaptaba a él como si hubiera sido diseñado no solo para vestirlo... sino para adorarlo.

La camisa blanca, sin corbata, dejaba abierta la línea de su pecho hasta donde empezaba el deseo.

No había ostentación en su ropa.

Había elegancia contenida. Dominio estético. Poder silente.

Era un hombre que no necesitaba llamar la atención.

Porque el mundo giraba hacia él sin que lo pidiera.

Giró lentamente la cabeza.

Y entonces, nuestros ojos se encontraron.

Y todo el aire abandonó mis pulmones.

Su mirada me envolvió como un campo magnético.

No era cálida.

Tampoco fría.

Era... incuestionable.

Un abismo lleno de calma y control, que invitaba no a saltar...

sino a rendirse.

Me miraba como si ya supiera lo que había sentido desde que crucé esa puerta.

Como si me hubiera escrito antes de conocerme.

Como si cada reacción mía fuera una página que él ya había leído.

No sonrió.

No hizo ningún gesto obvio.

Y, sin embargo, en esa quietud, sentí cómo mi piel empezaba a arder.

Sentí mi garganta secarse.

Sentí mis muslos tensarse.

Sentí... esa humedad traicionera despertar otra vez, con solo una mirada.

Me paralicé.

Porque entendí —en ese instante eterno— que ese hombre no me deseaba como un amante.

Me estudiaba como un escultor observa el mármol antes de tallar.

Y sabía exactamente dónde golpear para revelarme.

Mi corazón latía tan fuerte que casi dolía.

Mi espalda, recta por instinto.

Mis piernas... al borde de ceder.

¿Qué me estás haciendo con los ojos, Adrien?

¿Y por qué me gusta tanto no poder escapar?

Él no dijo nada.

Porque no necesitaba hacerlo.

Su silencio hablaba más fuerte que mil palabras.

Y entonces, dio un paso hacia mí.

Lento. Controlado.

Como si con cada avance borrara una capa de mí.

Una decisión.

Un límite.

Una defensa.

La voz que me desarma

No aparté la mirada.

No podía.

Era como si mis pupilas estuvieran atadas a las suyas, como si desviarlas fuera tan peligroso como dejar caer una máscara que ya no sabía si quería conservar.

Él dio otro paso.

Y otro.

Hasta que la distancia entre nosotros fue mínima.

Lo suficiente para que pudiera sentir su calor, su perfume,
su presencia envolvente.

Pero aun así...

no me tocó.

Se inclinó apenas.

El cristal de su copa tintineó contra el silencio.

Y su aliento —ese aliento que no había sentido desde la noche del puente— rozó mi oído como una corriente eléctrica.

—Estás temblando —susurró, con una calma que me destrozó.

Mi espalda se tensó.

El vello de mi nuca se erizó.

Mis muslos se presionaron sin querer.

Quise responder, pero mi garganta estaba cerrada.

No por miedo.

Por anticipación.

Su voz bajó un tono más. Grave. Seca. Precisa.

—No por frío...

Sino porque tu cuerpo ya sabe lo que aún no te atreves a admitir.

Cerré los ojos. Un segundo.

Solo para no caer.

Solo para mantenerme de pie frente a él.

Quería tocarlo.

Quería rogarle que lo hiciera.

Pero algo me detenía.

No por pudor.

Sino porque él aún no me había dado permiso.

—¿Sabes por qué no te toco, Celeste? —preguntó, sin alejarse.

No respondí.

Mi respiración era demasiado errática.

Y él lo sabía.

—Porque aún no estás lista para lo que va a pasar cuando lo haga.

Sus palabras me dejaron sin suelo.

Y sin salvavidas.

Porque eran una promesa.

Y una amenaza deliciosa.

Una advertencia que mi cuerpo ya había aceptado.

Él se incorporó lentamente.

Dejó la copa sobre el piano, con elegancia medida.

Y caminó hacia la otra habitación, sin mirarme.

Pero antes de cruzar el umbral, se detuvo.

Habló sin girarse.

—Ven.

Y deja afuera todo lo que aún crees controlar.

Y entonces supe... que ya no había forma de no seguirlo.

Una palabra que no salió

Lo seguí.

Mi cuerpo iba detrás de él, pero mi mente... quería aferrarse a algo. A un ancla. A una idea que me salvara de la caída libre que ya sentía bajo mis pies.

Quise hablar.

Quise decir su nombre.

Quise preguntarle qué éramos.

Qué quería de mí.

Qué parte de mí buscaba moldear o poseer.

Pero todo eso se quedó en mi garganta.

Porque justo cuando abrí los labios, él se giró.

Y no dijo una palabra.

Solo me miró.

Como la primera vez.

Como si ya supiera lo que estaba por decir.

Y ya lo hubiera desactivado sin esfuerzo.

Fue una mirada serena. Profunda. Inquebrantable.

Como si el solo hecho de atreverme a hablar fuera una interrupción menor que él podía corregir con la mirada.

Mi voz se quebró antes de nacer.

Y entonces, su gesto.

Un dedo levantado.

Índice alzado apenas, como un director de orquesta que calla a su instrumento favorito.

No fue brusco.

Fue elegante.

Y absolutamente devastador.

No necesitó contacto.

No necesitó autoridad impuesta.

Fue la pureza del dominio.

Una orden silenciosa que mi cuerpo obedeció antes que mi mente pudiera resistirse.

Mi boca se cerró.

Mis ojos bajaron por un segundo.

Y dentro de mí...

algo se rindió.

No completamente.

Pero lo suficiente para saber que ya no había retorno.

Él bajó la mano con suavidad.

Ni una palabra.

Ni un reproche.

Solo ese gesto simple... que me puso en mi lugar.

Y cuando volvió a darse la vuelta, lo seguí.

Ya no como antes.

Sino como quien entra en un territorio donde las reglas ya no le pertenecen.

La habitación que lo delataba

La habitación era distinta al resto del departamento.

Más oscura.

Más cálida.

Más íntima.

Las paredes estaban revestidas con madera antigua, y una tenue luz ámbar se filtraba desde una lámpara de cristal colgante, proyectando reflejos suaves sobre las superficies.

En una esquina, una estantería de hierro negro sostenía libros desgastados, fotografías en blanco y negro, cuadernos manuscritos.

Nada estaba allí por casualidad.

Todo era una declaración silenciosa.

En el centro, un sofá bajo de terciopelo gris.

Frente a él, una mesa de mármol pulido, donde descansaban dos copas vacías...

y un encendedor dorado, con iniciales grabadas: A.M.

No había cuadros en las paredes.

Solo una gran ventana sin cortinas, desde donde podía verse el cielo cubierto de París, con sus nubes lentas, densas, casi melancólicas.

Y allí estaba él.

De pie junto a esa ventana.

Como si perteneciera más a ese paisaje que a mi mundo.

No se giró enseguida.

Ni me invitó a sentarme.

Me dejó explorarlo.

No a él directamente...

sino a través de ese espacio.

Vi una fotografía enmarcada sobre la estantería: una niña pequeña, de rizos oscuros, sentada sobre los hombros de un hombre que sonreía apenas.

Adrien.

Sin duda.

Más joven.

Más humano.

Más vulnerable.

¿Una hermana? ¿Una hija? ¿Una memoria que aún lo habita?

Me detuve frente a un cuaderno abierto.

Una hoja escrita a mano, con tinta negra.

No entendí todo lo que decía.

Pero las palabras “dominio”, “fragilidad” y “elección” aparecían varias veces.

Cerré el cuaderno con suavidad.

No quería invadirlo.

Y, sin embargo, ya lo estaba haciendo.

Y él lo permitía.

Como si supiera que verlo en fragmentos lo hacía aún más irresistible.

—¿Te gusta? —preguntó sin girarse.

Su voz rompió el hechizo del silencio.

Pero no la atmósfera.

—Es... inesperado —dijo.

—Como yo.

Entonces se volvió.

Se acercó, sin prisa, hasta la mesa.

Sirvió vino en ambas copas, como si fuera una ceremonia.

Me ofreció una.

No la tomé de inmediato.

No por desconfianza.

Sino porque algo en ese gesto —en su calma absoluta— me hizo sentir... expuesta.

—No siempre soy así, ¿sabes? —dijo, apenas en un susurro.

Él alzó una ceja.

—¿Así cómo?

—Tan... silenciosa. Tan obediente.

Se acercó un paso más.

Sus ojos, oscuros, brillaban como si acabara de leer una confesión escrita en mi piel.

—¿Y tú crees que te estás portando obediente, Celeste?

—preguntó, casi con ternura.

—Aún no sabes lo que es eso.

Mi piel se estremeció.

Y en ese instante entendí algo que no había querido aceptar:

Ya no lo deseaba solo con el cuerpo.

Lo deseaba con el alma.

Y él lo sabía.

Él lo estaba construyendo.

Moldeando.

Sin apresurarse.

Sin presionarme.

Solo... dejando que me entregara a su ritmo.

Y yo lo estaba haciendo.

Sin promesas.

Sin garantías.

Solo con una copa de vino en la mano y el vértigo bajo la piel.

Lo que no dijimos... lo sentimos

Tomé la copa.

El vino era profundo, casi oscuro, con un aroma envolvente.

Lo llevé a mis labios, más por necesidad que por sed.

Quería algo que calmara el incendio que él provocaba con solo estar cerca.

Nos sentamos en el sofá.

Él a mi lado, pero sin invadir.

Dejaba que el silencio hablara... y yo, por primera vez, no sentí la necesidad de llenarlo.

Pasaron segundos. O minutos. No lo sé.

Hasta que preguntó, sin mirarme:

—¿Siempre te has sentido fuera de lugar?

—Como si tu éxito fuera una fachada bien construida, pero nunca suficiente para callar esa voz que te dice que no perteneces.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

No sabía cómo lo había adivinado.

O si lo sabía porque esa era su herida también.

—Desde niña —respondí, casi sin voz—.

Siempre he tenido que probar que merezco estar donde estoy.

Incluso cuando lo consigo... no me lo creo.

Él asintió lentamente.

No como quien escucha.

Sino como quien reconoce su propio reflejo en otro cuerpo.

—Yo también —dijo al fin—.

He construido cada parte de mi vida para que nadie se atreva a preguntarme si pertenezco.

Porque si lo hicieran... tal vez no sabría qué responder.

Esa confesión.

Dicha con voz baja.

Con ojos que no buscaban compasión...

fue más íntima que cualquier caricia.

Y entonces, él giró hacia mí.

Se inclinó.

Lentamente.

Sus labios quedaron a centímetros de los míos.

El calor era insoportable.

Su aliento... un susurro que me rozó la boca sin tocarla.

Y por un segundo, el mundo desapareció.

Pero no me besó.

Solo se detuvo ahí.

Casi rozándome.

Casi robándome el alma.

Y dijo, con esa voz que parecía escrita para mi deseo:

—Cuando te bese, Celeste...

no será por impulso.

Será porque ya no podrás vivir sin ese beso.

Luego se alejó.

Solo unos centímetros.

Pero los suficientes para dejarme más vacía que antes.

Más hambrienta.

Más suya.

Yo no dije nada.

Porque no había palabras.

Solo el eco de lo que no pasó.

Y la certeza de que pronto... sucedería.

Capítulo 7: La rendija por donde se filtra el peligro

Despertar con hambre (pero no solo de deseo)

Desperté antes que el sol.

La habitación estaba en penumbra, pero mi cuerpo... no.

Mi cuerpo estaba despierto desde mucho antes.

Y lo sabía.

Porque aún latía.

Aún temblaba.

Aún lo buscaba.

El aire era denso, cálido.

Mis sábanas estaban enredadas entre mis piernas, húmedas.

No solo por el sudor.

Había algo más. Algo más profundo.

Más vergonzoso.

Más real.

Adrien no estaba.

No había dormido aquí.

No me había escrito.

No me había llamado.

Y, sin embargo, era como si su sombra estuviera aún sobre mí.

Como si su aliento siguiera en mi cuello.

Como si su voz siguiera marcando el pulso entre mis muslos.

Me llevé las manos al rostro.

No para despertarme, sino para no gritar.

¿Qué me está haciendo?

¿Por qué me siento tan... suya?

Me incorporé en la cama, sentándome con las rodillas juntas.

Sentí el roce húmedo entre mis piernas.

Y me odié un poco por eso.

Porque no habíamos hecho nada.

No me había tocado.

Ni siquiera me había besado.

Y, aun así, me había poseído.

Toqué el colchón junto a mí, como si esperara encontrar su cuerpo.

Tonto.

Él no dormía con mujeres.

Él no necesitaba el resplandor crepuscular.

Él era el incendio.

Y se iba justo antes de que una supiera si quería apagarlo... o quemarse.

Apreté las piernas.

Y aun así lo sentí.

Esa humedad.

Esa tensión.

¿Cómo se llama esto cuando no es deseo?

Cuando es hambre, sí...

pero también necesidad, pérdida, entrega, confusión...

Cuando es adicción.

Me levanté.

Caminé hasta el espejo.

Mi reflejo me miró como si fuera otra.

Los labios ligeramente hinchados.

El cuello sensible.

El pecho con la piel marcada por el roce invisible de sus palabras.

No me había desnudado.

Y, sin embargo, me sentía desnuda por dentro.

Como si algo mío se hubiera quedado en sus dedos...

aunque nunca me tocó.

Suspiré.

No por alivio.

Sino porque no podía contenerlo más.

Él no me escribía.

No me buscaba.

No pedía permiso.

Y, aun así, yo estaba aquí...

esperando que lo hiciera.

Esperando que vuelva.

Esperando... lo que sea.

El cuerpo que no me obedece

Fui al baño.

Abrí la llave de la ducha y dejé que el vapor llenara el espacio antes de entrar.

Me desnudé con movimientos lentos, casi torpes.

Como si cada prenda fuera una barrera que me protegía de lo que no quería recordar.

O de lo que no podía dejar de sentir.

El agua caliente me golpeó la espalda, los hombros, el cuello.

Debería haberme calmado.

Debería haberme limpiado.

Pero no me sentía sucia.

Me sentía marcada.

Cerré los ojos.

Y allí estaba él.

En la forma en que había alzado su mano para callarme.

En cómo sus labios no me tocaron... pero lo dijeron todo.

En cómo su voz parecía hecha para habitarme.

No te ha escrito, Celeste.

No te ha buscado.

No está aquí.

¿Por qué, entonces, estás tan... mojada otra vez?

Toqué mi vientre con la palma abierta.

Quise respirar hondo, calmarme.

Pero mis dedos bajaron sin permiso.

Solo por un instante.

Solo para confirmar que lo que sentía no era imaginación.

No era.

Era deseo.

Vibrante. Palpitante.

Desesperado.

Abrí los ojos, horrorizada.

No.

No iba a hacerlo.

No iba a tocarme pensando en él.

No me lo permitiría.

Él no me lo había ordenado.

Y eso me hizo detenerme.

Porque parte de mí... quería que él lo hiciera.

Quería obedecer.

Me apoyé contra la cerámica fría, sintiendo la contradicción escurrirme por la espalda.

¿Quién soy ahora?

¿En qué momento este hombre —este extraño— logró trastocar mi voluntad así?

Salí de la ducha con pasos firmes.

Pero el temblor no estaba en mis pies.

Estaba más arriba.

En la boca del estómago.

En el centro del pecho.

Y más abajo también.

Donde su recuerdo seguía pulsando.

Me vestí rápido, sin pensar en combinaciones.

Un pantalón negro, una blusa blanca, el pelo recogido.

Maquillaje mínimo.

Labios sin color.

Como si al borrar mi deseo del rostro pudiera silenciarlo por dentro.

Fui a la cocina.

Café negro.

Denso.

Amargo.

Como si pudiera tragarme la ansiedad con cada sorbo.

Pero no funcionó.

El aroma me recordó el de su aliento.

El calor del café, el de su cuerpo cerca.

El ruido de la cafetera, el silencio que dejó cuando cerró la puerta tras de sí.

Todo.

Todo era Adrien.

Y eso me asustó.

Porque si hasta mi casa lo invocabo...

¿cómo iba a sacarlo de mí?

La boutique ya no me contiene

Empujé la puerta de la boutique y el sonido familiar de la campanilla no me dio paz como otras veces.

Ese pequeño tintineo que siempre había sentido como un símbolo de bienvenida, de control, de rutina...

hoy sonó lejano.

Ajeno.

—¡Buenos días, jefal! —dijo Sophie desde el fondo, con su energía habitual—.

Llegaron las telas nuevas, y la clienta de las 11 ya confirmó.

Asentí, forzando una sonrisa.

Sophie me miró por un segundo más de lo normal.

Su instinto era agudo.

Pero sabía cuándo no presionar.

Fui a mi oficina, dejé el bolso y me miré un segundo en el espejo del fondo.

Mi cara era la misma.

Pero algo no encajaba.

Como si mis ojos ya no respondieran al mismo mundo.

Tomé una de las nuevas sedas que Sophie había desplegado sobre la mesa central.

Era suave, flexible, con un brillo delicado.

Casi como... su voz.

La textura me recordó el roce de su respiración en mi oído.

Dejé caer la tela sin querer.

Sophie lo notó, pero no dijo nada.

Concéntrate, Celeste.

Esto es tuyo. Esto lo construiste tú.

No dejes que te lo arrebate un hombre que ni siquiera...

—¿Todo bien con esta textura? —preguntó Sophie, interrumpiendo mi pensamiento—. Te vi dudar.

—Sí. Está perfecta.

—dije, recogiendo la tela con más fuerza de la necesaria.

Comenzamos a trabajar en el diseño para una clienta habitual.

Tomé el lápiz, empecé a trazar líneas sobre el boceto.

Pero mi mano...

mi mano dibujaba curvas que no estaban en el diseño original.

Trazos suaves, redondeados, envolventes.

Como si mis dedos recordaran otras formas...

otra piel.

Sophie miró el boceto.

—¿Estás cambiando el patrón?

—No, no —respondí, y arranqué la hoja sin pensarlo—.

No sirve. Lo rehago.

Ella me observó de nuevo, y esta vez su mirada fue más directa.

—No me odies por preguntar, pero... ¿tiene nombre?

Parpadeé.

—¿Qué?

—Ese vacío en tu cara. Esa distracción. Esa... mezcla entre felicidad clandestina y ansiedad pre-explosiva.

Eso tiene nombre, Celeste.

Quise reír. No pude.

—No es lo que crees.

—Entonces es peor —dijo, encogiéndose de hombros.

La campanilla sonó de nuevo.

La clienta de las 11.

Fui a recibirla. Sonreí. Saludé. Escuché.

Tomé medidas. Aconsejé.

Pero cada palabra me costaba.

Como si hablara desde detrás de un cristal.

Como si estuviera fingiendo ser Celeste Armand.

Y no la mujer que, unas horas antes, había querido masturbarse en la ducha pensando en alguien que no volvía a llamar.

Al terminar, regresé a la oficina.

Me senté frente al escritorio.

Y lo hice.

Saqué el celular.

Abrí la conversación con Adrien.

El último mensaje era suyo.

“Cuando te bese, Celeste... será porque no podrás vivir sin ese beso.”

Mis dedos temblaban.

Escribí:

“No sé qué estás haciendo conmigo.

Pero no puedo sacarte de mi cuerpo.”

Me detuve.

El cursor parpadeaba.

Una confesión.

Un disparo.

Y aun así...

lo borré.

Porque sabía que si se lo decía...

él ganaría por completo.

Una amiga que ya no entiende

La pantalla del celular seguía encendida.

El mensaje borrado.

Mi pecho, aún apretado.

Y antes de poder evitarlo...

llamé a Clara.

—¿Hola, C? —dije, con una voz que no reconocía como mía.

—¿Estás bien? —preguntó de inmediato. Su tono cambió—. Suenas extraña.

Me reí sin humor.

—Extraña es la palabra perfecta para describirme ahora.

—¿Qué pasa? ¿Tiene nombre?

Guardé silencio.

—Celeste...

—Adrien —solté al fin.

Un suspiro del otro lado. Largo. Como si ya lo estuviera esperando.

—¿Otra vez él?

—No fue nada... y fue todo.

—¿Puedes hablar en lenguaje humano?

—No me tocó —dijo—. No me besó. No... pasó lo que piensas.

Pero estoy... no sé, Clara. Estoy desequilibrada. Me dejó hecha un nudo. Me dijo cosas que no puedo sacarme de la piel.

Y no me escribe. No llama. No pide.

Solo... domina.

Un silencio.

—¿Y eso te gusta?

Otra pausa.

Más larga.

Más honesta.

—Me destruye —confesé.

—Y sí. Me gusta.

Clara no respondió enseguida.

Escuché cómo exhalaba.

Luego, su voz cambió.

Menos amiga.

Más alerta.

—¿Sabes lo que me asusta, C?

—¿Qué?

—Que me hables así.

Que estés hablando como si él fuera una droga.

Como si necesitaras que te haga daño para sentirte viva.

Sentí una punzada.

—No es eso...

—¿Estás segura? Porque te juro que si te escuchas...

No sé. Es como si te hubieras metido en algo peligroso.

Como si no fueras tú.

Apreté el celular con fuerza.

—Clara... tú no lo entiendes.

—No. Y no quiero entenderlo.

Porque si lo entendiera, quizás me asustaría más todavía.

C, tú siempre fuiste fuerte. Siempre.

Nunca dependiste de nadie. Nunca perdiste el eje por un hombre.

—Quizá necesitaba perderlo —susurré.

Hubo un silencio que dolió.

—¿Y si no puedes volver a encontrarlo?

Me mordí el labio.

Quise responder.

Pero no encontré palabras.

Porque la parte más oscura de mí... sabía que Clara tenía razón.

—Te estoy perdiendo —dijo, más bajo.

—No digas eso.

—Entonces salí de ahí.

Corté la llamada antes de responder.

Y me quedé con el celular temblando en la mano.

Como si no solo hubiera cortado una conversación...

sino una cuerda que me sujetaba a la realidad.

El anzuelo

El celular vibró.

Ni una notificación, ni un sonido fuerte.

Solo ese pequeño temblor que pareció replicarse dentro de mí.

Como si mi cuerpo supiera antes que mi razón... que era él.

Miré la pantalla.

Una sola línea.

Adrien Moreau:

“Esta noche. 8 p.m. Rue des Rosiers 42. No llegues antes.
No llegues tarde.”

Nada más.

Ni un saludo.

Ni una pregunta.

Ni una maldita explicación.

Y, sin embargo...

mi pecho se abrió como una flor que lleva horas suplicando agua.

Lo leí tres veces.

Luego bloqueé la pantalla.

La volví a desbloquear.

Lo leí otra vez.

“No llegues antes. No llegues tarde.”

Una orden.

No una invitación.

No un reencuentro emocional.

Una señal.

Un chasquido de dedos para que acuda.

Y eso, inexplicablemente... me encendió.

No por sumisa.

Sino porque él me leía.

Me sentía.

Sabía el poder que tenía sobre mi pulso...

y no lo usaba para aplastarme.

Lo usaba para desarmarme.

Para moldearme.

Para probar hasta dónde podía estirarme sin romperme.

Apoyé la cabeza sobre el escritorio.

Mi frente sudaba.

Mis dedos apretaban el celular como si fuera un arma...

o un salvavidas.

No me pidió si quería verlo.

Me dijo que lo haría.

Me impuso su presencia.

Y yo... yo ni siquiera me planteé decir que no.

Una hora después, ya sabía qué iba a ponerme.

Ya había rehecho mi maquillaje.

Ya había inventado una excusa para Sophie.

Y ya había vuelto a revisar la dirección en Google Maps.

Rue des Rosiers 42.

Un barrio discreto.

Casi demasiado perfecto.

Silencioso, elegante, anónimo.

Como él.

Él había lanzado el anzuelo.

Y yo lo había mordido con el alma.

Sin condiciones.

Sin defensas.

Sin pensar si volvería a respirar igual después de esta noche.

Caminando hacia el vértigo

No tomé taxi.

No quise hacerlo.

Necesitaba caminar.

Sentir el aire.

El suelo.

El mundo.

Recordarme que estaba aquí, que era real...

aunque todo dentro de mí dijera lo contrario.

Las calles de París a esa hora eran un susurro.

El cielo grisáceo, cargado, pero sin lluvia.

Las farolas se encendían con timidez, iluminando apenas las piedras húmedas del pavimento.

Pasé junto a una panadería cerrando, el aroma del pan aun flotando en el aire.

Vi parejas cruzándose, turistas desprevenidos, niños aún cenando en terrazas.

Todo seguía girando como si nada.

Como si mi mundo no estuviera temblando por dentro.

Cada paso me acercaba a él.

Y a algo más.

A una línea que sabía que no iba a cruzar caminando...

sino cayendo.

¿Qué estoy haciendo?

¿Por qué sigo avanzando si no sé a qué voy?

¿Si ni siquiera sé quién es él realmente?

Pero en el fondo sí lo sabía.

Él era el que no me tocaba y me dejaba mojada.

El que no me besaba y me quitaba el aliento.

El que no me prometía nada... pero ya lo poseía todo.

Pasé frente a una librería con vitrinas polvorrientas.

Me detuve un segundo a mirar los títulos.

Todos hablaban de amor.

De guerra.

De misterio.

Y sentí que mi vida ya era un capítulo dentro de uno de esos libros.

Uno que no recordaba haber comenzado...

pero que no podía dejar de leer.

Las palabras de Clara me volvieron como cuchillas suaves.

“Es como si necesitaras que te haga daño para sentirte viva.”

“Te estoy perdiendo.”

Me ardieron.

Pero no lo suficiente como para detenerme.

Porque lo que ardía aún más... era no saber si él también pensaba en mí.

Si había leído mi silencio.

Si me estaba esperando... o simplemente me estaba probando.

Un anciano me pasó por el lado, empujando una bicicleta.

Me saludó con una sonrisa.

Yo respondí apenas, como si mi voz no estuviera disponible.

Estaba ida.

Pero no perdida.

Porque sabía exactamente hacia dónde me dirigía.

A él.

A su sombra.

A esa zona gris entre lo que deseo... y lo que temo.

Rue des Rosiers 42.

Ya faltaban solo dos cuadras.

Y mi corazón no latía:

retumbaba.

Justo antes de cruzar

Rue des Rosiers 42.

Estaba frente a la puerta.

Negra. Alta. Antigua.

Con un pomo metálico gastado por los años.

Y, aun así, se sentía más moderna que yo en ese instante.

Más sólida.

Más segura de su propósito.

Me detuve.

No por cansancio.

Sino porque de pronto... no podía avanzar.

Sentí el pulso en las sienes.

En las manos.

Entre las piernas.

El aire olía a madera húmeda, a piedra mojada, a jazmines lejanos.

A noche.

A deseo.

A peligro.

¿Y si esto no es solo un juego?

¿Y si cruzar esa puerta no tiene regreso?

¿Y si él no me quiere... sino que me consume?

¿Y si tiene razón Clara?

¿Y si pierdo algo de mí en esto?

Apoyé la palma contra la madera.

Fría.

Indiferente.

Podría irme ahora.

Nadie sabría que estuve aquí.

Podría fingir que nunca recibí su mensaje.

Que nunca temblé al leerlo.

Que no me mojé pensando en sus órdenes.

Podría.

Podría...

Pero no lo hice.

Porque la palma se quedó allí.

El cuerpo avanzó antes que la voluntad.

Como si algo en mí ya hubiera cruzado antes de tocar.

Di un paso atrás.

Lo justo para mirarme reflejada en el vidrio opaco de la puerta.

Mi rostro... parecía otro.

No reconocía esa mezcla de nervios, ansiedad y hambre.

Y, sin embargo, ahí estaba yo.

Toqué el pomo.

Frío. Sólido.

Inspiré.

No profundamente.

No como quien se prepara para entrar.

Sino como quien se lanza al agua sabiendo que no va a nadar.

Va a hundirse.

Y ver qué encuentra en el fondo.

Entonces, la puerta se abrió.

No la toqué.

No hice nada.

Se abrió sola.

Desde dentro.

Como si él supiera exactamente el segundo en que decidí no escapar.

Él ya sabía que vendría

La puerta se abrió lentamente.

Adentro, todo era penumbra dorada.

Luz cálida, indirecta.

Sombras suaves acariciando paredes color vino.

Pisos de madera oscura que amortiguaban los pasos.

Un silencio tan denso que se podía oír mi respiración.

Y mi miedo.

Y mi deseo.

Y entonces lo vi.

Adrien estaba de pie, a unos metros, junto a una chimenea encendida.

Su silueta se recortaba contra el resplandor del fuego.

Traje gris oscuro, perfectamente entallado.

Camisa negra sin corbata.

Puños abiertos.

Cuello relajado.

Dominio silencioso.

Presencia brutal.

Belleza calculada.

Un vaso de whisky en una mano.

La otra, en el bolsillo.

Y sus ojos... clavados en mí.

Como si me hubiera estado esperando desde siempre.

Como si supiera el color exacto de mi respiración al entrar.

Como si supiera que estuve a punto de huir...

y no lo hice.

Y eso le pertenecía también.

No se movió.

Ni un gesto.

Ni una sonrisa.

Ni una palabra.

Solo esa mirada.

Fija.

Grave.

Hipnótica.

Él ya sabía que vendría.

Y sabía también que no iba a resistirme.

Porque ya lo estaba haciendo.

Desde que abrí la puerta.

Desde que lo vi.

Desde que lo deseé.

Mi garganta se cerró un segundo.

Y fue como si él lo notara.

Porque ladeó apenas el rostro.

Como un rey que observa a su prisionera llegar voluntariamente a la celda.

Y se complace en su rendición.

Yo no hablé.

No me acerqué aún.

Estaba allí, de pie, temblando por dentro.

Pero él seguía mirándome como si todo esto ya estuviera escrito.

Como si no hiciera falta improvisar nada.

Porque cada paso mío... ya lo había previsto.

Y esa certeza, ese control absoluto...

me hizo sentir más desnuda que si me hubiera arrancado la ropa en ese instante.

No hizo un gesto para invitarme a pasar.

No abrió los brazos.

No sonrió.

Solo me sostuvo la mirada...

y me dejó decidir.

Si lo iba a seguir.

Si me iba a entregar.

Si aceptaba que esta noche... ya no era mía.

Era suya.

Y él ya la había empezado.

Una pregunta que no lo toca

Di un paso dentro.

Solo uno.

El cierre de mi abrigo rozó mi muslo con un susurro que, en esa quietud, sonó como un grito.

Adrien no se movió.

Sus ojos seguían sobre mí.

Pesaban.

Calaban.

Eran tan densos como el silencio que los acompañaba.

Quise decir algo.

Cualquier cosa.

Algo que rompiera el hechizo.

No quiero que esto sea solo suyo.

Necesito hablar.

Necesito escucharme a mí misma.

Recordar que también tengo voz.

—¿Por qué me llamaste... después de desaparecer?

—dije al fin, con más firmeza de la que sentía.

Él alzó apenas una ceja.

Y luego, caminó hacia mí.

Lento.

Con ese andar felino, calculado, como si cada paso suyo midiera el suelo antes de pisarlo.

Como si el mundo le obedeciera sin tener que pedirlo.

Se detuvo a apenas medio metro.

Tan cerca que pude olerlo: whisky, madera, especias, piel masculina.

Tan cerca que sentí que su respiración alteraba la mía.

Tan cerca que... mis pezones se endurecieron bajo la ropa, y él lo notó.

Lo notó.

—¿Desaparecer? —repitió, como si la palabra le resultara ajena.

—Yo no desaparezco, Celeste.

Solo dejo espacio... para que decidas si estás dispuesta a seguir.

Mi boca se abrió.

Pero no dije nada.

Porque esa respuesta, en apariencia suave... era una sentencia.

Él no se disculpaba.

No explicaba.

No pedía.

Solo marcaba los bordes del tablero.

Y esperaba que yo hiciera mi movimiento.

O que aceptara el suyo.

—No soy una marioneta —intenté replicar, con voz algo rota.

Sonrió apenas.

Como si eso lo excitara.

Como si me dijera: “Ya sé que no lo eres. Pero vas a moverte cuando yo quiera.”

Y entonces hizo algo peor que responder:

alzó la mano... y me rozó la barbilla con la yema de los dedos.

Un toque mínimo.

Pero exacto.

Como si leyera dónde estaba el nudo.

Y lo apretara un poco más.

—Esa frase —susurró—. No la repitas ahora.

No esta noche.

No delante de mí.

Y luego se alejó.

Giró sobre sus talones y caminó hacia un sofá bajo, cerca del fuego.

Se sentó.

Cruzó las piernas.

Tomó su copa de whisky.

Y me miró.

Como si nada hubiera pasado.

Como si yo fuera la que debía decidir si me sentaba frente a él...

o me arrodillaba.

Él ya me había leído

Me quedé de pie.

Aún podía irme.

Aún podía fingir dignidad.

Aún podía reconstruirme a base de distancia.

Pero no lo hice.

No por debilidad.

Sino porque él no me lo pidió.

Y ese poder, esa ausencia de presión...

me atrapó más que una orden.

Me acerqué.

Lenta.

Medida.

Como si mis piernas temieran quebrarse en cualquier momento.

Me senté frente a él, en el sofá bajo.

Cruzando las piernas.

Intentando parecer firme, cuando por dentro estaba líquida.

Adrien tomó un sorbo de whisky, sin apuro.

Me miró sin apuro.

Y entonces habló.

—Eres la clase de mujer que colecciona silencios ajenos —dijo, con voz suave—.

Los escucha. Los guardas. Los transforma en vestidos.

Y aun así... nadie escucha el tuyo.

El vaso tembló apenas en su mano.

No por nervios.

Por cálculo.

Yo, en cambio, me congelé.

—Eres brillante cuando hablas de tu trabajo.

Y esquiva cuando alguien quiere hablar de ti.

No por arrogancia.

Sino por miedo a que te desarmen lo único que nadie te pudo quitar: tu independencia.

¿Cómo sabía todo eso?

¿Quién se lo había dicho?

¿O simplemente... lo había deducido?

—Y ahora... estás frente a alguien que no quiere admirarte.

Ni temerte.

Ni endiosarte.

Hizo una pausa.

—Solo quiero usarte.

No en el sentido que temes.

—se inclinó levemente hacia mí—

Sino en el más íntimo de todos:

convertir tu deseo en debilidad.

Tu control... en ofrenda.

Tu voluntad... en un secreto compartido.

Me faltó el aire.

No me estaba proponiendo una noche.

Me estaba advirtiendo de una entrega.

Bajé la mirada.

No por vergüenza.

Sino porque no podía sostener su forma de desnudarme sin tocarme.

Él lo notó.

Y no dijo más.

No necesitaba decir más.

“¿Por qué yo?”

No supe cuánto tiempo pasó.

Solo sabía que lo miraba...

y sentía que cada segundo a su lado era una cuerda nueva alrededor de mi cuerpo.

Invisible, firme, inevitable.

No había tocado mi piel.

No se había acercado otra vez.

Pero cada palabra suya me ataba más que sus manos.

Y no pude más.

No aguanté el silencio, ni su calma, ni su mirada que me diseccionaba.

—¿Por qué yo? —pregunté.

Mi voz sonó más frágil de lo que esperaba.

—De todas las mujeres que podrías tener...

¿Por qué yo?

Adrien apoyó lentamente el vaso sobre la mesa.

Y me sostuvo la mirada con la suya, que no temblaba, que no dudaba, que no pedía permiso.

—Porque tú te crees intacta —dijo al fin.

—Crees que te construiste sola. Que nadie te quebró. Que dominas tu mundo.

Se acercó.

Solo un poco.

—Y lo haces bien.

Eres impecable en tu control.

Irradias independencia.

Elegancia.

Límites.

Su voz bajó.

—Pero yo vi lo que hay debajo.

No el vacío.

No el trauma.

No la herida.

Vi el hambre.

La grieta perfecta.

El espacio exacto donde caben mis dedos.

Mi respiración se detuvo.

—Tú no buscas amor.

No aún.

Ni siquiera sabes si lo mereces.

Buscas algo más simple.

Más oscuro.

Más real.

Se acercó otro paso.

—Buscas a alguien que vea más de lo que muestras...
y que no se asuste.

Alguien que no quiera salvarte...

sino poseerte.

Me incliné apenas hacia atrás, como si su voz me empujara.

Pero no me alejé.

No podía.

—¿Y tú qué buscas? —susurré, con miedo de oír la respuesta.

Adrien no dudó.

—Obediencia sin sumisión.

Deseo sin defensa.

Belleza que tiembla... cuando se le dice “quieta”.

Y tú, Celeste, eres exactamente eso.

Un cuerpo hermoso con una mente brillante...

al que nadie ha dicho aún cuánto puede rendirse sin perderse.

Solo quiero ser el primero en mostrártelo.

El único que sabrá cómo hacerlo...

y hasta dónde.

Mis piernas se apretaron solas.

Y por dentro...

algo se abrió.

Como una flor, como una herida, como una puerta...

que ya no podía cerrar.

El primer roce que no fue piel

No me di cuenta de en qué momento me incliné hacia él.

No fue intencional.

No fue una decisión.

Fue... inevitable.

Como si mi cuerpo supiera que esa distancia no podía mantenerse más tiempo.

Como si incluso el aire entre nosotros se hubiera rendido.

Adrien no se movió.

Pero sí bajó la voz.

—¿Puedo tocarte?

La pregunta fue tan baja que la sentí en el cuello más que en el oído.

Y, aun así, todo mi cuerpo se estremeció.

No por la pregunta.

Sino por el hecho de que la hiciera.

Como si respetar mis límites fuera también parte de su juego.

Y eso... me quemó.

Asentí con un leve movimiento.

Uno mínimo.

Casi tembloroso.

Y entonces, su mano subió.

Lenta.

Precisa.

Hipnótica.

Me rozó la mejilla con el dorso de los dedos.

Nada más.

No hubo presión.

No hubo caricia.

Solo contacto.

Exacto.

Casi ceremonial.

Pero fue como si mi piel se abriera bajo su toque.

Como si ese roce activara algo primitivo...

y sagrado.

No lo miré.

No podía.

Mis párpados cayeron por instinto, como si el cuerpo buscara apagarse para sentir mejor.

Su mano descendió por mi mandíbula, apenas.

Y luego volvió a alejarse.

Como si hubiera cumplido con un rito.

Y ya no necesitara más.

Pero yo... yo me sentí vacía sin su contacto.

Como si ese breve roce me hubiera expuesto de una forma que nadie había logrado antes.

Ni con sexo.

Ni con palabras.

Ni con amor.

Y entonces se inclinó.

No para besarme.

Sino para decirme algo al oído.

Muy cerca.

Sin tocarme.

Sin respirarme encima.

—Aún no sabes lo hermosa que eres... cuando te dejas temblar.

Mi cuerpo se tensó.

Mi espalda se arqueó involuntariamente.

Mis muslos se apretaron.

Y sentí, entre mis piernas, un calor espeso que me hizo bajar la mirada con pudor.

Él lo notó.

No se burló.

Solo volvió a su lugar.

Tomó su copa.

Y no dijo nada más.

Porque ya había dicho todo.

Porque me había tocado sin poseerme.

Porque me había invadido... sin entrar.

El adiós que no la soltó

No sabía cuánto tiempo había pasado.

Solo sabía que algo en mí ya no era el mismo.

Y él lo sabía.

Lo había sentido, lo había provocado.

Y, como todo lo que hacía... lo había hecho sin esfuerzo.

Adrien se puso de pie.

El movimiento fue lento, sin apuro.

Pero en su espalda recta, en su gesto preciso al dejar la copa, había una elegancia que no pedía ser admirada.

Se imponía.

Como un sello real.

Como un rito cumplido.

Caminó hacia mí.

No rápido.

No urgente.

Solo... inevitable.

Me puse de pie también.

Torpe.

Mis piernas no respondían como quería.

No estaba borracha, pero sí desbordada.

De él.

De mí.

De todo lo que no habíamos hecho, pero ya habíamos sentido.

Adrien no me besó.

No lo intentó.

No lo necesitaba.

Solo alzó una mano y la colocó con suavidad sobre mi nuca.

Sus dedos rozaron el nacimiento de mi cabello.

Y ese simple contacto me recorrió la columna como una corriente.

Bajé la mirada.

No por vergüenza.

Sino porque si lo miraba en ese momento, me habría quedado.

Y no me lo había pedido.

Y yo quería que lo hiciera.

Pero no lo haría.

Porque él no ruega.

Porque él decide.

Se inclinó.

Su boca rozó mi mejilla, apenas.

Un susurro de calor.

Un aliento contenido.

Y aun así...

sentí que mi ropa estorbaba.

Que mi piel lo pedía todo.

Que no me alcanzaban los centímetros entre nosotros.

—Esta noche —susurró— fue para ti.

La próxima... será para mí.

Y luego, retiró la mano.

Dio un paso atrás.

Y caminó hasta la puerta.

La abrió sin mirar atrás.

Yo salí.

Porque no podía hacer otra cosa.

Porque si me quedaba un segundo más... me deshacía.

O me entregaba.

Y aún no era el momento.

Él lo sabía.

Y lo estaba dosificando.

Como un veneno dulce.

Como un deseo que se cultiva... para que cuando lo tenga,
ya no quede nada de mí que no le pertenezca.

La puerta se cerró con un clic suave.

Y ese sonido, tan discreto...

fue más íntimo que un gemido.

Más violento que un orgasmo contenido.

Más definitivo que una promesa.

Bajé las escaleras con el alma colgando.

Mi cuerpo aún temblaba.

Mi ropa estaba húmeda.

No por la lluvia.

Sino por él.

Y supe, sin lugar a duda...

que esta historia ya no me preguntaría si quería seguir.

Solo me llevaría.

Porque ya no era mía.

Era de Adrien.

Y yo también.

Capítulo 8: "El filo de la rendición"

El cuerpo aún lo recuerda

Desperté antes del amanecer.

La luz apenas insinuaba su presencia detrás de las cortinas.

Y aun así... no fue la luz lo que me sacó del sueño.

Fue él.

El recuerdo de su voz.

El peso de su mirada.

Ese momento en que sus dedos tocaron mi nuca... como si encendieran algo que había estado dormido por años.

No me había desvestido.

No me había besado.

Ni siquiera me había dicho que me deseaba.

Y, sin embargo, mi cuerpo estaba rendido.

Sentí la humedad entre mis piernas antes de moverme.

Un calor espeso, tibio, suave, que no era solo físico.

Era la evidencia de que había cruzado una frontera.

Una que ni siquiera él necesitó empujar.

Me llevé una mano al vientre, con suavidad.

Estaba tenso. Como si aún esperara una caricia que no llegó.

Como si su ausencia pesara más que su presencia.

¿Cómo podía extrañar algo que no tuve?

¿Cómo podía arder por un hombre que ni siquiera me rozó los labios?

Cerré los ojos.

El silencio de mi habitación era distinto hoy.

Más denso.

Más íntimo.

Como si el aire mismo conservara su perfume.

Cuero.

Whisky.

Dominio.

Mi piel se erizó.

Mi espalda se arqueó apenas.

Y por un instante... me dejé ir.

Deslicé los dedos por el costado de mi muslo, sintiendo el temblor sutil que aún vivía allí.

No me toqué para excitarme.

Me toqué para confirmar que no lo había imaginado.

Que era real.

Que él era real.

Que yo, la mujer que se creía dueña de sí misma, había sido doblegada sin una sola orden.

Y lo peor —lo más hermoso— era que me había gustado.

No era una fantasía.

Era un renacer.

Y Adrien...

Adrien no era un amante.

Era un catalizador.

Una llave.

Un incendio.

Y yo... era madera seca.

El hilo que se tensa

La boutique olía a lino recién planchado y café fuerte.

Ese aroma que, normalmente, me devolvía a tierra firme.

Hoy, sin embargo, era como si flotara en otra dimensión, arrastrando conmigo un perfume que no pertenecía a este lugar: el rastro invisible de Adrien.

Sophie ya estaba allí, desplegando una nueva colección de telas italianas.

Su cabello pelirrojo atrapaba la luz matinal como si fuera fuego líquido.

— Buenos días, jefa —dijo sin mirarme, mientras acomodaba un rollo de seda en la mesa central.

— Buenos días... —respondí, pero mi voz sonó lejos, distraída.

Me acerqué al maniquí que habíamos dejado a medio vestir la tarde anterior.

Tomé la cinta métrica, intentando entrar en la rutina.

Pero mis dedos... no dejaban de recordar cómo fue sentir su piel contra la mía.

Esa presión exacta en mi nuca. Ese roce que no fue caricia, pero me encendió entera.

—¿Todo bien? —preguntó Sophie, ahora sí mirándome con sus ojos verdes muy abiertos.

—Claro. Solo... no dormí mucho.

—Ah... —sonrió con un gesto que conocía bien—. ¿Es “no dormí mucho” porque estabas trabajando... o porque estabas con alguien?

Sentí que el aire se espesaba.

Me agaché para ajustar el bajo del vestido, evitando su mirada.

—No es nada.

—Celeste —canturreó, alargando mi nombre—, cuando tú dices “no es nada”, siempre es algo.

Tragué saliva.

¿Podía olerlo?

¿Podía percibir que mi piel aún estaba tibia por algo que no había ocurrido en esta habitación?

Mientras hablaba con una clienta, noté que había anotado mal su cita en la agenda: la había agendado dos veces en el mismo horario.

Algo que no me pasaba jamás.

Sophie levantó las cejas, sorprendida.

—Esto... nunca lo haces.

La clienta se fue sin notar el error, pero yo sí lo sentí como un hilo roto en mi control habitual.

Un pequeño desgarro en la tela perfecta de mi vida.

Me quedé mirando el reflejo en el gran espejo de la boutique.

Mi postura era la misma, mi ropa la misma, mi peinado impecable.

Pero en mis ojos había algo distinto.

Algo que Sophie no pudo dejar de mirar.

Y yo... no pude explicar.

Un hilo invisible

Estaba revisando un catálogo de encajes franceses cuando mi teléfono vibró sobre el mostrador.

Ni miré el remitente al principio.

Pero al ver su nombre, sentí ese pequeño latido en el centro del pecho...

ese que no es de miedo, pero tampoco es de calma.

Adrien Moreau.

Abrí el mensaje.

No había saludo, ni explicación.

Solo una línea.

Una pregunta.

“¿Estás respirando por ti... o por mí?”

Me quedé quieta, con el teléfono en la mano.

El ruido de la boutique —el sonido de Sophie doblando telas, el golpeteo de la máquina de café— se volvió un eco lejano.

Todo se redujo a esas palabras.

Sentí cómo mi pecho subía y bajaba, lento.

Casi... consciente de su orden implícita.

Como si al leerlo, él hubiera reclamado mi respiración.

¿Por mí?

¿Por él?

Me di cuenta de que estaba sonriendo.

No una sonrisa abierta, sino esa curva mínima en los labios que aparece cuando algo te desnuda por dentro.

Guardé el teléfono sin responder.

No porque no quisiera.

Sino porque no sabía qué decir sin entregarle más de lo que ya tenía.

Pero mientras fingía seguir revisando el catálogo, noté que algo en mi cuerpo había cambiado.

Mis muslos se habían tensado.

Mi respiración ya no era mía.

Era suya.

París me sigue

Salí de la boutique después del mediodía, con la excusa de despejarme.

El cielo estaba de un gris claro, casi nacarado, y una llovizna fina caía sobre las calles como un velo delicado.

París parecía recién lavado, brillante y silencioso, como si la ciudad supiera guardar secretos.

Caminé sin rumbo fijo, dejando que el sonido de mis tacones marcará un compás regular sobre las piedras mojadas.

El aire traía olor a pan recién horneado, a café tostado, y... a algo más.

Un aroma que no estaba ahí, pero que mi memoria había aprendido a convocar:

la mezcla de cuero, whisky y esa calidez masculina que era Adrien.

Cada esquina me parecía una invitación a doblar hacia él.

Cada café, una promesa de que podría estar sentado adentro, observándome.

La ciudad me seguía como él.

O quizá... era él quien la habitaba entera.

Intenté pensar en otra cosa.

En el pedido de telas que tenía pendiente, en el nuevo diseño para Madame Fournier...

Pero la voz de Clara regresó sin que la buscara.

“No me gusta. Siento que esconde algo. Celeste, los hombres así... no aparecen porque sí.”

Apreté el clutch entre mis manos.

Clara siempre había sido la voz de la lógica.

Y yo siempre había sido capaz de escucharla.

Hasta ahora.

Me detuve frente a una vidriera.

En el reflejo vi a una mujer bien vestida, con el cabello impecable... pero en sus ojos había otra cosa.

Algo que no podía disfrazar.

Deseo.

Entrega.

Un principio de rendición.

Seguí caminando, más rápido esta vez, como si pudiera escapar del reflejo.

Pero no podía escapar de lo que sentía.

No podía escapar de él.

Y lo más inquietante... era que ya no quería hacerlo.

El roce que no se va

No recuerdo la última vez que un solo gesto me persiguió así.

No fue un beso.

No fue un abrazo.

No fue sexo.

Fue su mano en mi nuca.

Lo reviví esa tarde, sola, en mi habitación.

Me recosté sobre la cama, cerré los ojos... y ahí estaba.

El calor de sus dedos, la presión exacta, el modo en que me acercó hacia él sin apresurarme, sin retenerme... y, aun así, sin darme opción de apartarme.

En mi memoria, el momento se ralentizaba.

Podía sentir la yema de sus dedos rozando la piel sensible detrás de mi oreja.

Podía escuchar su respiración, lenta, medida.

Como si marcara mi pulso desde fuera.

Mi espalda se arqueó sola.

Mis muslos se cerraron instintivamente, atrapando un calor que me subía desde el vientre.

Me toqué ahí, sin pensar.

No para terminar... sino para confirmar que ese temblor era real, que no lo había inventado mi mente.

No me besó.

No me tomó.

Y sin embargo... sentí que ya me poseía.

Abrí los ojos.

La habitación estaba en penumbra.

Y aunque sabía que estaba sola... tuve la certeza de que él sabría, de algún modo, que yo había vuelto a ese instante.

Que mi cuerpo lo seguía recordando.

Que seguía mojada por él, sin que él hubiera hecho nada más que tocar mi nuca.

Mentiras entre amigas

El teléfono sonó cuando estaba acomodando un collar en el joyero de mi habitación.

El nombre de Clara apareció en la pantalla.

Sentí una punzada en el pecho antes de contestar.

—¿Clara?

—Hola, C —su voz sonaba ligera, pero había algo afilado debajo—. ¿Cómo estás? Hace días que no sé de ti.

—Bien... trabajando mucho. Ya sabes cómo es la temporada.

—Ajá... —silencio breve—. ¿Y anoche? ¿Te quedaste en casa?

Tragué saliva.

Miente.

—Sí, claro. Me quedé... cansada. Ni salí.

—Hmm... —la forma en que lo dijo me hizo sentir desnuda—. Qué raro. Soñé contigo. Y... no estabas en casa.

Sonreí, fingiendo que no me afectaba.

—Tienes una imaginación peligrosa.

—No es imaginación, C. Es instinto. Y el mío me dice que estás metida en algo... o con alguien.

Su voz no tenía reproche, pero sí una advertencia implícita.

La misma que había escuchado antes.

"No me gusta. Siento que esconde algo."

—Clara, estoy bien. Solo... ocupada.

—Ocupada no es la palabra que yo usaría —respondió, y su tono se suavizó—. Solo prométeme una cosa: si algún día sientes que no eres tú la que lleva el control... me llamas.

—Prometido —mentí.

Colgamos.

Me quedé mirando el teléfono un momento más, sintiendo que esa promesa no duraría mucho.

Porque ya no era yo la que llevaba el control.

Y lo peor era que... no me importaba.

La orden

La noche había caído sobre París como un manto espeso.

Estaba en la cocina, preparando un té que no pensaba beber, cuando el teléfono vibró sobre la encimera.

No tuve que mirar para saber quién era.

Adrien Moreau.

Abrí el mensaje.

Eran solo dos frases.

“Mañana. 9 p.m.

No lleves nada que no quieras que te quite.”

El aire pareció condensarse alrededor de mí.

Mi mano siguió sosteniendo el teléfono, pero mis piernas... se aflojaron.

El calor que me subió por el vientre fue inmediato, líquido, como una corriente eléctrica que reconocía su dueño.

No era una invitación.

Era una orden.

Y mi cuerpo... ya había decidido obedecer antes que mi mente.

Cerré los ojos, imaginando su voz pronunciando esas palabras.

Podía verlo: de pie, con ese traje gris perfectamente cortado, la mirada fija, sabiendo que yo lo leería una y otra vez antes de dormir.

Sabiendo que me mojaría... antes incluso de verlo.

Respiré hondo.

La promesa de Clara resonó como un eco lejano.

Pero ya era inútil.

Adrien había reclamado algo más que mi tiempo.

Había reclamado mi entrega anticipada.

Y lo sabía.

Capítulo 9: Vestirse para rendirse

Vestirse para rendirse

No miré el reloj al despertar.

No hizo falta.

Todo mi cuerpo sabía qué día era.

O mejor dicho... a quién pertenecía este día.

La orden de Adrien aún vibraba en mi memoria.

La había leído tantas veces que la sabía de memoria, como una línea tatuada en mi piel:

“Mañana. 9 p.m.

No lleves nada que no quieras que te quite.”

No era una cita.

No era un juego.

Era un veredicto.

Y yo... había aceptado sin apelación.

Pasé el día en una especie de trance, moviéndome por la boutique como si estuviera bajo el agua.

Sophie notó mi distracción, pero no dijo nada.

O quizá dijo algo y yo no lo escuché.

Mis pensamientos estaban ocupados con preguntas que no eran preguntas, sino imágenes.

Su voz cerca de mi oído.

Su mano en mi nuca.

Su mirada, midiendo cada gesto mío como si ya supiera de qué estaba hecha mi resistencia.

A las ocho, me encontré frente al armario.

No quería parecer que me estaba preparando para... lo que sospechaba que iba a pasar.

Pero tampoco podía ignorar que, de algún modo, ya me estaba preparando para rendirme.

Elegí un vestido negro de seda que caía como agua sobre mi piel.

No ajustado, pero tampoco suelto: lo suficiente para que él imaginara dónde terminaba el tejido y empezaba mi piel.

Deabajo... nada que él pudiera quitarme sin que yo sintiera el aire frío mordiéndome en su ausencia.

Mientras me maquillaba, recordé la primera vez que me habló con ese tono.

Ese tono que no pide, sino que afirma.

“No busco tu permiso, Celeste... busco tu entrega.”

Un escalofrío me recorrió entera.

No era miedo.

Era esa sensación de abrir una puerta que sabes que no podrás cerrar después.

Me miré en el espejo.

No vi a la Celeste calculada, dueña de sí misma, que París conocía.

Vi a otra mujer.

Una que ardía bajo la superficie.

Una que ya estaba mojada, solo por la idea de verlo.

A las ocho y media, salí.

La ciudad estaba iluminada como un collar de oro derramado sobre el Sena.

Cada paso me llevaba más cerca de él.

Y más lejos de la versión de mí que creía segura.

El trayecto

Salí de casa con el abrigo cruzado sobre el vestido.

La calle estaba cubierta por ese velo húmedo típico de París después de una llovizna fina; el aire olía a piedra mojada y café recién molido.

No quise llamar un taxi de inmediato.

Necesitaba caminar un poco, dejar que mis pasos marcaran el ritmo de mi respiración.

Cada adoquín parecía susurrarme que aún podía dar la vuelta... pero no lo hice.

Las luces de las farolas se reflejaban en los charcos, y las vitrinas iluminadas me devolvían una imagen que casi no reconocía: mi figura envuelta en seda negra, el cabello cuidadosamente peinado, y esa mirada... esa que sabía perfectamente a quién iba dirigida.

Pasé frente a una cafetería.

El aroma del espresso caliente se mezcló con el del croissant recién horneado, y por un instante me imaginé a Adrien sentado en una de esas mesas, esperándome, mirándome llegar con la paciencia de un cazador.

La idea me hizo apretar los muslos bajo el vestido.

“No busco tu permiso, Celeste... busco tu entrega.”

Esa frase volvía como una marea, empapando cada pensamiento.

La calle estaba llena de gente, pero yo caminaba en una burbuja; no escuchaba risas ni pasos, solo el eco de su voz y el latido insistente en mis sienes.

Finalmente, levanté la mano para detener un taxi.

El asiento de cuero estaba frío bajo mis piernas, y el contraste me arrancó un suspiro.

Me incliné hacia la ventana, mirando cómo la ciudad pasaba en destellos de luz y sombra.

En algún momento, pensé en Clara.

En su advertencia.

"No me gusta. Siento que esconde algo."

Y quizá lo escondía.

Pero lo peor —o lo mejor— era que yo no quería descubrirlo todavía.

El taxi se detuvo frente a una calle estrecha, empedrada, iluminada solo por faroles antiguos.

Pagué, bajé... y respiré hondo.

Estaba a pocos pasos de él.

Y cada paso que daba, sentía que dejaba atrás otra parte de la mujer que había sido antes de conocerlo.

La llegada

La calle terminaba en un edificio señorrial, de fachada blanca y balcones de hierro forjado.

No había rótulos, ni música escapando desde adentro, solo una puerta alta de madera oscura con herrajes dorados.

Era el tipo de lugar que no necesitaba anunciarse para ser exclusivo.

Toqué el timbre, y no pasaron más de diez segundos antes de que se abriera.

Un hombre alto, de traje impecable, me observó con una leve inclinación de cabeza.

Sin una palabra, me hizo un gesto para que entrara.

El interior estaba iluminado por una luz dorada, suave, que acariciaba las paredes cubiertas de molduras y obras de arte.

El aire tenía un aroma discreto a sándalo y cuero, tan masculino y envolvente que me hizo pensar inmediatamente en él.

Era como si Adrien ya estuviera tocándome... sin estar presente.

El hombre cerró la puerta tras de mí, y el sonido resonó como un sello definitivo.

No había vuelta atrás.

Mis tacones resonaban sobre el mármol negro mientras seguía al anfitrión por un pasillo largo, alfombrado en tonos oscuros.

Cada paso me adentraba en un mundo que no era mío, pero que parecía dispuesto a aceptarme... o devorarme.

Giramos hacia un salón amplio.

La chimenea encendida lanzaba destellos anaranjados sobre las paredes, y un piano de cola negro descansaba bajo un ventanal cubierto por cortinas pesadas.

Todo estaba dispuesto con una armonía calculada, como si nada se hubiera colocado al azar.

No lo vi aún, pero lo sentí.

Esa sensación en la piel, ese cambio sutil en el aire... Adrien estaba allí, en alguna parte, observando.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me descubrí queriendo ser observada.

El primer contacto

Lo vi antes de que mi mente estuviera preparada para procesarlo.

Adrien estaba de pie junto al piano de cola, con un vaso de whisky en la mano.

El fuego de la chimenea dibujaba reflejos dorados sobre su traje gris perfectamente ajustado, que realzaba la amplitud de sus hombros y la precisión de su figura.

La camisa blanca, abierta apenas en el cuello, dejaba entrever la firmeza de su piel, y el contraste con la tela oscura hacía que su presencia resultara aún más hipnótica.

Giró la cabeza lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para mirarme.

Su sonrisa fue mínima, pero tan precisa que sentí cómo mi respiración se alteraba.

No había prisa en sus gestos, solo control.

Ese control que me desconcertaba... y que, en secreto, me atraía.

Su mirada recorrió mi cuerpo sin descaro, deteniéndose en el punto exacto donde el vestido empezaba a ceñirse a mi cintura.

No era una mirada apresurada: era un inventario silencioso, una medición exacta de lo que veía y de lo que imaginaba.

—Puntual —dijo finalmente, su voz grave, modulada, como si cada palabra hubiera sido elegida antes de pronunciarla.

Yo asentí, intentando que mi respiración no me delatara.

—Supuse que llegar tarde no sería... lo más inteligente.

Él inclinó apenas la cabeza.

—Tienes razón.

Un silencio cargado nos envolvió.

El whisky en su mano giró lentamente, como si la única urgencia en el mundo fuera observarme.

Y entonces lo supe: no estaba reaccionando a mí... estaba midiendo cuánto me afectaba él.

Y lo peor era que yo sabía que lo estaba ganando.

El diálogo cargado

Adrien dejó el vaso de whisky sobre el piano con un sonido suave, casi imperceptible, y comenzó a caminar hacia mí.

No había prisa en su paso, pero cada metro que acortaba entre nosotros hacia que mi pulso se acelerara un poco más.

Se detuvo a menos de un brazo de distancia.

No me tocó de inmediato, pero su proximidad era como un roce invisible: podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo.

—Podrías haberte arrepentido, Celeste —dijo, como si estuviera constatando un hecho.

—Y, sin embargo, estoy aquí —respondí, intentando que mi voz no revelara cuánto me costaba mantener la compostura.

Él ladeó la cabeza, observándome como si fuera un enigma que disfrutaba no resolver.

—La mayoría de las personas buscan el control. Tú... pareces estar empezando a disfrutar de perderlo.

Tragué saliva, sin apartar la mirada.

—No he dicho eso.

Sonrió apenas.

—No tienes que decirlo.

Entonces, extendió la mano y, con la yema de los dedos, trazó una línea desde mi muñeca hasta la base de mi palma, lenta, precisa.

El contacto fue mínimo... pero mi piel ardió como si hubiera recorrido todo mi cuerpo.

—Tu pulso me contradice —susurró.

Yo no contesté. No podía.

Él sabía que había ganado ese pequeño juego, y el brillo en su mirada lo confirmaba.

Cierre y promesa velada

Adrien retiró su mano con la misma calma con la que la había acercado, como si supiera exactamente el efecto que había dejado en mí.

Se apartó un paso, pero su mirada no se movió de la mía.

—Mañana, misma hora. Vestido distinto. Mismo perfume —dijo con voz grave, casi un dictado.

No era una invitación.

Era una instrucción.

Y lo supe porque mi cuerpo reaccionó antes que mi mente: un estremecimiento recorrió mi columna, y tuve que morderme el labio para no dejar escapar un suspiro.

Él se inclinó apenas hacia mí, tan cerca que sentí el roce de su respiración en mi mejilla.

—No pienses demasiado, Celeste. Lo que quiero de ti... no se razona. Se siente.

Se enderezó de nuevo y dio media vuelta, volviendo hacia el piano con la misma lentitud controlada con la que había llegado.

Yo permanecí inmóvil unos segundos, como si mis pies no recordaran cómo moverse.

Finalmente, giré hacia la salida.

No miré atrás, pero sabía que sus ojos seguían en mí.

Cada paso fuera de ese salón me pesaba y, al mismo tiempo, me encendía.

Cuando crucé la puerta del edificio, la noche parisina me recibió con un aire frío que no fue suficiente para calmar el calor en mi piel.

Adrien había dicho “mañana”.

Y yo... ya estaba contando las horas.

Capítulo 10: La instrucción cumplida

La preparación condicionada

Desde el momento en que abrí los ojos, su voz ya estaba allí.

"Mañana, misma hora. Vestido distinto. Mismo perfume."

No fue un simple recuerdo. Fue una orden que se instaló en mi piel como una marca invisible.

Abrí el armario y dejé que mis dedos se deslizaran por la seda, el satén y la lana fina, como si buscara no solo una prenda, sino la respuesta correcta a un examen que él ya sabía cómo debía responder.

Finalmente, elegí un vestido borgoña, ajustado en la cintura y con una abertura lateral discreta. No era el negro de la noche anterior; era más cálido, más carnal.

El perfume... ese sí no lo dudé.

Lo tomé del tocador, el mismo que había usado la noche anterior. Sabía que lo reconocería apenas me acercara, y la idea de que ese aroma lo guiara hacia mí me produjo un escalofrío.

Mientras me maquillaba frente al espejo, noté que mis manos estaban más seguras que de costumbre. No era seguridad, era determinación... o tal vez rendición.

Y aunque me repetía que lo hacía porque yo lo quería así, en el fondo sabía que el verdadero motivo estaba sentado junto a un piano, sonriendo de esa manera lenta y calculada que ya me había aprendido de memoria.

Me detuve un segundo a mirarme completa.

No era solo el vestido, ni el maquillaje, ni el perfume.

Era la actitud.

Me estaba preparando para ser vista por él, y por más que intentara disfrazarlo de elección propia, sabía que estaba cumpliendo su instrucción... y disfrutando cada segundo del proceso.

Interferencia en la boutique

Llegué a la boutique con el vestido cubierto por un abrigo largo.

El cielo estaba gris, y el reflejo de la luz en los escaparates hacía que los colores de las telas en el interior se vieran más intensos.

Sophie ya estaba allí, revisando un pedido.

—Buenos días, jefa —dijo, sin levantar la vista, mientras anotaba algo en una libreta.

—Buenos días —respondí, dejando el bolso sobre el mostrador.

Intenté concentrarme. Teníamos una prueba de vestido con una clienta importante en menos de una hora, y debía estar pendiente de cada detalle.

Pero mi mente estaba en otra parte.

Cada vez que mis manos tocaban la seda, recordaba la sensación de los dedos de Adrien rozando mi muñeca.

Cada vez que olía el perfume de las clientas, buscaba inconscientemente el aroma que él reconocería esa noche.

—¿Celeste? —la voz de Sophie me sacó de mis pensamientos.

Parpadeé.

—Sí?

—Te pregunté si querías que ajustara el largo de la falda o lo dejaba como estaba.

Me incliné para mirar... pero no vi nada. Solo un borrón de tela.

—Como estaba —dije, sin realmente haberlo evaluado.

Ella me miró por encima de la libreta, ladeando la cabeza.

—Estás... distraída.

—Es solo que dormí poco —mentí, acomodando una cinta métrica sobre la mesa para evitar su mirada.

Pero la verdad era que no estaba en esa boutique.

Estaba, mentalmente, caminando hacia él.

El problema es que Sophie lo notaba.

Y si ella lo notaba... ¿cuánto tardarían en notarlo mis clientas?

Advertencia de Clara

Estaba organizando unos bocetos sobre el escritorio cuando mi teléfono vibró.

Era Clara.

No llamaba a menudo en la mañana, así que respondí enseguida.

—Buenos días, C...—saludó con un tono ligero que no engañaba a nadie.

—Hola... —dijo, intentando sonar normal.

—¿Y bien? —preguntó sin rodeos.

—¿Y bien qué?

—No me vengas con evasivas. Sé que lo viste otra vez.

Suspiré, recostándome contra el mostrador.

—Clara, no es...

—No es qué, Celeste. Te conozco. Hay algo en tu voz que no estaba hace una semana.

Me quedé en silencio unos segundos, jugueteando con un lápiz.

—No es tan simple —dijo al fin.

—Eso es precisamente lo que me preocupa. Los hombres que parecen simples nunca lo son. Y este... no sé, hay algo en él que no me gusta.

Cerré los ojos.

—Tú no lo conoces.

—Exacto. Y aun así me pone en alerta. Eso no suele fallarme.

Me mordí el labio. No quería discutir, pero tampoco podía darle la razón.

—Clara... él no es como los demás.

—Justamente. Y a veces, “no ser como los demás” es lo que más peligro trae.

Antes de que pudiera responder, una clienta entró a la boutique y tuve que cortar la llamada.

Clara no lo sabía, pero sus palabras se quedaron conmigo, como un eco incómodo que no quería escuchar... y que no podía apagar.

El lugar oculto

El mensaje llegó poco después de cerrar la boutique:

"7:30 p.m. Rue du Faubourg Saint-Honoré, número 74.
No toques la puerta, te abrirán."

No hubo saludo, ni firma.

No hacía falta.

La dirección estaba en uno de los barrios más exclusivos de París. Tomé un taxi, y durante el trayecto vi cómo las luces de la ciudad empezaban a encenderse, bañando las calles de un dorado que parecía sacado de una postal.

Pero en mi interior, la luz era otra: un calor constante que se intensificaba cuanto más me acercaba.

El edificio era discreto, de fachada clásica, con balcones de hierro negro y ventanas altas.

Un portero vestido con un uniforme impecable me recibió sin una palabra y me hizo un gesto para seguirlo.

Entramos en un vestíbulo cubierto de mármol gris y alfombras gruesas que amortiguaban el sonido de mis pasos.

Todo olía a una mezcla perfecta de sándalo, cuero y un toque de humo, como si el aire mismo hubiera sido entrenado para seducir.

Subimos por un ascensor antiguo, con paredes de madera pulida y un espejo que reflejaba mi rostro... y mi respiración ligeramente agitada.

Cuando las puertas se abrieron, el portero me dejó sola en un pasillo iluminado por lámparas doradas.

Frente a mí, una puerta entreabierta dejaba escapar una luz cálida.

No necesité que nadie me indicara que ese era su territorio.

Crucé el umbral.

El suelo de madera crujío suavemente bajo mis tacones, y cada detalle parecía calculado: cuadros minimalistas, una

alfombra persa oscura, estanterías con libros perfectamente alineados.

No había ruido, salvo un murmullo lejano... el sonido grave y profundo de un piano tocando una melodía lenta.

Lo supe al instante: Adrien estaba cerca.

Y había empezado a tocar antes de que yo llegara, como si supiera que esa música sería mi bienvenida.

Juego de cercanía

Lo vi junto al piano, igual que la última vez... pero distinto.

El traje gris de la noche anterior había sido reemplazado por uno negro, perfectamente cortado, que absorbía la luz como si quisiera retenerla para él.

La camisa, blanca y abierta apenas en el cuello, dejaba entrever una piel que parecía tan firme como el resto de su presencia.

Sus manos se movían sobre las teclas con la misma seguridad con la que caminaba, con la que me miraba... con la que pronunciaba mi nombre.

Cuando levantó la vista, la música se detuvo, pero la melodía siguió latiendo dentro de mí.

—Cumpliste la instrucción —dijo, sin sonreír.

—¿Esperabas que no lo hiciera? —repliqué, acercándome despacio.

—Esperaba que entendieras lo que significaba hacerlo —contestó, incorporándose lentamente.

Cerró la tapa del piano y caminó hacia mí.

Cada paso era deliberado, sin una pizca de prisa, como si el simple hecho de acortar la distancia fuera un acto de dominio.

Cuando estuvo a menos de un metro, inclinó apenas la cabeza.

—Ese perfume... —su voz bajó un tono—. Es exactamente como lo recordaba.

No era un cumplido. Era una confirmación.

Extendió una mano, rozando el borde de mi abrigo.

No lo quitó, pero el gesto fue suficiente para que mi piel reaccionara bajo la tela.

—No es el vestido lo que me interesa —añadió, su mirada descendiendo apenas, lenta, hasta volver a mis ojos—. Es lo que eliges mostrar... y lo que decides ocultar.

Mi respiración se volvió más corta.

No porque me intimidara... sino porque empezaba a darme cuenta de que él sabía exactamente qué hacer para mantenerme en ese punto intermedio entre el deseo y la rendición.

Un gesto que marca territorio

Adrien no me tocó de inmediato.

Se mantuvo a esa distancia mínima donde el aire entre nosotros se volvía espeso, donde cada segundo se sentía como una provocación medida.

Entonces, con un movimiento lento y seguro, levantó la mano y colocó dos dedos bajo mi barbilla, obligándome a alzar la vista hacia él.

No hubo brusquedad, pero tampoco suavidad.

Era un gesto que no admitía resistencia.

Su mirada recorrió mi rostro como si leyera un texto que ya conocía de memoria.

—Podrías apartarte ahora —murmuró, apenas audible.

—No quiero —respondí sin pensar.

El brillo en sus ojos cambió. No era sorpresa... era aprobación.

Con el pulgar, trazó una línea desde el centro de mi barbilla hasta el borde de mi labio inferior, tan despacio que mi respiración se volvió un suspiro entrecortado.

—Bien —susurró, y retiró la mano con la misma calma con la que la había puesto—. No olvides que eso significa algo.

No explicó qué.

No hizo falta.

Lo sentí en cada fibra de mi cuerpo: había marcado un territorio, y ese territorio era yo.

Cierre con tensión creciente

Adrien se apartó un paso, pero no rompió el contacto visual.

—Vas a volver —dijo, como quien afirma un hecho y no una posibilidad.

No fue una pregunta, y aun así sentí que debía responder.

—Sí.

Sus labios esbozaron apenas una curva, más un reconocimiento que una sonrisa.

—La próxima vez no habrá música para recibirte. Habrá silencio... y en ese silencio quiero escucharte a ti.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

No supe si era por la intensidad de sus palabras o por la certeza de que las cumpliría.

Me acompañó hasta la puerta.

Antes de abrirla, se inclinó lo suficiente para que su aliento rozara mi oído.

—No tardes en extrañarme.

Salí sin mirar atrás, porque sabía que, si lo hacía, me perdería en esa mirada y no podría irme.

La noche parisina estaba fría, pero el calor en mi piel no cedía.

Y mientras caminaba, cada paso resonaba con la misma frase: la próxima vez.

Capítulo 11: Bajo Llave

La antesala del encierro

La dirección que Adrien me envió no estaba en ningún mapa que yo hubiera consultado antes.

Ni siquiera aparecía en las aplicaciones de guía turística.

Eso, lejos de asustarme, me provocaba un cosquilleo en la piel... como si estuviera a punto de abrir la puerta de un secreto.

Tomé un taxi, y París desfiló ante mis ojos como si la ciudad entera estuviera vestida para la noche: farolas doradas, escaparates iluminados, parejas caminando de la mano.

Pero nada de eso competía con lo que pasaba dentro de mí.

Cada latido era más fuerte que el anterior, cada respiración más corta.

A mitad de camino, saqué el teléfono y leí de nuevo su mensaje:

"No preguntes, solo ven."

Dos palabras menos y habría parecido una orden militar; con él, sonaban como la invitación más erótica que había recibido en mi vida.

El taxi se detuvo frente a un edificio antiguo, con fachada de piedra y balcones de hierro forjado.

No tenía letreros, ni timbres visibles, ni nada que delatara lo que había detrás.

Apenas una puerta negra, alta, con un picaporte dorado.

Pagué al conductor y me quedé unos segundos en la acera, intentando ordenar mi respiración.

No lo conseguí.

La noche estaba fría, pero mi piel ardía bajo el abrigo.

Cuando al fin toqué el picaporte, la puerta se abrió sin esfuerzo, como si alguien hubiera estado esperando mi llegada.

Dentro, un pasillo estrecho y elegante me condujo a un ascensor antiguo, de madera oscura y espejo tallado.

Me miré en el reflejo: el vestido negro se ceñía en los lugares exactos, y el brillo en mis ojos era inconfundible.

No podía negarlo: ya estaba bajo su influencia antes de siquiera verlo.

Las puertas se cerraron, y con cada piso que subía, sentía que me alejaba del mundo exterior... y me acercaba peligrosamente a él.

El espacio bajo llave

El ascensor se detuvo con un leve temblor.

Cuando las puertas se abrieron, me encontré en un pasillo silencioso, alfombrado, iluminado por lámparas bajas que proyectaban sombras suaves en las paredes.

No había ruido, ni voces, ni siquiera el eco distante de la ciudad.

Era como si el mundo entero hubiera quedado fuera.

Frente a mí, una puerta de madera oscura estaba entornada, dejando escapar un hilo de luz cálida.

La empujé suavemente.

Al cruzar, el aire cambió: olía a sándalo, a cuero y a un toque ahumado, un aroma que me envolvió de inmediato y me hizo pensar en él.

El lugar no era grande, pero cada elemento parecía calculado para atraer los sentidos.

Un sofá de terciopelo gris, una mesa baja con una botella de whisky sin abrir, cortinas pesadas que cerraban por completo la vista al exterior.

Al fondo, un biombo de madera tallada ocultaba lo que parecía ser otra habitación.

Instintivamente miré hacia la puerta.

Se cerró detrás de mí con un clic suave.

No me había girado para hacerlo.

Y supe, sin verlo aún, que Adrien ya estaba aquí... y que él había cerrado.

—Bienvenida, Celeste.

Su voz llegó desde un rincón en penumbra.

Giré la cabeza y lo vi: sentado en un sillón, con un vaso de whisky en la mano, observándome como si hubiera estado estudiando cada uno de mis movimientos desde que entré.

El traje oscuro se ajustaba perfectamente a su cuerpo, la corbata aflojada le daba un aire peligroso y relajado al mismo tiempo.

—Cierra el pestillo —añadió, sin levantar la voz.

No pregunté por qué.

Obedecí.

Ese simple sonido metálico me recordó que ya no había escapatoria, y que, de algún modo, era exactamente lo que quería.

El acercamiento

Adrien dejó el vaso sobre la mesa, sin apartar los ojos de mí.

Se levantó despacio, como si cada movimiento estuviera calculado para alargar la espera, para tensar el aire entre nosotros hasta el límite.

—No te muevas —ordenó, con voz baja, grave.

Me quedé de pie, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba.

Él acortó la distancia sin prisa, hasta que su pecho quedó a pocos centímetros del mío.

Su mano se deslizó primero por mi hombro, bajando por el brazo hasta rozar mis dedos.

Después, subió por mi cintura, siguiendo el contorno de mi cuerpo con una lentitud desesperante.

Sus manos se movían como si memorizaran mi forma.

Cuando llegó a mis caderas, sus pulgares dibujaron un arco hacia dentro, haciéndome contener el aliento.

El calor que emanaba de sus palmas atravesaba la tela del vestido y se filtraba hasta mi piel.

Me inclinó apenas hacia él, y su boca se acercó a mi oreja.

El mordisco fue suave, pero suficiente para arrancarme un gemido ahogado.

Su aliento caliente me erizó la piel mientras bajaba lentamente la cabeza, dejando que su nariz recorriera mi cuello, mi clavícula... el centro de mi pecho... descendiendo más, hasta mi abdomen.

Su respiración se volvió un roce constante que me encendía cada nervio.

Cuando se arrodilló frente a mí, pensé que el tiempo se había detenido.

Sus manos siguieron el viaje por mis muslos, firmes, seguras, hasta deslizarse por mis pantorrillas y llegar a mis pies.

Allí se detuvo, levantando la vista con esa calma peligrosa que lo definía.

—Quiero que sientas que no tienes control de nada esta noche.

Sacó un pañuelo de seda negro del bolsillo de su chaqueta.

Lo sostuvo un momento, dejándome imaginar lo que vendría, antes de tomar mis manos y atarlas suavemente frente a mí.

El nudo no era fuerte, pero sí lo suficiente para recordarme que estaba a su merced.

Yo debería haber sentido miedo.

Pero lo único que sentía era un deseo creciente, avasallante, imposible de disimular.

El primer contacto

Adrien se incorporó lentamente, aún con mis manos atadas por el pañuelo de seda.

Su mirada se clavó en la mía, intensa, firme, como si pudiera leer todo lo que pasaba por mi mente... y por mi cuerpo.

Sin decir nada, deslizó sus manos desde mis caderas hasta mi espalda baja, atrayéndome hacia él.

Su boca buscó la mía, pero no de inmediato; primero rozó mis labios con los suyos, como una amenaza, como un juego que sabía que me estaba volviendo loca.

Cuando por fin me besó, lo hizo con una mezcla perfecta de suavidad y dominio.

Su lengua exploró la mía en movimientos lentos, marcando un ritmo que me obligaba a seguirlo.

Sus manos, mientras tanto, recorrían mi cuerpo sin prisa: la curva de mi cintura, el centro de mi espalda, el lateral de mis muslos.

Entonces, con un gesto firme, Adrien separó mis piernas, abriéndolas lo justo para invadir el espacio más íntimo de mi cuerpo.

Su mano subió lentamente por mi muslo interno, acariciando la piel con la yema de los dedos, sin prisa, como si quisiera memorizar cada centímetro.

Ese contacto me arrancó un jadeo involuntario.

La mezcla de su control y la suavidad de sus caricias me desarmaba por completo.

Sentía mi pulso acelerado en cada parte de mí, y el calor entre mis piernas era casi insoportable.

—Adrien... —susurré, con la voz rota por el deseo— quiero que sigas... no pares... me tienes... demasiado excitada...

No sé si fue mi tono suplicante o el hecho de que ya no podía ocultar mi reacción, pero él sonrió de forma apenas visible.

Sus dedos continuaron explorando, jugando con la presión y el ritmo, provocando que mis caderas buscaran más contacto.

El primer espasmo me tomó por sorpresa.

Un calor súbito se apoderó de mi vientre y se expandió hacia mis piernas, haciéndome arquearme contra él.

Adrien no se detuvo; al contrario, intensificó cada caricia, cada roce, cada susurro en mi oído.

Pequeños orgasmos me sacudían en oleadas cortas, seguidas, hasta que ya no distinguía dónde terminaba uno y empezaba el siguiente.

Mis rodillas temblaban, y si no fuera por sus manos firmes sosteniéndome, me habría derrumbado.

—Eso es... —murmuró junto a mi oído, con una calma cruel— déjalo pasar... todo...

Y lo hice.

Me rendí por completo, sin pensar, sin contenerme, dejándome llevar por el único hombre que sabía exactamente cómo tocarme para romperme y reconstruirme en el mismo instante.

La retirada

Adrien se apartó apenas unos centímetros, lo suficiente para que el aire frío del cuarto se colara entre nosotros y me hiciera estremecer.

Su mano seguía sobre mi muslo, como recordándome quién había decidido esa distancia.

—Es suficiente por hoy —dijo con calma, como si acabara de cerrar un trato comercial, no de dejarme temblando y sin aliento.

Abrí la boca para protestar, para pedirle —o exigirle— que no terminara así.

Pero la fuerza de su mirada me detuvo.

No era una negativa; era una promesa.

Una que me decía que lo que acababa de darme no era nada comparado con lo que podría darme... cuando él quisiera.

Desató lentamente el pañuelo de seda de mis muñecas, y la sensación de la tela deslizándose por mi piel fue casi tan intensa como sus caricias.

Me ayudó a ponerme el abrigo, sin prisa, como si estuviera vistiendo a una reina después de una ceremonia.

—Te ves hermosa cuando obedeces —susurró, rozando mi mejilla con los labios, apenas un toque, como un sello invisible.

Me acompañó hasta la puerta.

No hubo beso final, ni contacto prolongado.

Solo el peso de su presencia detrás de mí mientras salía, y la certeza de que lo había dejado con el control absoluto de la situación... y de mí.

Al subir al taxi, sentí una mezcla extraña: enojo por no haber llegado hasta el final... y un orgullo íntimo, casi eufórico, porque él me había tocado como si yo fuera lo más valioso que hubiera tenido entre sus manos.

Me sentía una diosa, pero una diosa que ahora vivía pendiente de una sola cosa: el próximo mensaje de Adrien.

Agua y confesiones a medias

Al llegar a casa, cerré la puerta y me apoyé contra ella un instante, como si necesitara asegurarme de que ese lugar seguía siendo mío... que el mundo de Adrien no me había tragado por completo.

Pero bastó cerrar los ojos para que la sensación de sus manos recorriendo mi cuerpo volviera con fuerza: el calor de sus dedos subiendo por mis muslos, el mordisco en mi oreja, el roce de su nariz bajando por mi piel.

Fui directo al baño.

Encendí la ducha y dejé que el agua caliente cayera sobre mí, como si pudiera borrar el temblor que aún tenía en las piernas.

No lo borró.

Cada gota que resbalaba por mi piel parecía seguir el mismo camino que habían trazado sus manos.

Me apoyé contra la pared de azulejos, dejando que la memoria completara lo que él no había terminado.

Cerré los ojos... y lo sentí otra vez, como si estuviera aquí, como si me susurrara que aún no era suficiente, que solo había probado una mínima parte de lo que podía darme.

Un sonido me devolvió a la realidad.

El teléfono sonaba en la habitación.

Me envolví en una toalla y contesté, aún con el cabello empapado.

—¿Celeste? —la voz de Clara sonaba curiosa, casi expectante—. ¿Dónde estabas? Te escribí y no contestaste.

Tragué saliva.

Podía inventar algo, contarle solo la versión “segura” de la noche... o decirle la verdad y enfrentar sus advertencias.

Durante unos segundos, imaginé cómo reaccionaría si supiera que Adrien me había atado las manos, que me había abierto las piernas y me había llevado a un punto en el que no podía ni hablar.

—Estaba... ocupada —dije finalmente, intentando sonar casual.

—¿Ocupada con quién? —insistió, y pude casi ver su ceja levantada del otro lado de la línea.

Me mordí el labio.

Una parte de mí quería contárselo todo, palabra por palabra, como si al hacerlo pudiera revivirlo.

Pero otra... otra quería guardarlo, protegerlo, como un secreto que solo él y yo compartíamos.

—Conmigo misma —mentí, y escuché su risa al otro lado.

Cuando colgamos, me quedé mirando el teléfono.

No sabía si me había protegido de sus advertencias o si, en el fondo, no quería que nadie interfiriera en lo que estaba empezando a vivir.

Me metí en la cama todavía húmeda, cerrando los ojos con una certeza peligrosa:

No quería que Adrien me llamara.

Necesitaba que lo hiciera.

Capítulo 12: El límite cruzado

La espera

El día se estiraba como un hilo tenso a punto de romperse.

En la boutique, Sophie me hablaba sobre una clienta que quería cambiar el color de un vestido, pero yo solo asentía mecánicamente, sin registrar nada.

La voz de Adrien, la presión de sus manos sobre mi piel, y el instante exacto en el que decidió detenerse la noche anterior, seguían repitiéndose en mi mente como una película prohibida.

Cada vez que trataba de enfocarme en el trabajo, una oleada de calor me recorría.

Las agujas, las telas, las citas en la agenda... todo se volvía difuso frente a ese recuerdo.

Era como si mi cuerpo se hubiera convertido en un territorio suyo, y cada pensamiento en un eco de lo que me había hecho sentir.

Cuando terminé la jornada, volví a casa con una mezcla peligrosa de ansiedad y expectación.

Abrí el armario y me quedé de pie, sin saber qué elegir.

No quería parecer que me estaba preparando para seducirlo... aunque en el fondo, eso era exactamente lo que estaba haciendo.

Me decidí por un conjunto de lencería negra de encaje fino, suave al tacto, que se ajustaba como una segunda piel.

La tela abrazaba mis curvas, insinuando más de lo que cubría.

Encima, un vestido de seda marfil, de tirantes finos, ligero, que dejaba mis hombros y clavículas expuestas.

El roce del tejido contra mi piel desnuda me provocó un escalofrío anticipado.

Mientras me maquillaba frente al espejo, mis manos temblaban apenas.

No de nervios... o no solo.

Había algo eléctrico en el aire, como si supiera que esa noche iba a marcar un antes y un después.

Mis labios se curvaron al recordar la última frase que me dijo antes de dejarme ir: “Aún no has visto nada.”

El teléfono vibró sobre la mesa.

Mi corazón dio un salto y mi respiración se aceleró incluso antes de leer la pantalla.

Su nombre.

Su mensaje.

Adrien: 9 p.m. Mi apartamento. Ven sola.

No había saludos, ni preguntas, ni explicaciones.

Solo una orden breve, limpia, precisa.

Y ese tono... ese tono que no me dejaba espacio para el “no”.

Lo leí tres veces, saboreando cada palabra como si fueran una caricia.

Me quedé mirando la hora. Tenía poco más de una hora para llegar.

Pude sentir la humedad creciente entre mis muslos solo de imaginarme tocando ese timbre, viéndolo abrir la puerta con esa mirada que siempre parecía desnudarme de golpe.

Guardé el teléfono en el bolso, tomé un último sorbo de vino para calmar la ansiedad —fue inútil— y me puse el abrigo.

Cada gesto, cada movimiento, sentía que me acercaba más a un punto del que ya no habría retorno.

Antes de salir, me miré una última vez en el espejo.

Mi reflejo me devolvió una imagen peligrosa: no era la Celeste prudente y medida que siempre había sido.

Era una mujer dispuesta a rendirse.

Y lo peor —o lo mejor— es que ya no me importaba.

El trayecto

Salí de mi edificio y París me recibió con su humedad suave, ese aroma a piedra mojada y café recién hecho que parece impregnarlo todo al caer la noche.

Las farolas iluminaban las aceras con un brillo dorado que se mezclaba con el reflejo de los escaparates todavía abiertos.

La ciudad estaba viva, pero yo caminaba dentro de una burbuja, como si el mundo entero se hubiera vuelto un simple telón de fondo para mi cita con él.

Mis tacones resonaban contra el adoquinado, marcando un compás constante.

Con cada paso, la seda del vestido se movía apenas, rozando mis muslos desnudos bajo el abrigo.

Esa fricción mínima era un recordatorio perverso de que llevaba la lencería que él aún no había visto... pero que muy pronto vería.

Pasé frente a una terraza de café y el vapor de las tazas humeantes me envolvió por un instante.

Me imaginé a mí misma allí, sentada frente a Adrien, él inclinándose hacia adelante para hablarme al oído, su voz grave rompiendo el murmullo de la ciudad.

La imagen me provocó un calor repentino que me obligó a apretar las piernas un segundo, como si pudiera contener lo que ya empezaba a crecer dentro de mí.

Los escaparates me devolvían mi reflejo a intervalos, y en cada uno me veía distinta: no una mujer yendo a una cita, sino a una rendición.

Pensé en la noche anterior, en sus manos recorriendo mi cuerpo sin prisa, en cómo había sabido exactamente cuándo detenerse para dejarme con las ganas.

Esa precisión era lo que más me perturbaba: Adrien no improvisaba, calculaba.

Y ahora me estaba dirigiendo a su terreno, a su espacio, donde cada detalle estaría dispuesto para que yo cediera.

Me pregunté qué sentiría al cruzar esa puerta.

¿Me esperaría con su traje impecable, mirándome como si fuera un trofeo que le pertenece?

¿O me recibiría de una manera más íntima, sin barreras, solo piel contra piel?

Un autobús pasó cerca, su reflejo de luces cruzando sobre mí, y por un instante imaginé que eran sus manos recorriendo mi cuerpo, bajando lentamente por mi espalda hasta posarse en mis caderas.

Sentí que mis pezones se endurecían bajo la seda, un gesto mínimo pero innegable de cómo mi cuerpo respondía solo con pensar en él.

Cuando doblé la última esquina, el aire parecía más denso.

Mi respiración se había vuelto más corta, y la humedad de la noche no era la única que me envolvía.

Ya no caminaba... avanzaba como si cada paso me acercara a un precipicio que, por primera vez en mi vida, quería saltar sin mirar abajo.

La llegada

El edificio de Adrien era una joya discreta de la arquitectura parisina, con una fachada limpia y balcones de hierro forjado que parecían sacados de otra época.

No había portero visible, pero la puerta principal se abrió apenas toqué el timbre, como si ya estuviera esperándome.

El interior olía a madera encerada y a un perfume tenue que reconocí al instante: era el mismo que llevaba en la gala, esa mezcla de notas amaderadas y cuero que parecía grabarse en mi memoria olfativa.

El ascensor era antiguo, con paredes de espejo y un leve traqueteo al subir.

Me miré en el reflejo: respiración acelerada, mejillas encendidas, pupilas más dilatadas de lo normal.

Parecía que acababa de correr... pero era otra clase de carrera la que estaba librando.

Cuando las puertas se abrieron, un pasillo alfombrado se extendió frente a mí.

Solo había una puerta al fondo, entreabierta, con una línea de luz dorada escapando por la rendija.

Mis tacones amortiguados por la alfombra hicieron que cada paso fuera silencioso, como si estuviera entrando en un lugar donde el ruido no estaba permitido.

Empujé la puerta lentamente.

El interior me envolvió de inmediato: un salón amplio, con techos altos, cortinas de terciopelo oscuro y una chimenea encendida que bañaba el ambiente en tonos cálidos.

Un piano de cola ocupaba un rincón, junto a un ventanal desde el que se veía el Sena brillando bajo las farolas.

Y allí estaba él.

De pie junto al piano, un vaso de whisky en la mano, vestido con un traje gris ajustado que realzaba la amplitud de sus hombros y el porte erguido de su cuerpo.

La corbata oscura aflojada apenas, como si hubiera decidido mostrar una mínima concesión a la informalidad.

Su cabello, perfectamente peinado hacia atrás, captaba la luz de la chimenea, y su mirada... su mirada me atrapó antes de que pudiera cerrar la puerta.

Giró la cabeza lentamente, como si no tuviera prisa en reconocer mi presencia.

Una sonrisa mínima, controlada, se dibujó en sus labios.

—Puntual, como siempre.

Su voz grave llenó el espacio, vibrando en el aire como una nota de piano que se prolonga más de lo esperado.

Me quedé quieta, sintiendo el peso de su mirada recorrerme desde la cabeza hasta los pies, deteniéndose

unos segundos más de lo necesario en mis clavículas y el escote que apenas insinuaba el encaje oculto.

No dijo nada al respecto, pero su silencio estaba cargado de intención, como si ya supiera cada prenda que llevaba bajo el vestido.

—Cierra la puerta, Celeste. —No fue una petición.

Obedecí, sintiendo cómo el clic del cerrojo sonaba más fuerte de lo que debería, sellando el momento y cualquier posibilidad de marcha atrás.

Él dio un paso hacia mí, despacio, y el contraste entre el calor de la chimenea y el frío que llevaba en la piel me hizo estremecer.

A pocos centímetros de distancia, inclinó apenas la cabeza.

—Ven.

El juego previo

Se acercó lo suficiente para que pudiera sentir el calor de su cuerpo y el aroma de su perfume.

Sus dedos se posaron en mi barbilla, obligándome a levantar la cabeza para mirarlo directamente.

No había prisa en sus gestos, como si supiera que el verdadero poder no estaba en la velocidad, sino en el tiempo que me hacía esperar.

—Quiero que esta noche no pienses —dijo, su voz baja, casi un susurro—. Solo siente.

Su mano descendió por mi cuello, rozando apenas la piel, hasta llegar al tirante del vestido.

Lo deslizó con un movimiento lento, dejando mi hombro descubierto.

Su pulgar trazó un círculo allí, y sentí cómo mi respiración se aceleraba sin que pudiera controlarlo.

Me guio hacia un sillón amplio, junto a la chimenea.

No me dejó sentarme del todo: me mantuvo de pie frente a él, y con un gesto seguro tomó mis muñecas y las ató suavemente con un pañuelo de seda.

El nudo no era fuerte, pero lo suficiente para que supiera que estaba bajo su control.

—Quiero que te quedes quieta —ordenó, su tono firme, pero sin dureza—.

Solo yo decido cuándo te mueves.

Su mano recorrió mi costado, lenta, bajando hasta la curva de mi cadera.

Luego, con un movimiento calculado, separó mis piernas.

El vestido se abrió apenas, dejando al descubierto un destello de encaje negro.

Sentí sus dedos rozando la parte interna de mis muslos, ascendiendo poco a poco, deteniéndose a centímetros de donde más lo necesitaba.

Me incliné inconscientemente hacia su mano, buscando más, pero él se detuvo.

—No. —Su voz era un ancla—. Aún no.

Se inclinó hacia mí, sus labios rozaron mi oreja y, con un murmullo, dejó escapar:

—Quiero que te pierdas antes de tenerte.

Su nariz recorrió mi cuello, bajó por mi clavícula, siguiendo un camino lento hasta el escote.

Cada vez que exhalaba, su aliento caliente me arrancaba un escalofrío.

Cuando llegó a la altura de mis rodillas, se agachó y besó la piel delicada de mis muslos, uno y otro, con una devoción que me hizo cerrar los ojos.

—Adrien... —mi voz salió ahogada—. Quiero que sigas... no pares...

La confesión escapó de mis labios sin permiso, y él sonrió apenas, sin mirarme.

Su boca subió de nuevo, mientras sus manos me acariciaban por encima y por debajo del vestido, cada caricia un golpe certero a mi autocontrol.

Yo ya estaba húmeda, y él lo sabía.

Podía sentirlo en la forma en que me tocaba, como si midiera cada reacción, cada pequeño temblor.

El momento

Me guió hasta el sillón y me hizo sentar con las piernas abiertas, todavía con las muñecas atadas por el pañuelo de seda.

Se inclinó frente a mí, apoyando una rodilla en el asiento, hasta que su rostro quedó tan cerca que podía sentir el roce leve de su barba contra mi piel.

Sus manos recorrieron mi cintura, subiendo lentamente hasta mis pechos, moldeándolos por encima de la seda.

Su pulgar atrapó un pezón a través de la tela, presionando con la fuerza justa para arrancarme un gemido bajo.

—Así... —susurró—. Respira conmigo.

Deslizó el vestido hacia abajo hasta dejar mis senos completamente expuestos.

La temperatura de la habitación pareció cambiar cuando su boca cubrió uno, su lengua dibujando círculos húmedos que me hicieron arquear la espalda.

Cada vez que sus dientes rozaban la piel, una descarga recorría todo mi cuerpo.

Sus manos bajaron de nuevo a mis muslos, acariciándolos con una lentitud que me desesperaba.

Separó aún más mis piernas, y el aire fresco de la habitación me hizo sentir cada latido entre ellas.

Sus dedos encontraron el encaje de la lencería y lo apartaron apenas, dejando que el contacto fuera directo.

Cuando su mano me tocó, no hubo suavidad inicial: fue un roce firme, seguro, que me hizo contener la respiración.

Mi cuerpo respondió al instante, cediendo, pidiendo más.

—Adrien... no pares... —lo supliqué sin pensar, mi voz quebrada.

Él obedeció... pero a su manera.

Marcó un ritmo lento, como si quisiera que cada segundo fuera un recordatorio de que no estaba allí para complacerme rápido, sino para enseñarme a rendirme a su tiempo.

Mis caderas buscaron más presión, pero él las sujetó, impidiéndome moverme.

—Quieta, Celeste... —su tono era grave, un mandato que me atravesó—. El placer llega cuando yo lo decido.

El mundo se redujo a sus manos y su boca.

Su lengua volvió a mis pechos mientras sus dedos exploraban cada pliegue, cada reacción, cada respiración entrecortada.

Estaba tan cerca del clímax que todo mi cuerpo temblaba.

Y justo cuando estaba a punto de perderme, retiró la mano.

El vacío fue tan brusco que abrí los ojos, buscándolo con una mezcla de frustración y deseo que me dejó sin aliento.

Sonrió como si hubiera ganado una partida invisible.

— "Todavía no, mi bella"

La rendición frustrada

Mi respiración seguía agitada, el corazón golpeando como si hubiera corrido una maratón.

Adrien me observaba en silencio, de pie, mientras yo aún estaba sentada, con las piernas abiertas y el vestido

desordenado, la piel encendida, el cuerpo pidiendo lo que él acababa de negarme.

Soltó el nudo del pañuelo de seda con un movimiento lento, casi ritual.

Tomó mis manos, las besó con suavidad, y luego me ayudó a ponerme en pie.

Yo esperaba —ansiaba— que me atrajera de nuevo hacia él, que me empujara contra el sillón, que terminara lo que había empezado.

Pero no lo hizo.

—Ya es tarde, Celeste —dijo, como si nada hubiera ocurrido—. Te llevaré a casa.

Lo miré, incapaz de disimular mi desconcierto.

—¿Eso es todo? —pregunté, y mi voz sonó más cargada de frustración de lo que pretendía.

Sus labios se curvaron apenas en una sonrisa que no era burla, pero sí una declaración de control absoluto.

—No. Esto es solo el principio.

Me colocó el abrigo sobre los hombros, acomodando la tela con un cuidado que contrastaba con el incendio que me había dejado por dentro.

Caminamos hacia la puerta, y cada paso que daba sentía que mi cuerpo seguía vibrando con su ausencia.

En el ascensor, el silencio era tan denso que podía escuchar mi propia respiración.

Me lancé a mirarlo de reojo, esperando encontrar alguna señal de que él también estaba afectado, pero su expresión seguía tranquila, calculada... como si tuviera todo planeado desde el inicio.

Cuando llegamos a la calle, me abrió la puerta del coche.

Durante el trayecto, sus dedos rozaron mi rodilla una sola vez, apenas un contacto, pero suficiente para que un nuevo escalofrío me recorriera entera.

Ese hombre sabía exactamente qué hilos tocar para mantenerme atada a él.

Frente a mi edificio, no se inclinó a besarme.

Solo me tomó el mentón, acercó sus labios a mi oído y murmuró:

—Piensa en mis manos esta noche.

Me quedé inmóvil mientras lo veía alejarse, el sonido de su motor perdiéndose en la distancia.

Entré en casa, tiré el bolso sobre el sofá y me dirigí directamente al baño.

Me desnudé sin encender las luces, dejando que la penumbra me envolviera, y abrí la ducha.

El agua caliente cayó sobre mi piel y no tardó en mezclarse con el calor que él había dejado impregnado en mí.

Apoyé las manos contra la pared y cerré los ojos, recordando cada caricia, cada orden, cada vez que me detuvo cuando estaba a punto de rendirme por completo.

Mi cuerpo reaccionaba de nuevo, igual que si él estuviera allí.

El teléfono sonó desde la sala.

Lo más seguro que sea Clara.

Por un instante pensé en no contestar... ¿Cómo iba a explicarle lo que había pasado?

¿Cómo decirle que Adrien no me había poseído, pero que aun así me sentía marcada por él?

No respondí.

Me quedé en la ducha, dejando que el agua arrastrara el resto de mi resistencia.

Capítulo 13: Rendirse al fuego

La invitación

La notificación en mi teléfono apareció justo cuando estaba a punto de apagar la luz de la habitación. El corazón me dio un vuelco antes siquiera de leerla.

Adrien Moreau: Mañana. 9 p.m. Te enviaré la dirección.
No llegues tarde.

No había signo de interrogación. No era una invitación, era una orden envuelta en un mensaje. Y lo peor... o lo mejor... fue que ni siquiera pensé en negarme.

Respondí con un simple "Entendido", pero apenas presioné enviar, la adrenalina empezó a recorrerme como una corriente eléctrica. ¿Qué planeaba esta vez?

A la mañana siguiente, un segundo mensaje: una ubicación marcada en un mapa de París. No era una dirección que reconociera. La pantalla me devolvía un punto exacto, sin explicaciones.

Pasé el día entero intentando no pensar en ello. Fracasé. Cada cliente, cada palabra de Sophie, cada sorbo de café se veía interrumpido por esa pregunta que no podía soltar: ¿Por qué ahí?

Cuando llegó la hora de prepararme, no era yo quien elegía el vestido, era él. Su voz en mi cabeza dictaba cada detalle: “No busco tu permiso, Celeste... busco tu entrega.”

Supe entonces que, fuera lo que fuera ese lugar, al cruzar su puerta ya no me pertenecería a mí misma.

A fuego lento

El día amaneció limpio, con una luz clara que entraba por la ventana como si quisiera purificarlo todo. A mí no. Yo me desperté con el cuerpo todavía vibrando del no que Adrien me había impuesto, con ese “ya es tarde” que no sonó a rechazo, sino a guion. El suyo.

No sabía si estaba enojada o agradecida. Era una rabia rara, tibia, como si me hubiera encendido por dentro y después me hubiera dejado a medio arder. Caminé por el departamento en silencio, haciendo lo de siempre: abrir las

cortinas, poner a calentar agua, revisar la agenda de la boutique, contestar dos correos. Todo funcionaba, nada tenía sabor.

Me lavé la cara y me miré en el espejo. Los ojos tenían ese brillo que no tenía que ver con el descanso. La piel del cuello seguía sensible, como si su aliento hubiera quedado suspendido en el aire, pegado a mí. Llevé los dedos a la nuca y el recuerdo me atravesó de arriba abajo: sus manos guiando, marcando, decidiendo. Cerré los ojos un segundo y sentí ese tirón interno —el que empieza suave y luego exige—. Abrí el grifo del agua fría. No sirvió.

En la boutique, el mundo siguió como si yo no hubiera cambiado. Sophie comentaba tendencias, colores, telas; yo asentía. Un par de clientas se probaron vestidos y sonrieron con ese gesto reconocible de mujer que se encuentra en un espejo. Yo las miraba y pensaba en otra clase de hallazgo: ese instante en que no te reconoces y, sin embargo, te gustas más. En mi cabeza, Adrien decía “quieta”, y mi cuerpo obedecía, aunque estuviera a tres barrios de distancia.

—¿Dormiste? —preguntó Sophie, bajando la voz, como si se acercara a un secreto.

—Algo —mentí.

—Tienes cara de haber soñado mucho.

Reí por lo bajo. Soñar no era la palabra. Era recordar con el cuerpo. Era seguir encendida a pesar de la lluvia fina que resbalaba por el vidrio del escaparate. El tic-tac del reloj de pared me taladró una idea: cuenta regresiva. Sentí que el tiempo se estaba cocinando a fuego lento, como una salsa que se espesa sola si no la tocas, si la esperas, si la dejas hacer.

A media mañana, la concentración me traicionó. Mezclé dos sobres de muestra, respondí mal un mensaje de proveedor, dejé un alfiler en el sitio equivocado. Nada grave, pero era yo; en mí esas minucias siempre fueron exactas. Cada falla era un latido de más que me devolvía a su salón, a ese sillón junto a la chimenea, a su voz dándome instrucciones que mi piel escuchaba mejor que mis oídos.

Clara escribió: “¿Vas a almorzar o te alimenta la ansiedad?” No respondí. No podía explicarle que la ansiedad era, también, hambre. Y que esa hambre, desde anoche, tenía nombre y calendario propio.

Al cerrar la boutique, París estaba en esa hora indecisa entre la tarde y la noche. El cielo tenía un brillo melancólico, las farolas empezaban a despertar. Caminé sin apuro. Cada paso era una negociación con mi orgullo: sí,

me dejó a medias; sí, lo necesito más que ayer; sí, voy a ir cuando llame. La honestidad me dolió y me alivió a la vez. Qué extraño descanso, admitir la propia rendición.

En casa, colgué el abrigo y me preparé un café. Quise que fuera amargo, que me devolviera un borde. Pero el primer sorbo me trajo su aroma —ese fondo de madera, calor y algo oscuro—. Dejé la taza en la mesa y apoyé la frente en el vidrio frío de la ventana. Abajo, un ciclista cruzó con prisa; arriba, una vecina regaba plantas. La vida seguía. Mi vida se había desplazado un par de grados: el eje estaba en otro sitio, no en mis planes, no en mis hábitos, no en mis reglas. En él.

Abrí el armario. Una parte de mí quería rebelarse: pantalón, suéter, zapatos planos, aspecto de “no me importas”. La otra —la verdadera— buscaba la seda que cae, el encaje que roza, la línea que sugiere. Mi mano eligió sin pedir permiso al resto: el vestido vino, el que abraza justo donde la mirada se vuelve respiración. Lo colgué en la puerta. No era para ahora. Era para después, para cuando él decidiera.

Me senté en el borde de la cama y dejé que los recuerdos se hicieran película. La noche anterior apareció cuadro por cuadro, sin saltos: su ceja mínima al aprobar, la presión de su pulgar bajo mi barbilla, el no justo a tiempo, mi cuerpo entero pidiendo el sí. Sentí calor entre las piernas; no era

rubor, era corriente. Apoyé las manos en el colchón, arqueé un poco la espalda. No me toqué. No quería robarle nada al plan que supe —con esa vergonzosa certeza— que ya estaba escribiendo para mí.

El teléfono estaba en la mesa de luz, boca abajo. No sonó. No vibró. Y, aun así, yo lo miraba como si pudiera convocarlo. No pregunes, solo ven decía un mensaje viejo en mi memoria. Quise reírme de mí misma; no pude. Me escuché pensar: “Si llama, voy. Si no llama, voy a querer ir igual”. Qué peligro.

Me puse de pie y caminé descalza al baño. El azulejo frío me devolvió un pedacito de control. Me recogí el cabello, lavé mis manos con un jabón neutro; quise limpiar el temblor, no el aroma. El perfume —el mismo que a él le gusta— descansaba en el tocador como un secreto compartido. Lo olí. No lo usé. Aún no. El ritual también es una forma de dominio; si iba a rendirme, quería elegir cómo hacerlo.

Regresé al living y puse música baja. Un piano lento, notas que no invadían, apenas acompañaban. Me senté en el suelo, espalda contra el sofá, y respiré. A fuego lento. Era una cocción íntima: de afuera, yo parecía calma; por dentro, hervía. Conté respiraciones como antes contaba puntadas: una, dos, tres... En la cuatro, él apareció en la

mente con nitidez fotográfica: traje oscuro, mirada que evalúa y decide, voz que baja medio tono cuando dice mi nombre.

—Celeste.

Lo dije en voz alta, probando cómo sonaba en mi propio departamento. Fue ridículo y hermoso. Me dio vergüenza... y me excitó. Me tragué la risa. Volví a cerrar los ojos. Lo imaginé caminando hacia mí despacio, como la noche anterior. Imaginé su instrucción mínima: quieta. Y obedecí. Fui estatua en la alfombra, respirando al compás de un fantasma con nombre y manos reales.

El teléfono vibró sobre la mesa, seco, una sola vez, como un latido breve que desconoce el pudor. Abrí los ojos. No lo tomé. Todavía no. A fuego lento, me repetí, sabiendo que la frase ya no era mía; era de él. De su manera de llegar, de su manera de irse, de su manera de desarmarme sin tocarme cuando quiere, de su manera de tocarme solo cuando decide.

Lo tomé al tercer latido. No por dignidad; por método. Por seguir un ritmo que sentí —odié, amé— como nuestro.

La pantalla mostraba su nombre. No había mensaje.
Llamaba. Respiré hondo, y atendí.

—Sí.

No dije hola. No pregunté quién. No hizo falta.

—Esta noche —dijo— no habrá pausas.

Colgué después de oírlo, sin agregar nada. Me quedé con el teléfono en la mano y la sensación nítida de que la promesa no era solo sexual. No habrá pausas significaba que lo de anoche —ese corte limpio en el punto más alto— había sido el último. Que hoy iba a cruzar la línea de la que tanto hablaba en silencio: la del cuerpo que acepta lo que la mente ya firmó sin leer. Sonréí. No hubo alivio. Hubo certeza.

Me levanté del suelo, recogí el vestido vino, elegí lencería como quien escoge aliada y no armadura. Me miré en el espejo. No vi a una mujer obedeciendo: vi a una mujer que se sienta a la mesa que siempre quiso, sabiendo el precio del menú.

El reloj marcó la hora exacta en que el día empezó a inclinarse hacia la noche. París encendía sus luces. Yo encendía las mías.

A fuego lento. Hasta hervir.

El trayecto y la anticipación

París estaba envuelta en esa penumbra dorada que solo aparece después de la lluvia. El pavimento todavía brillaba, reflejando las farolas como si fueran pequeñas lunas atrapadas en el suelo. Caminé despacio, aunque cada parte de mí gritaba por acelerar el paso. No quería llegar agitada; quería llegar... preparada.

El aire olía a café recién molido y a pan caliente de la panadería que empezaban a cerrar. Entre esos aromas, mi mente rescató otro, más oscuro y personal: el de Adrien. Ese olor que siempre me deja la piel en estado de alerta, como si fuera capaz de reconocerlo incluso entre miles de cuerpos.

Seguí avanzando y, sin buscarlo, llegué al Pont Alexandre III. El mismo lugar donde él me miró por primera vez con

esa calma peligrosa, esa seguridad que me desnudaba más que cualquier mano. Me detuve un instante. El Sena corría silencioso, pero mi pecho no. Apoyé la mano en la baranda fría y, de pronto, el recuerdo no fue un recuerdo: fue su voz.

"No lo es. Te queda bien obedecer instrucciones."

Las palabras resonaron como si las hubiera dicho en ese mismo segundo, justo detrás de mí. Sentí un escalofrío que bajó desde mi nuca hasta el vientre. No pude evitar cerrar los ojos y revivir el instante: su mirada, fija; su mano, rozando la mía; el ligero arqueo de sus labios antes de dejar caer esa frase que, sin yo saberlo, me amarró a él.

Abrí los ojos. La ciudad seguía ahí, pero yo ya no estaba igual. La humedad del aire se mezclaba con la de mi piel. Me di cuenta de que caminaba con las manos ligeramente tensas, como si buscara algo que sostener... o alguien.

Pasé por calles estrechas, bordeadas de faroles que iluminaban apenas lo suficiente para no perderse. El tacón de mis zapatos resonaba en las baldosas mojadas, marcando un ritmo que no era solo el de mi paso: era el de mi corazón, apurado, expectante.

Imaginaba sus manos antes de que realmente las tuviera sobre mí: firmes, seguras, recorriendo mi espalda, bajando lentamente hasta donde la respiración se vuelve gemido. Cada paso hacia su dirección era también un paso hacia ese límite que, una vez cruzado, no tendría retorno.

A lo lejos, vi la entrada del edificio. El portero no estaba; la calle estaba casi vacía. Respiré hondo y me detuve a unos metros. Me di cuenta de que, sin pensarlo, había bajado un poco la cremallera de mi abrigo. No por calor... sino para que, si él lo deseaba, pudiera verme.

Me quedé ahí unos segundos más, como si necesitara que la ciudad fuera testigo de este instante antes de desaparecer en su mundo. París seguía latiendo, pero yo ya no. Mi latido ahora le pertenecía.

Di el último paso hacia la puerta. Y toqué el timbre.

El encuentro

La puerta se abrió sin un solo chirrido, como si incluso el sonido hubiera sido entrenado para obedecerlo. Adrien estaba ahí, de pie, con un traje azul oscuro que abrazaba su

figura como si hubiera sido hecho para él y solo para él. La camisa, blanca, impecable; la corbata, ligeramente aflojada, como si estuviera a punto de pasar de la formalidad a algo más... íntimo.

Me miró sin prisa, recorriendo mi cuerpo con esa calma calculada que me hacía sentir al mismo tiempo expuesta y venerada.

—Has llegado —dijo, su voz baja, profunda, con un matiz que no dejaba lugar a dudas—. Y esta vez... no habrá pausas.

Me apartó el abrigo sin pedir permiso, colgándolo en un perchero cercano, pero sus dedos se demoraron en mis hombros, bajando apenas unos centímetros más de lo necesario. Sentí un escalofrío.

El lugar era... suyo. Todo en él gritaba Adrien. Un gran ventanal al fondo revelaba la Torre Eiffel iluminada, destilando oro sobre la noche de París. A un lado, un sillón ancho de cuero oscuro invitaba a perderse en él; al otro, una cama baja, cubierta con sábanas de seda que parecían beber la luz cálida del lugar. Sobre una mesa cercana, una copa de vino ya servida y, junto a ella, un pañuelo de seda negra, doblado con precisión.

Caminé un par de pasos, observando cómo las sombras jugaban en las paredes.

—No es tu apartamento... —murmuré.

—Es un lugar que uso cuando quiero... privacidad —respondió, cerrando la puerta con un giro lento de la llave. El clic metálico sonó más fuerte de lo normal, o quizás era mi respiración la que amplificaba todo.

Adrien se acercó, y su presencia llenó el espacio entre nosotros como un perfume invisible.

—Te ves... —me miró de arriba abajo, sonriendo apenas— ...dispuesta.

—Vine porque... —tragué saliva— ...porque tú me invitaste.

—No, Celeste. Viniste porque querías.

Su mano rozó la mía, solo un instante, antes de guiarme suavemente hacia el sillón. Me senté, no porque él me lo ordenara, sino porque mi cuerpo ya no entendía la palabra

“resistir”. Desde donde estaba, podía ver el ventanal, la Torre Eiffel, el reflejo dorado en sus ojos.

Adrien tomó asiento a mi lado, pero no tocó mi piel todavía. Me dejó sentir el peso de su proximidad, ese calor que parecía doblar el aire a su alrededor.

—Esta noche —susurró, acercando su boca a mi oído— voy a mostrarte lo que significa no tener control.

Y entonces, sin apartar la mirada, tomó la copa de vino y la acercó a mis labios. Yo bebí, no por sed, sino porque cada gesto suyo me arrastraba un poco más a un lugar del que no quería regresar.

El inicio del contacto

Adrien no se movió de inmediato. Permaneció sentado a mi lado, lo suficientemente cerca como para que su hombro rozara el mío, pero dejando un pequeño espacio... ese espacio que me hacía querer inclinarme hacia él. El ventanal detrás de nosotros mostraba la Torre Eiffel vestida de oro, destilando luz sobre la noche parisina.

Había velas encendidas en puntos estratégicos de la habitación, lanzando sombras suaves que bailaban en las paredes. En algún lugar, un piano sonaba en un susurro, como si hubiera sido colocado allí solo para acompañar nuestra respiración.

Adrien tomó la copa de vino, la giró lentamente y la acercó a mis labios.

—Bebe —ordenó con una voz baja, casi un roce de sonido.

El cristal frío se encontró con mi boca y bebí un sorbo, sintiendo el calor del vino mezclarse con el suyo cuando, al retirarla, su pulgar rozó la comisura de mis labios.

—No sabes lo hermosa que te ves cuando obedeces —susurró cerca de mi oído.

Sentí un escalofrío que me recorrió entera. Él lo notó.

Su mano subió, lenta, por el lado de mi cuello, acariciando mi mandíbula con el dorso de los dedos antes de enredarse en mi cabello. Tiró suavemente hacia atrás, obligándome a mirarlo.

—¿Vas a dejar que te muestre lo que tengo en mente? —preguntó, y aunque lo dijo en voz baja, la frase pesó en el aire.

No respondí con palabras. Asentí.

Sus dedos bajaron, despacio, por mi brazo, hasta tomar mi mano. La colocó sobre su pecho, justo donde sentía su corazón latiendo.

—¿Lo sientes? —murmuró.

—Sí... —mi voz salió apenas como un hilo de aire.

—Ahora quiero que sientas el tuyo.

Su mano, firme, descendió desde mi hombro hasta mi cintura, deteniéndose un segundo ante de bajar más. Cada roce suyo estaba calculado, como si supiera exactamente dónde dejarme sin aliento.

Me incliné hacia él, buscando algo que todavía no me daba, y fue entonces cuando lo sentí acercarse por completo, su aliento caliente acariciando mi oreja.

—No te precipites, Celeste... —dijo—. Esta noche, el tiempo es mío.

La escalada

Adrien me sostenía la mirada como si pudiera leer cada pensamiento que intentaba esconder. Su mano descendió por mi cintura, marcando un camino lento y deliberado, hasta encontrar mi muslo.

—Estás temblando... —dijo en un murmullo.

—No es miedo... —mi voz era apenas un suspiro—. Me tienes... muy excitada.

Una sombra de sonrisa cruzó sus labios.

—Entonces no me detengas.

Su mano subió por la cara interna de mi muslo, mientras sus labios se posaban en mi cuello, dejando un rastro húmedo y caliente que hizo que mi espalda se arquease.

Cerré los ojos, respirando entrecortado, sintiendo cómo el mundo se reducía a su boca y a sus manos.

—Ya... quiero sentirte dentro de mí —confesé sin pensar, sin filtro.

Él no respondió con palabras. Se inclinó más, dejando que sus labios recorrieran mi clavícula, bajando con un ritmo tan lento que me desesperaba. Sus manos, firmes, me guiaron hacia atrás, recostándome contra el sillón. Desde allí, sus dedos deslizaron el borde de mi vestido hacia arriba, abriendo espacio hasta que su mirada se encontró con la mía.

Sin apartar sus ojos de los míos, me tomó de la cintura y, en un movimiento suave pero decidido, me levantó. Me llevó hacia la cama, y cada paso fue un pulso de anticipación que latía en mi piel.

Me recostó sobre las sábanas, su boca encontrando la curva de mi vientre, luego mis caderas, después bajando más. Sus manos se deslizaron por la parte interna de mis muslos, abriéndolos con calma, como si cada centímetro fuera un nuevo territorio que conquistaba.

Yo lo miraba, con el corazón golpeando fuerte, sintiendo que el control ya no me pertenecía. Y aunque me tenía al borde, él seguía marcando el tiempo, reteniendo la culminación como si supiera que su espera me ataría aún más a él.

El punto de no retorno

El colchón cedió bajo mi espalda y, por un instante, creí que el tiempo se había detenido. No había nada fuera de ese cuarto: solo el olor de su piel, el calor de sus manos y el latido acelerado en mis oídos.

Adrien se inclinó sobre mí, sus labios bajando en un recorrido lento y preciso, como si cada beso fuera una marca, una orden silenciosa que mi cuerpo obedecía. Sentía su respiración en mi vientre, su nariz rozando mi piel, y un calor líquido se acumulaba más y más abajo, amenazando con desbordarse.

Mis manos buscaron su cabello, aferrándose, intentando guiarlo, pero él atrapó mis muñecas con suavidad y las llevó sobre mi cabeza, inmovilizándome contra las sábanas.

—Quieta... —susurró, y esa única palabra me hizo estremecer.

Su boca volvió a mis muslos, esta vez por dentro, ascendiendo en un camino que me arrancó un gemido involuntario. Abrí las piernas sin pensarlo, rogando por más, y él obedeció a su propio ritmo, no al mío.

Cada roce de sus labios, cada trazo de su lengua era una descarga que me recorría entera. Cerré los ojos, mordiéndome el labio, intentando contenerme, pero mi respiración ya era un delator implacable.

—Adrien... no pares... —jadeé—. Me tienes... demasiado excitada.

Sentí su sonrisa contra mi piel, y luego un contacto más firme, más profundo, que me hizo arquear la espalda. Sus manos, libres ahora, se aferraron a mis caderas, sujetándome con fuerza para que no me moviera mientras él me llevaba más allá de lo que creí posible.

El mundo se redujo a eso: a su boca, a su control, a la presión exacta en el lugar exacto, hasta que un calor insoportable me recorrió en oleadas. Gemí su nombre,

perdiendo toda noción de tiempo, de espacio, incluso de mí misma, mientras el clímax me desbordaba sin piedad.

Cuando mis músculos aún temblaban, él se incorporó, mirándome desde arriba con esa calma peligrosa. No me besó, no me tocó más. Solo dijo:

—Ahora sabes lo que puedo hacer sin siquiera tomar lo que es mío.

Y en ese momento entendí que me había dejado con hambre... y que lo había hecho a propósito.

Capítulo 14: La Rendición

El reencuentro cargado

El ascensor se detuvo con un leve sonido metálico, y mi reflejo en las puertas me devolvió una mirada que no reconocí del todo: mis ojos brillaban, mi respiración ya estaba alterada antes siquiera de verlo. No había sido capaz de dormir bien desde la última vez; su ausencia había sido una herida abierta que no dejaba de pulsar.

El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por luces bajas que dibujaban sombras alargadas en las paredes. Cada paso resonaba en mis tacones como una cuenta atrás. Sentía el latido en mi garganta, en mis muñecas, incluso en mis muslos.

Cuando la puerta se abrió, el olor a su perfume —mezcla de maderas cálidas y algo más oscuro— me golpeó como un recuerdo físico. Adrien estaba allí, recostado junto al ventanal que dejaba ver París encendida. Traje negro impecable, corbata aflojada, el primer botón de la camisa abierto. Sus manos en los bolsillos, su postura segura, pero su mirada... su mirada era fuego contenido.

—Pensé que esta vez no vendrías —dijo, su voz grave llenando el espacio como si hubiera estado esperándome todo el día.

—Y perderme la oportunidad de que vuelvas a dejarme con las ganas... no, gracias —respondí, dejando que mi sarcasmo se mezclara con una sonrisa peligrosa.

Él sonrió apenas, como si le divirtiera mi desafío.

—Esta noche... no habrá interrupciones.

La forma en que lo dijo me arrancó un escalofrío que bajó directo a mi vientre. No era una promesa; era una sentencia.

Me acerqué, con pasos lentos, como si estuviéramos midiendo fuerzas. Él no se movió, pero su mirada me siguió con tal intensidad que sentía que cada centímetro que me acercaba era suyo antes de llegar a tocarlo.

Cuando estuve frente a él, Adrien alzó una mano y, con un solo dedo, recorrió la línea de mi clavícula hasta detenerse en el escote de mi vestido.

—Esta noche, Celeste... vas a aprender lo que es realmente rendirse.

Camino sin retorno

Adrien no apartó su mano de mi clavícula; solo la deslizó hacia mi cuello, rozando la piel con la yema de sus dedos. La calidez de su tacto subía por mi columna como una corriente invisible. Sin soltarme, me guió hacia atrás, hasta que mi espalda se apoyó contra el ventanal frío. París brillaba detrás de mí, pero sus ojos eran lo único que veía.

—Mírame... —ordenó, y obedecí sin pensar.

Su otra mano se posó en mi cintura, apretando lo suficiente para que supiera que no había escapatoria. Se inclinó y dejó un beso lento en la base de mi cuello, uno que no buscaba marcar territorio, sino encenderlo. Sus labios bajaron, y cada vez que el calor de su boca se alejaba, el aire frío me erizaba la piel.

—¿Esto es lo que querías? —susurró, rozando mi oreja con su aliento.

—Sí... —jadeé, con un temblor que no podía controlar.

Su sonrisa fue apenas una sombra antes de que su mano descendiera por mi costado, hasta la curva de mi cadera, apretando con firmeza. Me empujó suavemente hacia el sillón cercano, y cuando quedé a su altura, se arrodilló frente a mí. Sus manos recorrieron mis piernas, separándolas con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—No cierres las piernas —dijo, su voz baja y grave—. No esta noche.

Sus dedos trazaron líneas lentas en mi piel, ascendiendo, mientras sus labios dejaban un camino de besos por mi rodilla, mi muslo... y cuando creí que llegaría más allá, se detuvo para mirarme, como si disfrutara de mi frustración.

Se incorporó y me tomó de la mano, guiándome sin esfuerzo hacia la cama. Cada paso era un pulso en mi vientre. Cuando llegamos, me hizo girar para quedar frente a él. Su mano se enredó en mi cabello, inclinándome la cabeza hacia atrás, y su boca atrapó la mía en un beso profundo, sin prisa, pero cargado de todo lo que nos habíamos negado hasta ahora.

—Ahora, Celeste... no voy a detenerme —murmuró contra mis labios.

La entrega total

Su beso era un ancla y un incendio. Adrien no solo me besaba; me reclamaba. Sus manos, firmes en mi cintura, empezaron a deslizar la tela de mi vestido hacia arriba, rozando mi piel como si memorizara cada curva. Sentí el aire frío acariciarme cuando el vestido cayó al suelo, y sus ojos se oscurecieron, recorriéndome con un deseo que me atravesaba entera.

—Eres perfecta —murmuró, como si no pudiera evitarlo.

Sus dedos se engancharon en la tira de mi lencería, bajándola con la lentitud de quien quiere saborear la espera. Sus labios siguieron ese camino, dejando besos húmedos y cálidos que me arrancaban suspiros.

Yo busqué su camisa, desabrochando los botones uno a uno, sintiendo cómo su respiración se aceleraba. La tela cayó, revelando su torso firme, y mis manos se perdieron en su piel, en ese calor que parecía quemar. Él me dejó

explorar... pero solo un instante. Luego, me tomó por la cintura y me empujó suavemente sobre la cama.

Su cuerpo se colocó sobre el mío, y el peso, el calor, la fuerza de él contra mí, hicieron que mi corazón golpeara con fuerza. Adrien me besó el cuello, los hombros, bajando lentamente por mi pecho, mientras sus manos me mantenían quieta, prisionera de ese momento.

—Quiero que lo digas... —su voz era grave, una orden disfrazada de súplica.

—Por fin te voy a sentir dentro de mí... —susurré, sin poder contenerlo—. Era todo lo que siempre había querido.

No esperó más. Entró en mí con un movimiento lento, pero tan profundo que me arqueé hacia él con un gemido ahogado. La sensación me arrancó el aire, como si todo mi cuerpo se hubiera estado preparando para este instante.

Por fin.

El ritmo que impuso fue hipnótico. A veces pausado, casi cruel, y otras rápido, como si no pudiera detenerse. Cada embestida me llevaba más alto, como si me arrancara de la

realidad y me lanzara a un lugar solo nuestro. Me aferré a sus hombros, a su cuello, a su espalda, como si él fuera el única ancla que me mantenía viva.

El placer creció sin control, una presión dulce y brutal a la vez. Mis piernas lo rodearon instintivamente, pidiéndole más, y mi voz se quebró:

—No pares... por favor...

Cuando el orgasmo llegó, fue un golpe de calor que me atravesó de pies a cabeza. Grité su nombre, sintiendo que cada músculo, cada fibra, se rendía a él. No era solo placer físico: era plenitud. Me sentí completa, entera... mujer. Como si Adrien me hubiera llevado a un lugar donde no existía nada más.

Él me sostuvo contra su cuerpo mientras también se rendía, su respiración caliente contra mi oído, su ritmo temblando hasta detenerse. Sus labios rozaron mi mejilla antes de susurrar:

—Ahora sí eres mía.

Después de la tormenta

El silencio que siguió fue distinto a cualquier otro que hubiera vivido. No era incómodo ni frío; era un silencio pesado, tibio, lleno de un eco que aún vibraba en mi piel. Adrien seguía encima de mí, su pecho subiendo y bajando contra el mío, su mano en mi cintura como si temiera que pudiera desvanecerme si me soltaba.

Cerré los ojos unos segundos, intentando ordenar lo que sentía. No era solo el placer. Era la certeza peligrosa de que acababa de cruzar una línea invisible, una de la que no se regresa.

Él se incorporó un poco, apoyando su peso sobre un codo para mirarme. Esa mirada no era la del hombre que me había seducido toda la noche, sino la de alguien que evaluaba, que medía lo que acababa de pasar... y lo que vendría después.

—Estás temblando —dijo, pasando sus dedos por mi mejilla.

—No es frío... —susurré.

Su sonrisa fue leve, casi invisible. Sus labios rozaron mi frente en un gesto que me desarmó más que cualquier beso. No era ternura gratuita; era posesión silenciosa.

Me cubrió con la sábana, pero su mano quedó sobre mi cadera, como si quisiera dejar claro que, incluso así, seguía marcando su territorio. Yo lo miré, consciente de que no había sido solo un encuentro físico. Me había abierto de una forma que no había previsto.

Quise decirle algo, cualquier cosa, pero mi voz no salió. Me limité a quedarme observándolo, memorizando la forma en que la luz de la lámpara dibujaba sombras en su rostro. Y, en ese instante, supe que no era yo quien tenía el control.

Adrien se levantó primero, vistiéndose con calma, como si no hubiera prisa en devolverme al mundo real. Yo me incorporé lentamente, abrazando la sábana contra mi pecho.

—Esto... lo cambia todo —murmuré.

—No —respondió él, sin mirarme—. Esto... apenas empieza.

Y con esas palabras, volvió a ser ese hombre misterioso y calculador, dejándome con una mezcla de calma y vértigo que me seguiría hasta la próxima vez que me buscara.

Capítulo 15: Entre sombras y promesas

El amanecer después

Desperté envuelta en un silencio denso, casi irreal, con la luz gris del amanecer filtrándose entre las cortinas de lino. El aire estaba tibio, cargado todavía con el aroma de la noche: una mezcla de vino tinto, piel y algo oscuro, masculino, que siempre se quedaba impregnado en mí después de estar cerca de él.

Tardé unos segundos en recordar dónde estaba... y por qué mi cuerpo aún ardía como si el calor de sus manos siguiera marcándome. La sábana rozaba mi piel desnuda y me hizo estremecer. No estaba sola en esa cama unas horas atrás.

Me giré, buscando su silueta. Nada. El lado que Adrien había ocupado estaba frío, como si se hubiera marchado hacía mucho. Sobre la mesita, la copa de vino medio vacía y su camisa gris, olvidada, eran las únicas pruebas físicas de que había sido real. Toqué la tela con los dedos; estaba suave, pero cargada de él. Cerré los ojos y el recuerdo se impuso con fuerza: sus labios recorriendo cada rincón de

mi piel, su voz grave ordenándome no moverme, la sensación de que me despojaba de todo lo que no fuera él.

Inspiré hondo, dejando que su perfume me llenara de nuevo. Mi cuerpo reaccionó de inmediato, como si bastara pensarlo para volver a desecharlo. Era un deseo que no pedía permiso, que no entendía de lógicas ni advertencias.

Pero junto al deseo, apareció algo más: una inquietud helada. Adrien se había ido sin decir nada. Sin una nota, sin un mensaje, sin promesas. ¿Era parte de su juego? ¿O simplemente no le importaba?

Me senté en la cama, abrazando las rodillas, y miré el ventanal. París despertaba bajo un cielo plateado, indiferente a mi pequeño caos. Escuchaba el ruido lejano de un camión de panadería, el sonido de una moto cruzando el puente, y me di cuenta de lo absurdo que era que el mundo siguiera como si nada mientras yo trataba de entender qué significaba todo esto.

La noche que tanto había esperado había terminado así: con una ausencia. No sabía si había sido una victoria... o una advertencia.

La irrupción del mundo real

Apenas tuve tiempo de salir de la cama y cubrirme con su camisa gris cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre la mesita. Ni siquiera había encendido las luces; el amanecer seguía filtrándose por las cortinas, llenando la habitación de una penumbra suave.

Miré la pantalla. Clara.

Mi primera reacción fue dejarlo sonar. No estaba lista para hablar, mucho menos para escuchar esa voz que siempre encontraba la forma de atravesar mis defensas. Pero sonó una, dos, tres veces... y contesté.

—¿Celeste? —Su tono era directo, casi urgente.

—Hola... —intenté sonar casual, pero mi voz salió más grave de lo normal.

—Te llamé anoche y no contestaste. ¿Dónde estabas?

Me quedé en silencio unos segundos, mordiendo el labio. Podía inventar algo, una reunión, un evento de última hora. Podía decirle cualquier cosa menos la verdad: que había

pasado la noche con Adrien, que mi cuerpo todavía vibraba con su recuerdo.

—Estaba ocupada... —dije finalmente.

Clara soltó un suspiro que, aunque breve, estaba cargado de significados.

—Ocupada con él, ¿verdad?

No respondí, pero ese silencio fue suficiente para que ella lo entendiera.

—Celeste, no me gusta ese hombre. —Su voz bajó un poco, como si temiera que alguien pudiera escucharla—. No sé qué te hace sentir, pero no es un hombre transparente. Hay algo... oscuro.

Sus palabras me atravesaron como un cuchillo frío. Porque en el fondo, yo también lo sabía. Había algo en Adrien que escapaba a mi comprensión, algo que me atraía tanto como me inquietaba.

—Clara... —quise protestar, pero ella me interrumpió.

—No me malinterpretes. No estoy diciendo que no debas verlo. Solo... prométeme que tendrás cuidado.

Cuidado. ¿Cómo se tiene cuidado cuando cada parte de tu cuerpo lo busca incluso en la ausencia?

Me asomé al ventanal mientras ella hablaba, observando cómo el sol empezaba a iluminar los tejados. La ciudad parecía inofensiva desde aquí, pero dentro de mí había un vértigo que no podía disimular.

—Lo pensaré —mentí.

—Solo no olvides quién eres —añadió Clara antes de cortar.

Me quedé con el teléfono en la mano, mirando la camisa que llevaba puesta. Tenía su olor, su calor, su peso invisible sobre mi piel. Y aunque Clara había querido darme una advertencia, todo lo que yo podía pensar era que lo quería de nuevo.

El mensaje

Todavía tenía el teléfono en la mano cuando decidí dejarlo caer sobre la cama. No quería que la voz de Clara se quedara dando vueltas en mi cabeza, repitiéndome advertencias que no iba a seguir. Caminé hacia la cocina, encendí la cafetera y me quedé allí, inmóvil, observando cómo el vapor ascendía como una pequeña nube blanca.

Intenté concentrarme en ese aroma, en la rutina de las mañanas, pero mi mente seguía atrapada en otra escena: su respiración cerca de mi oído, sus manos recorriendo cada curva de mi cuerpo, la forma en que me miró antes de perderse en mí. Esa mirada había sido un pacto silencioso.

El sonido del teléfono vibrando de nuevo me sacó del trance. Volví a la habitación, pensando que sería Clara otra vez. Pero no.

Adrien Moreau.

Abrí el mensaje con una mezcla de expectación y un ligero temblor en las manos.

"Pronto, y más fuerte de lo que imaginas."

Me quedé mirándolo como si las letras fueran capaces de moverse. Era tan breve que resultaba casi cruel. No había saludo, no había explicación. Solo esa promesa que podía ser una advertencia o una invitación.

Me senté en el borde de la cama, descalza, con su camisa abierta dejando que el aire fresco rozara mi piel. Apreté el teléfono contra mis labios, conteniendo el impulso de responder. No quería parecer ansiosa. No quería que supiera que, desde que me había dejado sola esta mañana, cada fibra de mi cuerpo lo había estado esperando.

Releí el mensaje una y otra vez. “Pronto” era una palabra que podía significar minutos, horas, días... y “más fuerte” era una promesa que mi imaginación llenaba con todo lo que él ya me había hecho sentir. Y con lo que aún no había hecho.

Apoyé la cabeza en las manos y sonréí sola, como una mujer que se sabe atrapada y no piensa huir. Lo peor —o lo mejor— era que Adrien no tenía que decir mucho para que yo me sintiera así. Unas cuantas palabras suyas y ya había alterado el pulso de mi día entero.

El café seguía sirviéndose en la cocina, olvidado.

La ciudad como testigo

Me serví el café y lo llevé hasta el ventanal, sin molestarme en cerrar la camisa. El frío del cristal contra mi muslo desnudo me hizo estremecer, recordándome que mi piel todavía estaba marcada por su tacto.

París se extendía frente a mí, majestuosa y despiadada, como si me recordara que la ciudad no se detiene por los dilemas de nadie. El cielo estaba cubierto de un gris perlado que hacía brillar las farolas que aún permanecían encendidas. Desde mi altura podía ver la silueta lejana de la Torre Eiffel, recortándose como un guardián silencioso.

Apoyé la frente en el cristal y dejé que mis pensamientos volvieran a él. Adrien. Incluso su nombre parecía tener un eco particular dentro de mí, como si mis huesos lo reconocieran antes que mi mente. Lo había sentido toda la noche anterior: la fuerza, la paciencia calculada, la manera en que medía cada caricia para alargar mi rendición. Y ahora, con solo un mensaje, me había devuelto al borde del abismo.

Clara me había advertido. Sophie, si supiera algo, seguramente me diría lo mismo. Pero ninguna de ellas entendía lo que significaba estar bajo su mirada. No era una

simple atracción; era un pulso constante que me recordaba que podía perderme en él y, de alguna forma, también encontrarme.

Bebí un sorbo de café, sintiendo cómo el calor se mezclaba con ese nudo dulce y punzante en el estómago. Afuera, una pareja cruzaba la calle riendo, sin saber que las observaba. Sentí una punzada de envidia por esa ligereza que yo ya no podía permitirme. Lo mío no era ligereza. Lo mío era un torbellino que me estaba arrastrando a un lugar donde las reglas se volvían borrosas.

Volví a leer el mensaje en mi teléfono. “Pronto, y más fuerte de lo que imaginas.” Cerré los ojos un instante y lo imaginé detrás de mí, rozándome la nuca con los labios, diciéndome esas mismas palabras al oído. La imagen fue tan clara que me quedé inmóvil, con la respiración suspendida.

Cuando volví a abrir los ojos, París seguía allí, inmutable. Yo no. Algo en mí había cambiado para siempre. Sabía que estaba en medio de algo que no podía controlar. Y lo más peligroso... es que no quería hacerlo.

Epílogo – Bajo la Piel

Recuerdos y ausencia

Pasaron tres días. Tres eternos días en los que cada minuto parecía un eco de la noche en la que Adrien me dejó marcada.

No hubo llamadas, no hubo mensajes. Nada. Solo ese silencio que se iba colando en mí como un veneno dulce. Un silencio que no apagaba el deseo; lo avivaba.

En la boutique, Sophie notó mi distracción. Me preguntó dos veces si estaba bien, y yo respondí con una sonrisa automática, fingiendo que estaba concentrada en los pedidos. Pero mis manos temblaban al cortar la seda, como si estuvieran esperando otro tipo de contacto.

Por las noches, me encontraba a mí misma de pie frente al ventanal, con una copa de vino en la mano, mirando la ciudad iluminada. Siempre esperaba verlo aparecer, una sombra elegante en la calle, un reflejo en la ventana del edificio de enfrente.

La madrugada del cuarto día, el sueño me venció en el sofá. Desperté sobresaltada por un golpe suave en la puerta. Me quedé inmóvil, con el corazón golpeando en el pecho. Caminé descalza, sintiendo el frío del parquet bajo mis pies.

El regreso

Abrí la puerta.

Adrien estaba allí. No llevaba traje esta vez, sino un abrigo oscuro que lo hacía parecer más peligroso y, de alguna manera, más cercano. No dijo nada. Simplemente me miró, como si el tiempo entre nosotros no hubiera existido.

—Pronto —susurró, repitiendo la palabra de su último mensaje—. Te lo prometí.

Su voz me recorrió como un relámpago. No me tocó, no me besó. Solo pasó junto a mí, entrando en mi apartamento como si siempre hubiera sido suyo.

Se detuvo frente al ventanal, observando la ciudad, y yo lo observé a él. Era imposible no hacerlo. Ese porte, esa calma que escondía una fuerza inquebrantable, esa manera de hacer que todo a su alrededor pareciera girar a su favor.

La decisión final

Me giró lentamente hacia él, tomándome de la muñeca con firmeza. No era una invitación, era una orden silenciosa.

—Vístete —dijo—. Nos vamos.

—¿A dónde? —pregunté, más por inercia que por curiosidad.

Su sonrisa fue un destello rápido.

—A terminar lo que empezamos.

No hubo más explicaciones. Y mientras cerraba la puerta tras de mí, entendí que ya no importaba a dónde iba. Lo único que importaba era que iba con él.

En la ciudad de las luces, donde cada rincón guarda un secreto y cada sombra susurra deseos, dos almas se encuentran en un juego que va más allá de lo visible. Ella, marcada por el silencio y la seducción; él, atrapado entre el poder y la entrega. Juntos, se sumergen en una danza de palabras, caricias y límites difusos, donde el amor se confunde con la sumisión y el misterio se vuelve piel.

Entre copas de vino, seda que acaricia la piel y promesas que se desvanecen al amanecer, se teje una historia que desafía las reglas del deseo y la voluntad. París no es solo el escenario: es cómplice, testigo y espejo de una pasión que arde en lo oculto.

Entre sombras y seda, la pasión puede convertirse en su mayor condena.



Departamento de Derechos Intelectuales

DDI: 2025-A-8057